

ALFAGUARA



# Olga Merino

## Perros que ladran en el sótano



ALFAGUARA



Olga Merino

Perros que ladran en el sótano



ALFAGUARA



Olga Merino

Perros que ladran  
en el sótano

Silencio en los sótanos; que todos los perros estén bien encadenados.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Esos perros salvajes ocultos en el sótano, ellos también ladran reclamando ser libres. Escuche, ¿no los oye?

IRVIN D. YALOM

Que la vida iba en serio  
uno lo empieza a comprender más tarde.

JAIME GIL DE BIEDMA

# Primera parte

## 1.

«Tengo el olfato fino de un perdiguero», pensó Anselmo Rodiles turbado por la estúpida coincidencia: estaba haciendo una sopa de letras bajo el epígrafe *El Doctor* y ya había encontrado tres palabras —quirófano, ungüento y tiña—, cuando sonó el teléfono para avisarle del percance.

—Parking Arapiles, dígame —pasaban diez minutos de las tres de la madrugada cuando Anselmo descolgó el auricular en el despacho del encargado.

—Tu padre, ¿me oyes?, tu padre. Se lo han llevado al Doce de Octubre.

Los perros huelen la desgracia a kilómetros. Anselmo reconoció al instante la voz nasal de Consuelo, la vecina de abajo. Cuando le tocaba el turno de noche, en semanas alternas, Consuelo subía a la buhardilla y se acostaba en el sofá del comedor. El viejo ya no podía quedarse solo.

—Oí un ruido y di un respingo. Me lo encontré en el suelo lloriqueando.

—Es mejor amarrarle las piernas a los barrotes de la cama —Anselmo habría querido tragarse la frase en cuanto hubo pronunciado la última sílaba.

—Se conoce que el pobre quiso levantarse a orinar...

Quiso levantarse a orinar aun cuando le ponían pañales por la noche, cortados por la mitad para ahorrar. Emilio todavía tensaba los hilos de la crueldad por puro capricho. Como entonces.

—Parece que se ha roto el fémur, la cabeza del fémur. Eso me han dicho los de la ambulancia, que tendrán que operarlo —Consuelo se atropellaba al hablar—. Han de hacerle radiografías.

—¿Les has dicho que toma el anticoagulante?

—Creo que sí. Ahora mismo no sé...

—No te preocupes, mujer, me acercaré al hospital en cuanto salga. Y

tú trata de dormir un poco —Anselmo hizo una pausa y respiró hondo—. Te he dejado las tres mil pesetas en el mármol de la cocina.

En realidad, Consuelo, viuda y con una pensión miserable, había encontrado un billete de veinte euros debajo del cuenco de la sal. El dinero junto a la sal, para espantar a los demonios. Anselmo Rodiles no se acostumbra a la nueva moneda ni a que el grueso de su vida permanezca sepultado en otro siglo, en otro milenio.

Salió del despacho y se arrellanó en un sillón de orejas con el tapizado raído, uno de los tantos cachivaches que los vigilantes del parking habían recuperado de las basuras. A la entrada del garaje, arrumbados contra la pared sucia de rozaduras, se alinean varias sillas desaparejas, un carrito camarera con periódicos atrasados, un armario metálico de lavabo y una maceta mustia. Trofeos de contenedor que atenúan la soledad áspera del hormigón.

Tenía la cabeza recalentada. La luz violeta de los fluorescentes envolvía el aparcamiento en una pátina de irrealidad, como si coches, extintores y columnas estuviesen sumergidos en una piscina de vitriolo. Anselmo fijó la vista en la caja de los contadores, en cuya tapa Manolo, uno de los compañeros, suele pegar los adhesivos de la fruta que se come después del bocadillo. Cítricos San Alfonso, Hermanos Pareja Valencia, Granny Smith Chile. Cada quien se busca su entretenimiento durante las guardias. Anselmo se distrae con cuadernillos de sopas de letras; las palabras se emboscan en la confusión, y él les olisquea el rastro del derecho, del revés, en diagonal. Es en los huecos del tiempo donde se esconde la ruina, y por eso conviene llenarlos rápido, sin contemplaciones, con algún entretenimiento vano. Aprendió la lección en los años de farándula, cuando consumía las horas muertas con el póquer mentiroso. Comidas a deshoras y el repiqueteo ansioso de los dados en el

cubilete. A las flamencas les gustaba jugar fuerte.

No sabía decir cuántas veces miró las manecillas del reloj desde que supo de la caída hasta el amanecer. Aunque la simple rotura de un hueso no parecía grave —a los ochenta y ocho años, Emilio conservaba una salud aceptable que apuntalaban al menos siete pastillas diferentes—, le incomodaba un malestar indefinido, que oscilaba entre el fastidio y el miedo. Se dejó arropar por una desgana infinita. Descendió despacio y sin propósito por las rampas hasta el tercer sótano, las manos en los bolsillos, como le había enseñado su padre que hacían los hombres. Engullido por la penumbra de la última planta, recordó los días en que el viejo se encerraba con él en el comedor, la luz apagada para que no viera el contenido del plato. Hígado crudo, asaduras de cordero, criadillas... Sangre con patata hervida. Algo debió de advertir Emilio —el vuelo de un gesto, las muñecas lacias, quizá la osamenta frágil de la madre— cuando decidió alimentarlo a su manera. Lo peor no era el asco, sino la textura de la humillación.

—Mastica y traga, sin pensar. Has de hacerte fuerte, como tu padre.

Subió de nuevo a la superficie. Volvió a bajar. Caminó cabizbajo entre las ringleras de coches cubiertos de polvo. Se admiten vehículos a pupilaje. Escuchó el eco de sus pasos sobre el cemento una y otra vez, tratando de empujar el tiempo inerte hacia la luz de la mañana. Entró en la garita acristalada, desde donde se controla la barrera rojiblanca de acceso al garaje, y apagó el televisor de doce pulgadas que acostumbra prender sin voz, sólo por sentirse acompañado. Se sentó en la silla giratoria de la cabina y trató en vano de echar una cabezada, la barbilla pegada al pecho. Cogería un taxi para llegar antes al hospital.



## 2.

La azotea, con el piso inclinado para que corrieran las aguas, era el escondrijo favorito de la infancia. Desde aquella atalaya, acodado en el pretil que abocaba al patio, Anselmo podía vigilar sin ser visto quién traspasaba el zaguán de la casa. Desde el antepecho opuesto, se divisaban la curva en forma de hoz que dibujaba el callejón y el arco de Bab Remmuz, la Puerta de los Signos, una de las siete entradas a la vieja medina. Allí arriba la densidad del aire parecía distinta. La luminosidad del cielo en África invitaba a ensoñarse, a dejarse llevar, a recostarse en la pereza y el deseo. Un velo de blandura descendía sobre la ciudad desde el monte Gorges, y aquella sutil carnalidad se contagiaba de tejado en tejado, donde la colada de las vecinas restallaba como el velamen de una goleta espectral. Para esconderse Anselmo prefería la luz, sábanas y camisas ciegas de sol que Zohor blanqueaba en calderos humeantes con añil; los moros decían *nila*. Le fascinaba la visión del patio desde el terrado durante las tardes en que soplaba el levante, el viento chiflado del Estrecho que nublaba los espejos, arremolinaba el mar y desquiciaba los nervios. Anselmo quería ser viento. Errante, sin amarres, de costa a costa, desde Ceuta hasta el puerto de Algeciras. Ser como el viento y bailar de teatro en teatro. Aplausos, flores, espuma de champán, autógrafos, trajes a medida. Y unos zapatos de charol. Cuando soplaba con fuerza durante los meses con erre, el *charqi* se adueñaba del patio y zarandeaba los muros de la casa haciendo preguntas imposibles de contestar.

—Quién eres tú. Quién eres tú. Quién eres túuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu.

En la casa de la infancia nadie era quien decía ser. Anselmo intuía que para triunfar en los escenarios tendría que inventarse un seudónimo

porque con su nombre oficial no iba a pisar siquiera las tablas del Cervantes de Tángier; su única hermana, María, detestaba que hubieran elegido para ella un apelativo tan simple, y a la madre de ambos nadie la llamaba Elvira. Todos la conocían por Nené. Hasta sus hijos le decían Nené, como si no fuera del todo madre. Todos, menos el tío Juan.

El clan de los Rodiles vivía en la travesía de la Suica —los colonos españoles decían de la Sueca— en una casa chata de dos plantas construida en torno a un patio de luz velada bajo cuyos arcos Nené y tía Vicenta solían sentarse en tumbonas de sarga a dejar pasar las horas. Por capricho paterno, en el centro del patio se erguía una fuente hexagonal en la que nadaban carpas rojas. Anselmo había observado con recelo que en los días de *charqi* los peces se acostaban en el limo del fondo encementado y allí permanecían, colas desmochadas y branquias palpitantes, a la espera de que amainara el vendaval. El levante podía meterse por las orejas y volverte loco. En el flanco del pilón que encaraba la entrada, Emilio y tío Juan habían escrito con fragmentos de azulejos: «Anno victoriae 1939». En la casa parecía que mandaran los hombres. Parecía.

En uno de los costados del patio se abría el portón que comunicaba con el taller de zapatería y ortopedia que los hermanos Rodiles regentaban desde que el mayor, Juan, se licenció del servicio militar. Con la ayuda de media docena de operarios —y Abdellah, el hijo de la criada, como mandadero—, fabricaban alpargatas para el ejército, moldeaban piernas postizas y remendaban toda suerte de calzado en un estruendo de máquinas de coser que ahogaba el murmullo de agua del surtidor. Los efluvios picantes de acetona que emanaban del obrador se mezclaban en el patio con los que provenían de la calle, olores de cilantro, de piel curtida, de dulces de miel y almendra. Flotaba en el aire una indisoluble contradicción de ruidos y aromas que sólo tío Juan parecía intuir.

Las mujeres habían amurallado su reino en la amplia cocina. Allí se cosía, allí Zohor almidonaba las camisas de Emilio con las iniciales E. R.

bordadas en la pechera, allí se comía todos los días salvo los domingos, en que los Rodiles ocupaban el comedor para el solemne almuerzo de mediodía, el único ágape que se compartía con los varones adultos de la familia. Si en el fondo uno es lo que come, todos en la casa eran un poco tía Vicenta. Los tíos no habían tenido hijos, y Nené había delegado en la mujer de tío Juan el mando sobre los fogones, el poder de anudar las complicidades invisibles que las madres tejen con los alimentos. Vicenta decidía qué se compraba en el zoco y daba instrucciones a Zohor para que guisara a la española porque los «gatuperios» de los moros le fastidiaban el estómago. Tía Vicenta sonreía con las encías.

Nené solía dejar las muletas apoyadas en la cabecera de la mesa. Zohor servía las viandas en silencio y comía sola después de haber fregado los platos. Anselmo jugaba con los guisantes, la mejilla apoyada en el dorso de la mano, y maldecía la frecuencia con que se los colocaban en el plato. Los apartaba con el tenedor, hacía montones, trataba de ensartar varios en un solo diente. Odiaba aquellas bolitas verdes, obstinadas como reproches que no se formulan. Eran las cenas lo que más sabía a tía Vicenta.

—Quieres hacer el favor de comer —la voz de Nené sonó cansada.

—Tú tampoco has comido nada —replicó Anselmo.

—No tengo hambre.

Elvira, Nené, mamá. Una virgen gótica que nunca comía con apetito y se había impuesto la obligación de ingerir carne una vez por semana para conjurar la anemia con que la amenazaban los médicos. Nené quiso fruta.

—¿Por qué no se la pides a éste? Siempre soy yo la que tiene que levantarse —rezongó María.

—Haz lo que se te dice —Nené masticó cada una de las sílabas sin mirarla.

María, que había heredado la belleza insolente de su madre, se levantó arrastrando la silla con un ruido desagradable y obedeció imitando la cojera de Nené, con pa-sos oscilantes igual que ella, como si tuviera un

alza en el zapato y la pierna flaca aprisionada por la férula y los correajes. Nené guardó silencio; la burla no pareció ofenderla. Se entretuvo en examinar cada una de las piezas del frutero con detenimiento y escogió una manzana roja, de piel en apariencia tersa, que desprendió con parsimonia, recreándose en cada uno de los movimientos. Cuando le atravesó el corazón con la punta del cuchillo, la carne emergió oscura, marchita, sucia de podredumbre. En ese mismo instante, tío Juan apareció en el vano de la puerta, con el mandil de cuero hasta las canillas, justo a tiempo de escucharla decir:

—Así somos por dentro todos nosotros. Una cosa son las apariencias y otra la verdad.

### 3.

La primera señal no fue la caída o que el hueso del muslo derecho se le astillara y le hiciera perder el equilibrio. No, el primer aldabonazo fue la mierda. Era sábado, un sábado de junio. Anselmo se había quedado en la cama, envuelto en la modorra blanda del mediodía, observando los haces de luz que se filtraban por la claraboya y se derramaban deshechos en polvo sobre las sábanas. Oyó a su padre regresar de la compra y dirigirse con pasos precipitados hacia el lavabo. Salió al recibidor y tropezó con la bolsa de malla. Hasta las hojas de las acelgas estaban manchadas.

Tuvo que hincarse los dientes en el labio inferior para no gritarle. El viejo lo habría hecho adrede, para fastidiarle el día de fiesta o seguir imponiéndose como el ombligo tiránico del mundo. Los calzoncillos y el pantalón gris de tergal yacían arrebujaados en el suelo de la cocina, mientras Emilio, con una toalla enrollada alrededor de la cintura y los zapatos de la calle en chancletas, trataba de limpiar la catástrofe sin advertir que extendía sus dominios en un reguero de pisadas torpes. Las golondrinas que anidaban en el tejado parecían espolear con sus chillidos aquella humillación atolondrada de trapos y papel de váter en la que a Anselmo no le costó reconocer cierta complacencia: el caballero de los zapatos como espejos, el galán de las camisas impecables, acogotado por sus miserias, arrodillado sobre las baldosas. Anselmo le dejó hacer cruzado de brazos, y si hubiera estado de humor, habría sacado del ropero la americana de las solapas de tafetán, la única prenda que conservaba de los años de gloria. «Damas y caballeros, pasen y disfruten del grandioso programa de variedades: Ricardo Triana y su señor padre en pleno zafarrancho.»

Baldeó la buhardilla con agua y lejía, puso una lavadora con la cabeza de la fregona y las huellas del desastre y no intercambió una sola palabra con su padre sobre lo sucedido. Lo que no se mienta no existe.

Con la lentitud de la araña que teje su trampa, Emilio fue atrincherándose en la sordera y el hastío, en las repeticiones, en las acumulaciones inútiles.

—Para qué coño queremos tantas bolsas de plástico, dime. El cajón está a reventar.

—Por si acaso.

Hasta que el tiempo acabó por adquirir la consistencia temblona de la gelatina.

Consuelo ya había puesto el hule y batía huevos para la cena con un fragor que a Anselmo se le antojó irritante. Dócil con los rituales domésticos, como nunca lo había sido, Emilio contó las pastillas y se sentó a la mesa de la cocina; miró a Anselmo, que en ese momento cogía la cazadora y las llaves para marcharse al trabajo, y le preguntó:

—Y mi señora, ¿no come?

Se hizo un silencioso espesor. Anselmo apenas se atrevió a rasgarlo con las puntas de los dedos.

—Mamá está enterrada en Málaga. Ya va para treinta años.

—La pobre Nené —musitó Emilio—... La mató la pena.

«La matasteis entre la pena y tú, zorro egoísta.» El miedo de escuchar la réplica le contuvo de decírselo. Anselmo se enteró del fallecimiento de su madre cuando ya la habían enterrado; estaba de gira, su última y patética tournée por tierras de España, y ni siquiera tía Mavi supo cómo localizarle.

Lo llevó al médico. Al del ambulatorio y a un especialista que diagnosticó demencia vascular por infarto múltiple. Le mostró la tomografía del cráneo sobre la pantalla de luz de la pared: minúsculas lesiones en el cerebro por falta de riego sanguíneo, manchas blancas y brillantes como puntas de alfiler.

—¿Ha detectado algún cambio brusco de carácter?

Anselmo se encogió de hombros. Él y su padre hablaban poco, apenas lo justo.

—¿Despistes? ¿Algún hábito extraño?

Puede. Recordó el día en que le preguntó de dónde venía tan tarde y Emilio le contestó que volvía de pasear, que se había montado en el veintiséis, en la parada de la plaza. Dos vueltas completas hasta la boca de metro de Diego de León. El conductor le había dado permiso. Lo recordó pero no dijo nada.

—Quizá lo ha notado deprimido o ansioso.

Un médico joven y distante, demasiado guapo. No quiso confesarle que las noches en que dormía en casa, si lo veía alterado, le machacaba cincuenta miligramos de Trankimazin en las natillas del postre para que le dejara descansar. Para que descansaran los dos. Las pastillas se las recetaban a Consuelo para la ansiedad.

—Los ancianos que sufren esta dolencia se desorientan con facilidad. Procure no cambiarle los objetos de sitio.

Se guardó de responderle que en el desván de Tirso de Molina, en lo que fueron los antiguos trasteros del edificio, no puede extraviarse nada ni aun queriendo y que conviene encorvarse al orinar para evitar un cabezazo contra las vigas del techo oblicuo.

—En Servicios Sociales pueden echarle una mano. Depende de los ingresos familiares, claro. Al salir pida el listado en recepción.

El doctor miró al anciano y trató de sonreírle; no supo disimular que estaba cansado y aburrido. La realidad ensucia.

—Dígame, ¿cómo se llama? El nombre y los dos apellidos.

—Emilio Rodiles Algaba, para servirle a usted.

—¿En qué año nació?

—Soy del catorce.

—¿Sabe qué día es hoy?

—Martes. O lunes. No sé.

—¿Cómo se llama el Rey?

—Juan Carlos de España.

—¿Y la Reina?

Emilio apretó los puños y tardó en contestar.

—No sabría decirle —musitó.

—¿Quién es el presidente del Gobierno?

—José María Aznar. Lleva bigote.

—Está usted en todo, Emilio —el doctor se recostó en la silla—.

Dígame ahora nombres de animales. Los que le vengan a la cabeza.

—El perro y el gato.

—Siga, siga, vamos muy bien.

—Caballo, vaca, gallina, toro. Humm... Conejo, liebre, león, jirafa, cebra...

—Más.

—El perro y el gato.

El médico estiró el brazo, abrió una cajonera metálica y extendió sobre la mesa varios folios y un rotulador negro. Tenía las uñas recomidas. Tampoco él debía de dormir bien.

—Vamos a ver, Emilio. Dibújeme un reloj.

—Un reloj cómo.

—Normal y corriente. Un reloj cualquiera.

A Emilio le temblaban las manos. Cuando logró sacar el capuchón del rotulador, trazó una circunferencia defectuosa, tan grande como le permitieron los márgenes del papel. Pintó primero las manecillas a las tres en punto, rematadas con puntas de flecha, y se entretuvo en



asegurarse de que una resultara más larga que la otra. Trabajaba con la boca abierta. Después se concentró en los números. Los desparramó sobre el círculo disminuyendo paulatinamente el tamaño para que le cupieran, y al llegar al número quince, cuando debió de caer en la cuenta de que algo andaba mal, miró a Anselmo con ojos asustados, como si hubiera cometido una travesura y suplicara cobijo.

—Muy bien, Emilio, muy bien —terció el especialista—. Ahora repita en voz alta los números que ha escrito sobre el papel.

—¿Cómo? —Emilio había comenzado a irritarse.

—Que cuente usted. Uno, dos, tres... Vaya despacio.

Emilio obedeció, pero al llegar al número siete se aturulló y tuvo que volver a empezar. Así hasta tres veces.

El médico trató de serenarlo restando importancia al despiste. Le pidió que cogiera otra hoja en blanco.

—Dibuje ahora un elefante.

Anselmo le notó en seguida el azoramiento. El viejo, que no había dibujado en su vida más que patrones de zapatos, no sabía por dónde empezar. Anselmo le guiñó un ojo, y aquel ademán de complicidad debió de envalentonarlo.

—No me da la gana.

El médico se acodó en la mesa y sonrió, esta vez sin forzar el gesto.

—Está bien, escojamos otro animal. Quizá un perro le resulte más fácil.

Emilio apartó de sí el folio y miró de nuevo a su hijo. Agarró con fuerza los brazos de la silla hasta que se le blanquearon los nudillos. Y dijo:

—Váyase usted a la mierda.

Anselmo no pudo reprimir que se le escapara la risa e instintivamente se tapó la mella con la punta de la lengua. Tan médico, tan limpio, tan perfecto, tan fuera de este mundo... Vete a la mierda. Abdellah le había enseñado a decirlo en moro: *mchi tejra*. Ya le extrañaba que el viejo no

hubiera sacado antes la mala uva y, sin saber por qué, le recordó en traje de verano, la raya del pantalón impecable, bajando del coche que acababa de comprarse en Tánger, un Buick del cincuenta y dos color crema, con las llantas marrones y la parrilla sobre el guardabarros cuajada de dientes. Blandía un paquete en el aire mientras Anselmo corría hacia él: un atlas encuadernado con pastas azules y letras doradas. Editorial Larousse, años veinte, la toponimia en francés. Tantas noches viajando al azar. Los ojos cerrados, la yema del índice en un punto del mapa, allí donde le llevarían la gloria y el éxito cuando se convirtiera en el bailarín más fino y cotizado desde Japón hasta el golfo de México. El Emilio escurridizo, el Emilio que se resistía a existir. Anselmo necesitaba recuperar a aquel padre para salvarse. Para que se salvaran los dos.

## 4.

A Elvira Marzal la llamaban Nené desde la cuna. Elvira, Nené. Nené, Elvira. Tenía el tacto frío de las serpientes. Alta, de huesos nobles, la cabellera espesa, negra como un relincho, y los ojos del color de la uva madura, de un verde turbio. Hechizaba a los hombres con su belleza distante a pesar de que precisaba muletas axilares para caminar y un alza de ocho centímetros en la pierna lisiada. Cuando todavía no había cumplido los seis años, un ataque de poliomielitis le paralizó las piernas y la mantuvo encamada durante buena parte de la infancia: yesos, férulas, corsés, polainas de terliz incluso para dormir, dos operaciones para alargarle el tendón de Aquiles y un viaje a Sevilla para que un reputado especialista le arrebatara la última triza de esperanza. La pierna izquierda llegó a recuperar el movimiento y la musculatura, pero la derecha se le consumió, seca y delgada como la garra de un pájaro. El pie enfermo le campaneaba; se obstinaba en apuntar hacia abajo, muerto, helado, sin más fuerza que la de su propio peso. Todo el vigor que le faltaba en las piernas lo compensaba con unos brazos esculpidos a fuerza de arrastrar el cuerpo con los puntales y una voluntad que ni siquiera se doblegó durante la adolescencia. Elvira aprendió a elegir vestidos que le realzaran los hombros y el escote, y exigía a la modista que le acortase las faldas a pesar de los zapatones ortopédicos. Le gustaba su cuerpo. Sabía que despertaba el deseo en los hombres y atizaba la codicia de la carne acentuando la renquera. Sólo ella y quienes la anhelaban entendían el misterio.

La enfermedad le forjó un carácter esquivo y caprichoso. Durante los años de cama e inmovilidad, se ejercitó en la observación y la cautela,

adquirió la paciencia de los reptiles y cierta actitud desdeñosa que ensalzaba su atractivo. Asumía que la cojera la expulsaba del cogollo de militares casaderas cuyo destino era desposarse con algún oficial de la plaza, tal como habría deseado su madre, que culpaba de todas las desgracias padecidas a las posesiones en Marruecos, aquel secarral donde sólo podían sobrevivir las rameras y los alacranes. Bajo la apariencia de un coexistir pacífico, en el enjambre de la colonia se multiplicaban los muros de contención. El mundo se simplificaba en un ellos y un nosotros: los que vivían en la burbuja irreal del Protectorado y quienes subsistían en la península de la posguerra; los moros y los españoles; los menesterosos y los que se enriquecían con los suministros provenientes de la metrópoli; los civiles y los militares. Dentro del fortín de los uniformados todavía se alzaba otro parapeto que separaba a la aristocracia, los oficiales que habían estudiado en la academia, de quienes habían hecho carrera a fuerza de cuartel y reenganches. Ellos y nosotros. Muros dentro de muros que sólo se difuminaban a ras de suelo. Los moros llamaban *hazeq* a los españoles pobres; *hazeq*, porque estaban pelados igual que ellos.

Las Marzal pertenecían a la casta superior, pero el día en que el azar quiso que conociera al que iba a ser su marido, Elvira dinamitó las paredes de su celda. Nunca supo responderse qué la empujó a descender al menos dos peldaños. Acaso por rebeldía, por resentimiento o porque la llamada de la carne no entiende de barreras. Mediaba mayo del treinta y ocho, y la guerra, el río de la sangre, brotaba lejos, en la otra orilla. Elvira tenía dieciocho años.

Lo vio entrar con una sonrisa desafiante. Era el estallido de la luz en la penumbra velada del salón comedor. Atlético, el rostro anguloso, bien trajeado, desenvuelto. Nunca habían coincidido a pesar de que Elvira se había hecho cada férula y cada bota a medida en la ortopedia La Peninsular. En realidad, era casual que Emilio Rodiles hubiera acudido al domicilio de las Marzal con los trebejos de tomar medidas; él se ocupaba

de los números, el chalaneo, los desplazamientos a Ceuta y Tánger para comprar materiales y las visitas a los médicos del hospital militar. Como Elvira habría de comprender años más tarde, Emilio no había nacido para mancharse las manos de cola. Era Juan, el fundador del negocio, quien bregaba con rollos de muselina en el obrador desde el amanecer.

—Un placer saludarlas, señoras.

Emilio besó la mano de doña Constanacia con un ademán teatral. Sin dejar de sonreír se acercó a Elvira, sentada en un sillón tapizado de cretona, y le puso el escabel que traía consigo bajo la pierna tullida. María Victoria, la hermana mayor, prefirió quedarse de pie.

—Buenos días tenga usted —doña Constanacia, con la autoridad gestual de las viudas, se acomodó en una de las sillas de respaldo alto que rodeaban la mesa del comedor.

Cuando perdió a su marido, el teniente de infantería Sebastián Marzal, la madre de Elvira encontró al fin su lugar en el mundo y se arrellanó en el nuevo estado civil. Puritana, seca y respetable, tan limpia. Le sentaba bien el papel de mujer endurecida por las circunstancias, sola en tierra de infieles y con dos hijas por casar.

—¿Su hermano no ha podido venir? —preguntó la viuda.

De la misa diaria en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, en la plaza Primo, a la merienda en la heladería La Glacial, doña Constanacia repetía la misma prédica entre su círculo de amigas: resistiría en aquel inmenso burdel porque el Señor la quería fuerte como un junco.

Elvira notó la tardanza del zapatero en responder y la incomodidad de su madre. Pero doña Constanacia se equivocaba: aquel joven no era un subalterno, sino caballo ganador. La pregunta, en apariencia banal, abrió una brecha entre los dos que fermentó con el tiempo en un odio amarillo, del mismo color que la bilis. A Elvira la sedujo el juego que acababa de comenzar.

—Juan está indispuesto. Si las señoras no tienen inconveniente, las atenderé yo mismo. Con su permiso —Emilio se quitó la americana y la

colgó con cuidado en el respaldo de una de las sillas solemnes de la estancia. Hubo una esquirla de provocación en la lentitud con que se enrolló las mangas de la camisa.

—Mavi, hija, siéntate... ¿Qué haces ahí de pie? —María Victoria, que sólo recibía alumnos por las tardes, obedeció y se sentó en un sillón idéntico al de su hermana. La madre le había disecado la voluntad.

—Ustedes dirán qué se les ofrece —Emilio se dirigió a las muchachas intencionadamente.

La sonrisa de Elvira arrancó un chispazo de electricidad entre ambos.

María Victoria, cabizbaja, hacía escalas con los dedos sobre las rodillas.

—Quiero zapatos nuevos para la niña. Ligeros, ahora que viene el calor —terció doña Constancia.

—Lo que usted disponga, señora. Le colocaremos el suplemento de corcho.

—En verano, su hermano, el señor Juan, le pone el alza de corcho —doña Constancia hablaba con la seguridad de los de su clase—. En verano, siempre. Y háganselos de color claro. Crema o tostado.

Emilio enarcó las cejas y, con una punta de ironía, dijo:

—Manos a la obra, pues.

Elvira se subió el vestido y mostró la piel láctea de los muslos, surcada de venitas azules.

—Su hermano me comentó que esta vez le forraríamos la férula de la pierna con un material nuevo, muy suave... No me acuerdo de qué nombre me dijo.

—Celuloide, doña Constancia. Revestiremos los bitutores de celuloide.

Emilio dejó sobre el suelo la vara métrica de madera, un lápiz de punta gruesa y el cartón de dibujar patrones. Extendió un trapo de dril para no mancharse el pantalón del traje y se arrodilló a los pies de Elvira, sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Me permite, señorita Elvira?

—Nené. Los amigos me llaman Nené.

El zapatero acogió entre sus manos la pierna consumida por la polio. Nené observó los pliegues varoniles, los dedos largos, las uñas cuadradas y brillantes. Le complacía verle trabajar en su carne. Con delicadeza de amante, Emilio le desabrochó las hebillas de las cinchas que le sujetaban el aparato ortopédico a la pierna. Parecía que le estuviese despojando el alma de su envoltura de seda y que el estallido del deseo se contuviera en cada vuelta de las correas de cuero. Cuando le quitó el calcetín de algodón, emergió el pie, un pie atrofiado que los médicos llamaban equino. El joven se lo acarició como si estuviera tasando una talla de alabastro. Se detuvo en el tacto frío, en las junturas de los dedos, y Nené supo en ese mismo instante que aquel apéndice quebradizo sería el primer eslabón de la cadena.

Emilio le traería un par de medias de seda de sus escapadas. Siempre. Aunque se acostara con otras mujeres.

—Dígame qué le quedé a deber al señor Juan la otra vez. Se lo pago ahora —la voz de la madre atronó, brusca como una copa rota.

—Como disponga, señora.

Seis meses después, la semilla del zapatero había arraigado en el vientre de Nené. Cuajó a pesar de los tragos de vinagre y tintura de yodo, a pesar de las fajas con que se oprimió la caja de los pulmones. Una niña de piel transparente. María.

Nada une tanto a las personas como padecer miedo juntas, y Nené y sus hijos lo tenían. No les hacía falta convertirlo en palabras porque el miedo se solidifica a fuerza de amarlo. Emilio era como la sombra de la higuera —nada crecía debajo—, y Nené debía esforzarse por contrarrestar su influjo con un gélido distanciamiento, con silencio, con miradas más punzantes que cien gritos. Le dolían sus cachorros; sabía

que preferían que Emilio los castigase —una bofetada, un cintarazo en las nalgas— al tormento de pensar en la sola posibilidad de que lo hiciera.

Domingo, un domingo plácido de invierno. Tío Juan traía de vuelta a los niños del Cine Avenida, alborotados, con los bolsillos llenos de cucuruchos de frutos secos y *chebbakia*, unos dulces de sésamo y miel. Los españoles decían *chuparquías*. Habían visto *Cantando bajo la lluvia*, y Anselmo se empeñó en cruzar el patio imitando los saltos de Gene Kelly sobre los charcos. Vicenta estaba esperándolos en el zaguán, arreglada para salir a pasear con su marido calle del Generalísimo arriba, calle del Generalísimo abajo. Se había puesto todo el oro encima, un abrigo de espiga que le apretaba en las sisas y los tacones de tafiote. Una mujerona de pies grandes encaramada sobre los zapatos que Juan le había hecho con sus propias manos. Nené la habría estrangulado hasta vérselos sacudir a espasmos.

La sirvienta ya se había marchado a su casa, un chamizo en el barrio de Muley Hassan, y Emilio estaba fuera, como de costumbre; los domingos acudía a la tertulia del Casino Militar y regresaba de madrugada, con la casa fingiéndose dormida. Nené se había quedado sola con sus hijos.

—¿Jugamos a los disfraces? Podríamos inventarnos una obra de teatro —sugirió María.

—Estoy cansada.

—Siempre estás cansada, mamá. O te duele la cabeza.

—Con estos hierros, ¿qué queréis?

—Venga, mamita, anda —suplicó Anselmo tirándole de la manga del vestido—. Hagamos teatro en tu dormitorio. Antes te gustaba reír.

—*C'est vrai, maman* —insistió la hija.

—Yo no estoy triste aunque no ría.

Nené se contuvo. Les habría gritado que si volvió a andar fue por puro milagro, que aún sentía el olor a yodo de la infancia impregnado en la piel, que se asfixiaba en la casa y en la ciudad, que se había equivocado y



que le faltaba coraje para empezar de nuevo. Aunque se sentía agotada, dejó que los niños hicieran a su antojo. María le pintó un mostacho con lápiz de ojos, le escondió el cabello debajo de un sombrero de fieltro y le anudó una toalla al cuello a modo de capote militar. Entre los dos la sentaron en la cama de matrimonio y le pusieron una silla debajo de la pierna de alambre para que estuviese cómoda.

—Sobre todo no arméis mucho desorden, que bastante trabajo tiene Zohor. Lo que no vayáis a usar, dejadlo donde estaba.

Los niños revolvieron los cajones y el armario ropero. Reían. Susurraban al oído del otro. Cuando estaban los tres solos, podían respirar. Nené no se atrevía a cortarles las alas.

Anselmo abrió el último cajón de la cómoda y sacó un par de medias negras. De seda, con costura. Emilio se las había traído de Tánger. Nené recordó que el envoltorio traía impresa una copa de champán burbujeante.

—Deja eso —Nené no pudo evitar que le retemblara un deje de alarma en la voz.

—Las necesitamos para la función.

—Te he dicho que las dejes donde estaban.

—Iré con cuidado.

—¿Es que estás sordo, Anselmo? O las dejas ahora mismo o se acaba el juego.

El niño deshizo el nudo que ataba las medias y las olisqueó con avidez.

—Huelen a ti, mamá —Anselmo la miró con ojos achinados como puñaladas—. Nunca te las he visto puestas.

La intuición sexual de sus hijos la aturdía.

Nené se sosegó observando distante a sus hijos mientras terminaban de escoger ropas para la función. A María ya se le notaban las yemas de los pechos. Pronto florecerían en el torso de una hembra bella y esbelta, carne fría de su propia carne, una gacela de hielo. Se le adivinaban la astucia y la seducción en los ademanes, pero Nené no acertaba a

responderse si la niña los había mimetizado o bien le nacían de las entrañas.

—Vamos a ensayar un poco —dijo María con un rebujo de trapos colgado del brazo.

—No puedes entrar en nuestro cuarto. Ha de ser una sorpresa —agregó Anselmo.

—Está bien. Pero no tardéis, que el público se impacienta.

María era una muchacha huidiza, como lo había sido ella. Rebelde, solitaria y con una punta de crueldad. A veces le daba miedo.

Una tarde, al regreso del colegio, la sorprendió en el patio, apoyada en el pretil de la fuente, chupando una bola de alcanfor. La niña la miró con fijeza a los ojos y dijo: «Es por las polillas. Me revolotean por dentro del estómago y no me dejan vivir».

Las risas de los críos irrumpieron en el cuarto. Habían pretendido disfrazarse de bailarinas y aparecieron con un aspecto perverso, como de enanas viejas. María se había puesto un bañador, unos topolinos que le iban grandes y un pañuelo de lunares anudado en la nuca, a modo de campesina. El pequeño, una falda estampada subida hasta las axilas y una peluca desgredada, de un color impreciso y sucio; Nené imaginó que la habrían encontrado entre los zarrios de su cuñada y la odió. Lo peor era la boca, una boca succionadora de la que no podía apartar la vista: Anselmo se había pintado los labios con torpeza y tenía manchas de carmín en el esmalte de los dientes. Representaron la comedia. Cantaron. Corretearon alrededor de la cama. Bailaron.

—Baila, hijo mío, baila. Que los pies te lleven muy lejos de aquí. Vuela, vuela más alto.

Cuando los chiquillos se sentaron exhaustos a los pies de la cama, cuando más a salvo del mundo se creían, se escucharon de repente el chirrido de los goznes del portón y un inconfundible retumbo de pasos sobre las losetas del patio.

—¡Vamos, rápido, a la cama! Que no os encuentre despiertos, por lo

que más queráis, deprisa —Nené sentía los latidos de la sangre en el paladar.

Mientras azuzaba a los niños por el pasillo hacia sus dormitorios, aún tuvo tiempo de refregar la palma de la mano contra el hocico de Anselmo para borrarle el rastro de pintalabios. Temió haberle hecho daño con el canto de la alianza, pero no perdió el tiempo en comprobarlo.

Emilio apestaba a fritanga. Entró en la alcoba de matrimonio malcarado, con prisas, y apenas reparó en Nené, que permanecía de pie, con las muletas hincadas en el suelo, todavía desconcertada por su regreso repentino.

—¿Dónde está la camisa de listas azules? Me he salpicado.

—En el canasto de la ropa sucia.

—Dónde iba a estar si no —Emilio mostró los incisivos en una sonrisa dura—. No sé a qué leches os dedicáis la mora y tú.

—A mirarnos las caras todo el santo día, mano sobre mano —Nené, que sacaba de sus hijos la fuerza para contestarle, abrió el cajón de la cómoda, le tendió una camisa limpia, blanca de añil, y observó cómo su marido desabotonaba la prenda con movimientos exactos. Dedos delicados, sabios, los mismos que tanto la habían deseado. Emilio tenía las manos nervudas del tramposo.

—Adónde vas ahora —Nené formuló la pregunta sin convicción.

—He dejado a Enrique y a Vinuesa, el de la Pagaduría Militar, en una venta de la carretera a Río Martín. Me están esperando. Enrique me lo ha pedido como favor. Tiene que agasajar a unos mandamases de la Unión y el Fénix que llegaron ayer de Madrid.

Emilio estaba atrapado. Se le notaba en los gestos compulsivos, en el filo de los párpados, en cómo le rehuía la mirada. Pero Nené jugaba con ventaja: ella sabía que ambos chapoteaban en la ciénaga de la mentira.

—Volveré tarde; no me esperes despierta.

Emilio se ajustó el nudo de la corbata mirándose en la luna del armario y le pidió a su esposa que le preparara un vaso de leche templada. «Tengo acidez», dijo. Con las manos en los bolsillos, siguió los pasos vacilantes de Nené hacia la cocina. La mesa estaba todavía cubierta de cáscaras y papeles arrugados; los abrigos de los niños, en el suelo.

—¿Esto es lo que habéis cenado, altramuces y pipas de calabaza?

—No han querido comer nada. Se han atiborrado de porquerías en el cine.

Sin mirarla a los ojos, ya en el quicio de la puerta, Emilio se volvió para decirle:

—Ni siquiera eres capaz de alimentar a tus hijos.

---

| JULIO 1987   |       |
|--|-------|
| Pan: 35 + 35 + 35 + 35 + 35 + 35 + 35 + 35 + 35  | 315   |
| Aceite: 265 + 180  | 445   |
| Leche: 98 + 98   | 196   |
| Azúcar: 125 + 125  | 250   |
| Fruta y patatas: 190 + 245 + 95 + 235 + 336 + 128 + 335 + 631 +<br>260 + 287 + 242 + 223 + 340 + 335 + 289 | 4.171 |
| Carne: 630 + 594 + 702 + 662   | 2.588 |
| Pescado:   |       |
| Queso: 100 + 250 + 78 + 73 + 265 + 150 + 180   | 1.096 |
| Mostaza: 90  | 90    |
| Mayonesa:  |       |
| Sobrasada: 315   | 315   |
| Café: 325 + 325  | 650   |

|  |              |
|--|--------------|
| Helado: 400  | 400          |
| Cuajada:   |              |
| Favada: 180  | 180          |
| Mejillones: 125  | 125          |
| Nescafé: 100   | 100          |
| Mermelada:   |              |
| Salchichas franfur:  |              |
| Vino: 180 + 180 + 180 + 180 + 180 + 180 + 180 + 180 + 180 +<br>180 + 180 + 180 + 180 | 2.340        |
| Cerveza: 128 + 105 + 162 + 128 + 82 + 128  | 733          |
| Sidra: 162 + 162 + 162   | 486          |
| Licores: 265 + 265   | 530          |
| Fanta 2 l.: 190 + 170  | 360          |
| Limpieza:  |              |
| Transporte: 100 + 100  | 200          |
| Varios: 35 + 400 + 120 + 120 + 90  | 765          |
|  | 16.955 ptas. |

---

Sucede algunas veces, muy pocas, que la existencia se detiene y uno es consciente de inmediato, como si el recuerdo comenzara a serlo en el mismo instante en que es vivido, de que en los años por venir, cuando la vida se haya cebado en sí misma, rememorará ese fragmento de tiempo congelado con asombrosa nitidez. Anselmo supo que iba a recordarle con esa claridad de vértigo en cuanto lo vio sentado a la mesa de la cocina-comedor-salón, las gafas de ver en la punta de la nariz, aporreando la vieja máquina de escribir que se había traído de Tetuán, la misma con que rellenaba albaranes en el despacho de la ortopedia. Mediaba febrero y en la buhardilla hacía frío; la estufa de butano no se encendía hasta media tarde.

—¿Qué haces, padre?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Te estoy viendo escribir.

Anselmo, que acababa de levantarse, se acercó enfundado en la bata hasta la mesa y, por encima de los hombros de Emilio, cubiertos con una chaqueta de color gris sacristán, leyó lo que estaba tecleando; había puesto varios folios y papel de calco en el rodillo. El bastón lo tenía a mano, apoyado en el canto de la mesa, como hacía Nené con las muletas.

—Fabada se escribe con be, con be de Barcelona. O de burro.

Anselmo se preparó un café y se lo tomó a sorbos, de pie, como los fugitivos, echando de vez en cuando un vistazo a lo que el anciano se afanaba en inventariar. Prendió después la radio y se tendió en el sofá, el mismo sofá en el que Consuelo habría de acostarse años después para ganarse un sobresueldo haciendo de canguro nocturno. Así transcurrían

entonces los días: del colchón al sofá, del sofá a la mesa, de la mesa al aburrimiento elástico de la tarde y vuelta a empezar.

—¿Qué rancho tenemos hoy?

Tampoco Emilio se molestó en contestar. Anselmo se sonrió; había preguntado sólo por importunarle. No tenía apetito y, además, adivinaba lo que su padre, que aún podía manejarse en los fogones, iba a preparar para los dos: un filete con patatas fritas. Por entonces almorzaban lo mismo todos los días para no tener que calentarse la cabeza pensando en la comida. El padre no debía de andar muy boyante si estaba confeccionando una plantilla para controlar los gastos del mes. Anselmo ni siquiera se había preocupado por saber a cuánto ascendía la pensión de retiro de la que ambos vivían; se había enterado de refilón de que el viejo había sido portero de la finca y que, gracias a la confianza que le dispensaba la comunidad, se le permitió alquilar con derecho a compra el trastero en el que ambos se escondían del mundo. Emilio, siempre tan pródigo con el dinero, miraba ahora hasta la última peseta. «Quién te ha visto y quién te ve, pajarito... El atlas de la Larousse debió de costarte una fortuna.» De la misma escapada a Tánger, regresó con regalos para todos, unas medias de cristal para Nené, una caja de música para María con una mariposa de esmalte en la tapa y una barra de carmín para tía Vicenta.

Le reconfortó que no hubiera tecleado el despilfarro de sus cigarrillos con mayúsculas, quizá porque pensaba escamotearlos en la partida de varios. Emilio le ahorra la humillación de tener que pedírselos; cada tanto le dejaba dos o tres paquetes de rubio sobre la mesita de noche, sin decir ni pío. Había que reconocerle cierta elegancia al viejo. Tampoco le mortificaba sobre sus intenciones de buscarse un trabajo. Los silencios del viejo. Su mirada bíblica.

Emilio acabó los ejercicios de mecanografía y se levantó de la mesa despacio, mirando a Anselmo, que permanecía tumbado.

—Esto de aquí arriba —le dijo dándose golpecitos en la sien con la

yema del índice— está para pensar y no para buscarse la ruina.

Eso fue todo lo que le reprochó en los últimos años. Nada más. Ni a uno ni al otro se les daba bien hablar, y menos aún de sentimientos.

Cuando Anselmo llegó a Madrid en el año sesenta —los botines de baile, dos mudas y medio frasco de Varón Dandy en la bolsa de cremallera—, la ciudad aún olía a cama deshecha y descampado. Tiempo todavía de camisa abierta, pelo en pecho y arriba España. Aunque una brisa muy sutil refrescaba el aire, la flamenquería pasaba de puntillas por la política porque bastante tenía con sobrevivir y parecía que al abrigo de la noche se respirase mejor. Los flamencos sólo recelaban que cerrasen el tablado de turno. Podían hacerlo, claro; en cualquier momento, cualquier policía pasado de carajillos de Terry. Dieciocho años recién cumplidos y las ilusiones intactas. Llevaba las señas del padre en la cartera —se las había anotado él durante una visita a Málaga con su caligrafía de oficinista— aunque no tenía intención alguna de visitarle. Jamás se le ocurrió hacerlo, ni aun en el peor de los momentos, cuando acudió a examinarse en el Teatro Pavón sin haber comido caliente en tres días. Si repicaba una campana, aprobado; si sonaba un silbato, a la calle. La vida a cara o cruz, como de costumbre.

—¿Y usted qué sabe hacer?

—Bailo. Flamenco y clásica, lo que sea menester.

Un carné para poder trabajar. Sindicato Nacional del Espectáculo. Agrupación Nacional de Circo, Variedades y Folklore. Tarjeta número: 11.165. A favor de: Anselmo Rodiles Marzal. Nombre artístico: Ricardo Triana. Como: bailarín (cuerpo de baile).

No quería cuentas con su padre, y si se hubiera tropezado con él paseando por la Gran Vía, habría cruzado a la acera de enfrente para evitar dirigirle la palabra. O eso creía entonces, pobre imbécil.



Resistió. De limpiabotas, de camarero, en las salas de fiestas, primero a las palmas y luego como sustituto si alguno de los bailaores fijos se indisponía. Buenos tiempos para los jornaleros del flamenco que, alentados por la dictadura de Franco, revoloteaban por la capital alimentando sueños de grandeza. Comenzaron a conocerle en el ambiente como Ricardo Triana o Ricardo el Moro, por el cuento de haber nacido en Tetuán, y si le echaban de un local o pedía la cuenta porque las condiciones del contrato no le convenían, al día siguiente ya estaba colocado en Los Canasteros, en El Duende, en Las Cuevas de Nerja, donde quisiera. En cuanto apretaba el calor, enfilaba hacia los hoteles de la Costa Brava, adonde comenzaban a llegar los primeros turistas, yes very well fandango. Y luego se pateó media Europa con la compañía de Carmen Moré: París, Londres, Bruselas, Hamburgo... «Hasta Beirut nos embarcamos para cantarle el *Achilipú* a la morería aquella.»

Hizo dinero a espuertas. Hubo semanas en que llevaba mil duros en el bolsillo para esturrearlos. Las mismas marisquerías que frecuentaban los gerifaltes del Movimiento, las güisquerías de la periferia, juergas hasta las tantas, propinas dadivosas, champán para todos, grandes convidadas porque sí, porque estaba de buenas, incluso a los de la mesa de al lado, a los que no volvería a ver en la vida. La camaradería del alcohol y los polvos de talco. Y un ático alquilado en Pintor Rosales que amuebló sin escatimar una peseta, cama grande y sábanas de hilo.

La vida a quemarropa del faranduleo. El artista más elegante de todo Madrid, sobre las tablas y alternando, con sus trajes a medida, cuantos quiso, de paño inglés, chaquetas cruzadas con la botonadura dorada, abrigos de noche con el cuello de piel y camisas con las chorreras cosidas a mano. Y para el baile, varios trajes completos, pantalón de alpaca entallado y chaquetilla de terciopelo con adornos de pasamanería. «Yo también tuve guita en el bolsillo y la malbaraté, lo mismo que habrías hecho tú. Aunque nos joda a los dos reconocerlo, estamos hechos del mismo barro.»

La juventud se le consumió como quien prende un fósforo.

Tuvo que arrastrarse hasta la gazapera de Tirso de Molina tragándose el orgullo, después de tanto silencio, después de tanta ausencia. Fracasado, sin blanca, hinchado por el alcohol, hecho un despojo de sí mismo antes de haber cumplido los cincuenta años. El padre no preguntó, ni siquiera cuando le vio colgar en el ropero del recibidor un vestido de mujer bordado con lentejuelas. A la semana de su llegada, ya le había comprado un somier y un colchón de espuma. Sin decir nada.

Con el paso de los días, padre e hijo construyeron una convivencia áspera que apenas necesitaba palabras, un código de gestos y sobrentendidos que ambos aprendieron a reconocer. Si se acababan el vino o el detergente para la lavadora, Emilio dejaba las botellas o el tambor vacíos junto a la puerta para que Anselmo entendiera que tenía que reponerlos en cuanto saliera a la calle. Al viejo empezaba a costarle subir las escaleras. Compartían poco: la siesta, una partida de naipes, el brazo de gitano y el resumen del fútbol los domingos.

Si Emilio estaba haciendo propósito de austeridad, Anselmo debía pensar en algo, ingeniárselas para contribuir a la economía doméstica. Y así lo hizo hasta que se colocó de vigilante en el garaje: se cosió una faltriquera al forro del abrigo —se daba maña con la aguja, más que Amparín Taroncher, la vedette que hacía de repasadora a regañadientes en la última tournée— en la que escondía lo que rapiñaba en el supermercado, pequeños caprichos que aligeraban el día a día. Una lata de berberechos para el aperitivo, un sobre de jamón envasado al vacío, un tarro de Nivea —a los viejos se les secan mucho las piernas—. Tampoco el padre decía nada. Comía y callaba con los ojos achinados.

## 6.

Los Rodiles se deslizaban al taller sin pisar la calle, con sólo cruzar el patio, como si aquel hangar lóbrego fuese una habitación más de la vivienda, un útero gigante cuyas sombras se proyectasen hasta el último rincón de la casa. La clientela y los trabajadores, en cambio, entraban por la travesía de la Suica, a través de una puerta acristalada junto a un cartel esmaltado que anunciaba: «Ortopedia La Peninsular. Casa Constructora. Única en corsés de cuero y celuloide». El negocio ocupaba un galpón rectangular, con tejado a doble agua, dividido en tres piezas: el cubículo donde se atendía al público, el despacho donde Emilio llevaba los libros de asiento y la crujía donde tío Juan y la cuadrilla de moros remontaban suelas, cosían alpargatas y fabricaban toda suerte de adminículos ortopédicos. La familia había bautizado la nave como el secadero porque en las estanterías se oreaban pies deformes de escayola que habrían de convertirse en zapatos y de las barras de la techumbre pendían piernas y brazos artificiales hasta que la cola soldara; tío Juan usaba una especie de garrocha provista de un garfio en la punta para colgarlos. El resplandor ambarino de las bombillas, el tufo químico a sacristía y las extremidades postizas que flotaban en el aire como exvotos de cera configuraban una atmósfera morbosa que sedujo a Anselmo desde muy niño. Solía escabullirse al secadero después de que los operarios se hubiesen marchado, y allí desgranaba las horas en soledad leyendo los tratados de ortopedia con que tío Juan había aprendido el oficio por su cuenta. Entre el deslumbramiento y la repugnancia, a cada vuelta de página los ojos se le clavaban en los dibujos a plumilla que mostraban las muescas que las mutilaciones esculpían en la carne. La amputación de Chopart rebanaba

el pie en su justa mitad conservando el astrágalo y el hueso del talón. La de Pirogov lo seccionaba a ras de tobillo. La de Guyon serraba la tibia y el peroné inmediatamente por encima. La de Alanson dejaba un muñón circular en forma de cono hueco y la de Farabeuf, un gran colgajo externo para recoser la pierna talada. Amputación de Syme, de Malgaigne, de Gritti. Anselmo aprendió que la mayoría de ablaciones debía su denominación a ilustres carniceros que se habían hecho un hueco en la historia de la medicina a fuerza de perseverar en el arte del despedazamiento, como Jacques Lisfranc, que, siendo cirujano en el ejército de Napoleón, guadañó el pie gangrenado de un soldado que se había caído del caballo con la bota sujeta al estribo. Tío Juan conocía los nombres técnicos de memoria y sabía cómo sacar el ajuste de patrones con sólo palpar la herida.

El taller irradiaba un oscuro magnetismo que parecía atraer a los tullidos de la ciudad. Agazapado tras el portalón de la casa, Anselmo observaba el bullicioso cortejo de mancos y cojos que acudían al obrador a que les recompusiesen las dentelladas del nacimiento, la campaña del Rif y la guerra civil. Anselmo los miraba de soslayo y se preguntaba sin saber qué responderse adónde habrían ido a parar los miembros tronchados de aquellos hombres que gesticulaban sin manos y se arrastraban con muletas y carritos de ruedas. Le atemorizaban y le seducían. Tanto como el hueco en la nuca de Abdellah.

Al padre de Anselmo le encantaba conversar con los áscaris que habían hecho la guerra de Franco y, en cuanto veía asomar a alguno, salía del escritorio a recibirlo con alharacas. Emilio también frecuentaba El Colonial y los cafetines de la plaza España, junto al palacio del Jalifa y la Alta Comisaría, para charlar en los corrillos que formaban los paisas. Algunas tardes obligaba a Anselmo a acompañarle.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo, hijo? Las manos, en los bolsillos.

—Primer tabor Regulares. Badajoz. Fusila dejar chilaba como zaranda.

Cortar cinco centímetros encima rodilla. *Al qodra al ilahiya*. Es la voluntad de Dios.

El *sinior* Rodiles les pagaba la convidada de té, les prestaba dinero y al que andaba escaso de posibles le regalaba la prótesis; de las más sencillas, una simple pata de palo rematada por una contera de goma y un encaje de cuero moldeado sujeto a la rodilla. Hizo amistad con un tal Mimoun, a quien le faltaban un ojo, el brazo derecho y casi todos los dientes de la encía de arriba, aunque por entonces no habría cumplido los cuarenta años. Las tardes de los viernes, Miguel —los españoles preferían llamarle así— se ponía los zaragüelles color garbanzo del viejo uniforme para acudir a la mezquita.

—No voluntarios. Llevar *enganiados*. Si no, calabozo, fusilar. Ochenta mil infelices. Tres pesetas diarias por luchar. Morir como chinches. *Al moktab labodda minno*. Lo que uno sufre está escrito por Dios.

Emilio, que expiaba así las artimañas con que se libró de ir al frente durante la contienda del treinta y seis, nunca se cansaba de oírles repetir movimientos de tropas, heridas militares y hazañas de los generales africanistas, el lustre de la colonia. Hablaban de la *baraka* del Caudillo. Los moros le llamaban Mansur, el Invicto, porque era inmune a las balas.

—Franco decir que soldados musulmanes volver a nuestras cabilas con babuchas de oro. Yo nunca ver oro. Nunca.

Alguno de los contertulios se atrevía incluso a murmurar sobre el día en que llegara la independencia. Ellos decían la *pendensia*.

Anselmo presentía que el galpón emanaba una fuerza extraña que espesaba la sangre, la del odio y la del deseo, que todo cuanto sucedía bajo su influjo era la verdad desnuda, sin aderezos. Allí dentro entendió que las cosas se pudren y fermentan en la oscuridad y que el hijo de la criada olía a melocotones secados al sol. Allí dentro supo que ciertos

secretos deben amarrarse al fondo de las tripas.

Lo aprendió una tarde en que se había refugiado debajo del largo tablero donde tío Juan extendía las placas de celuloide y las piezas de cuero curtido para cortarlas en simulacros de carne. Debajo de la mesa había limaduras, un desbarajuste de herramientas, vendas enyesadas, rollos de muselina y botes de pegamento. Aunque los altos ventanales del barracón se mantenían siempre abiertos para ventilar el efluvio dulzón de la acetona y las resinas, salvo cuando arreciaba el *charqi*, Anselmo tenía que forzar la vista para leer a escondidas los manuales de ortopedia. Aquella tarde, sin embargo, la penumbra del secadero parecía más limpia. La proximidad de la primavera se notaba en la finura del aire y en los chillidos alegres de las golondrinas. Como el portalón que abocaba al patio estaba abierto de par en par, Anselmo no percibió que alguien había entrado hasta que sintió pasos sobre el enlosado; reconoció en seguida el sonido inconfundible que acompañaba a su madre, un rechinar de madera, metal y cintas de cuero hebilladas. Nené había bajado al taller con una sola muleta; cuando salía a la calle lo hacía con las dos y por norma acompañada. La madre recorrió el almacén de punta a cabo varias veces. Se detenía en los extremos de la sala sólo para dar la media vuelta con movimientos inquietos. Cada vez que pasaba frente a la mesa de cortar, por delante del estrecho ángulo de visión entre los embalajes, Anselmo podía verle el dobladillo del vestido y la pierna enferma aprisionada entre la doble barra de la férula. Se había puesto los zapatos de domingo, unas merceditas con alza de color beige.

De repente, la puerta se cerró y se escucharon el giro de la cerradura y pasos decididos. Anselmo contuvo la respiración. Las zancadas se detuvieron en seco junto al banco de trabajo. Por entre las cajas, Anselmo vio la punta del mandil embetunado.

—¿Por qué has cerrado? —Nené se aproximó al recién llegado y apoyó la muleta en el borde del tablero.

—Por si acaso —la voz de tío Juan tenía un dejo inusual de dulzura.

—La puerta siempre está abierta. Llama la atención.

—Los moros ya se han ido.

—¿Y Vicenta?

—Se ha ido a los pabellones, donde la modista.

Anselmo cayó entonces en la cuenta de que su padre se había marchado con el Buick a Larache y que había dejado dicho que no le esperasen a cenar. En realidad, Emilio rara vez aparecía a la hora de los guisantes.

Tío Juan se despojó del delantal, levantó a pulso a Nené y la sentó sobre la superficie del madero; el zapatón con el alza quedó balanceándose a la altura de los ojos de Anselmo. La turbación le mantenía paralizado: un simple movimiento podía descubrirle. Desde su escondite, sólo escuchaba dos respiraciones acompasadas.

—Creí que no volvería a abrazarte. Elvira, mi Elvira...

—Veo que insistes.

—Porque es nombre de señora. Lo de Nené se lo dejo a los demás.

—Suen a muñeca desvalida, a mujer a medio hacer —Nené rió con cierta coquetería malvada.

Anselmo intuyó por el silencio que ambos cuerpos volvieron a fundirse. Se le había dormido una pierna y trató de cambiar de postura sin hacer ruido. Con la puerta cerrada y el piso cubierto de trastos, escapar al patio gateando suponía un riesgo delirante.

—Si no llego a tenerte hoy, me habría vuelto loco —tío Juan permanecía de pie, con las piernas cercadas por las de Nené—. Anoche no pude pegar ojo; me desveló el deseo. Elvira, Dios mío, si pudiéramos escaparnos...

—No digas tonterías.

—Tú tampoco eres feliz.

—¿Y quién ha dicho que tengamos que ser felices? ¿Adónde quieres que vayamos? Todo esto te pertenece, ¿cómo vas a dejarlo perder?

—Por ti sería capaz de regresar a Elda y empezar de cero.

—No seas iluso. En la península las están pasando magras, y tú lo

sabes. Mi madre dice que en Málaga todavía es difícil encontrar pan blanco y, por lo menos, aquí no nos falta de nada.

—Ya conocemos a tu mamaíta. Doña Constancia sabe cuándo ha de llorar para que le mandes dinero.

—Escúchame, Juan —Nené suspiró e hizo una pausa—. Ya estás metido en los cincuenta; se nos hizo tarde a los dos y hemos de aceptarlo. No puedo abandonar a mis hijos. Son lo único que tengo.

Anselmo temblaba. Se recogió las rodillas contra el pecho y apretó los párpados en la luz turbia para escuchar mejor. Habría querido fundirse, que el suelo se lo tragara, desaparecer. Se maldijo porque no quería saber y, sin embargo, se había condenado a seguir escuchando. La verdad que acababa de descubrir le otorgaba un terrible poder y, al mismo tiempo, le hacía vulnerable. En adelante, un gesto, una mirada o un simple descuido podían delatarle.

—Deberíamos ir con cuidado, Juan.

—¡Pero si no nos vemos a solas desde el viernes pasado!

—Si Emilio nos descubriera... No lo dudaría un segundo.

—El grandísimo sinvergüenza.

—Es tu hermano.

—Nos ha chupado la sangre y la juventud. Se burla de todos nosotros, ¿o es que no quieres darte cuenta? No te merece.

—Olvidemos lo nuestro. Dejémoslo estar.

—Se me parte el corazón de oírte. Dijiste que me querías.

—Y te quiero. Con las entrañas.

—Elvira, no me niegues tus abrazos, tu olor, tus ojos... Doy por buenas las migajas que quieras darme.

—Me tienes y no me tienes. Te tengo y no te tengo. No podemos seguir viviendo en la mentira. Las esperas, los encuentros a escondidas, el disimulo...

—No me dejes.

—Tengo miedo, Juan.



—¿Miedo de qué?

—No lo sé, miedo. Miedo de la muerte. De una muerte equivocada —

Nené miró al techo—... Quiero pedirte algo.

—Haré lo que me pidas salvo renunciar a ti.

—Deshazte de la pistola. Prométeme que lo harás.

«La jeta del color de la pescadilla hervida, dos surcos de tractor a cada lado de la boca y este emplasto pardusco en la cabeza. Parezco mismamente Dirk Bogarde saliendo de casa del barbero en *Muerte en Venecia*. Y el rubiales sin aparecer.» Anselmo aguardaba a que le cogiera el tinte sentado en la tapa del váter, con el pestillo echado. Las canas — con qué cruel obstinación se le aferraban a las patillas— aún tenían arreglo con un brochazo cada tanto en las raíces. En cambio, el verdín de las ojeras, grabadas a fuego bajo los párpados, era ya una condena a perpetuidad, la factura del trasnoche *on the rocks*. Miró de nuevo la esfera del despertador, que había colgado de la alcayata. Todavía faltaban trece minutos de la mañana del domingo para que le subiera el color. Garnier Nutrisse, praliné.

En Tetuán, en la casa de los vientos, también había un cáncamo atornillado en la puerta del baño, casi a la misma altura, donde Emilio dejaba los calzoncillos y los calcetines húmedos que había lavoteado mientras se aseaba en la tina con el mismo jabón que se daba en el cuerpo. Las pastillas de jabón Lux las traía de Tánger.

—Cuerpo limpio, muda limpia. Así lo hace la clase de tropa.

—Pero si tú no hiciste la mili, padre.

—¿Quién lo dice?

—Tío Juan.

—Ah, sí...

—Que te pasaste la guerra en los bares de la Alcazaba. Y que no sabes ni cómo funciona el cerrojo del máuser.

—Y tú a quién crees, ¿a tu padre o al tío patraña? Un día le partirán

esos dientes de conejo que le asoman debajo del bigote.

Emilio ignoraba entonces que en cuanto atravesaba el patio y salía a la calle a zancajear —los abastecedores, el olor de alguna furcia, el pique con las cartas—, Zohor echaba su colada en el canasto de los trapos sucios porque así se lo tenía dicho la *siniora*. Ahora el padre ya no colgaba nada del clavo; ni siquiera se le ocurría cambiarse de calzoncillos. Los viejos se resisten a bañarse. No tanto porque se les destemple el cuerpo ni porque les aterre contemplar la propia desnudez, la ruina de lo que fueron, sino por la absurda repetición de un acto en esencia inútil.

—Vamos al agua, niño Camborio.

—¿Para qué?

—Porque habrá que lavarse algún día, digo yo.

—Si yo no sudo, si no hago nada en todo el santo día...

No había forma de poner al viejo a remojo, ni aun sentándolo en un taburete en el plato de la ducha. Había que hacerlo en la cocina, por partes y con paciencia, empezando por abajo. Los tobillos descarnados; las uñas, tan duras, como garras de gavilán. Uno comienza a morirse por los pies.

Lo lavaba con esponja y palangana. Las manos, los churretes de fruta hasta el codo, los sobacos, la calva con la costra del penúltimo topetazo contra las vigas del techo. Luego, las partes pudendas, la bolsa lacia del escroto, el miembro superfluo...

La primera verga adulta que Anselmo recordaba no era la de su padre, sino la de tío Juan. Sucedió por accidente, durante el verano, en la casa de la playa en Río Martín. Anselmo estaba tumbado encima de una toalla, con una mano en visera para protegerse los ojos del sol, mientras María, la inalcanzable Margot, recogía en la orilla conchas, cristales y azulejos pulidos a fuerza de arena y oleaje. Tío Juan se había inclinado para acomodar las esteras de Nené y tía Vicenta, que estaban cambiándose en la caseta, cuando a través de la pernera del meyba, que le iba holgado,

asomó el badajo. Aunque le asqueó el vello, Anselmo se quedó hechizado contemplándolo. No pudo apartar la vista de lo oscuro.

Lo más terrible de la liturgia dominical de la higiene no era coger el pene paterno con las puntas de los dedos y enjabonarle los testículos, sino afeitarlo, verle en los ojos la humillación de que otro tuviera que pasarle la gillette por las quijadas. Ahí se emboscaba la verdadera derrota, en la incapacidad de rasurarse los cuatro pelos blancos y endurecidos del mentón. Por eso debía de quejarse tanto, por eso gimoteaba, por eso se resistía, como si la cuchilla se deslizase por una llaga en carne viva. El señor Rodiles, siempre elegante, el gran cofrade del escamoteo.

Emilio llamó a la puerta con los nudillos. Por entonces, Anselmo aún no lo ataba a la silla con el cinturón del batín cuando pretendía que no se moviera.

—¿Qué pasa ahora? —masculló Anselmo.

—¿Tienes para mucho?

—Para un rato.

—Me estoy orinando.

Anselmo se levantó y se miró de nuevo en el espejo. Un monstruo, el espanto, una sirena vieja con la cabeza embreada. Se peinó hacia atrás el unto y gruñó:

—Eres la caraba... Falta que me meta en el váter para que te entren las ganas de mear. Hazlo en un cazo, joder.

—Que no —Emilio aporreó la puerta.

—Que no qué.

—Abre, niño, que me orino.

Anselmo se asió al lavamanos, cerró los ojos y suspiró. Qué esperpento, qué burdo sainete estaban representando entre los dos, Malvaloca y Cantinflas gagá. Tendría que abrir la puerta, claro, y dejar que el cabestro hocicara en su intimidad. Después de todo, el viejo era ya incapaz de dedicarle una de aquellas miradas, bíblicas y silenciosas, como las de Moisés en lo alto del cerro con la verdad esculpida en las

tablas de arcilla. Y ya debía de importarle un carajo que su hijo se pintara el pelo.

Abrió la puerta. Emilio, con la portañuela del pijama desabrochada, tenía la cosa en la mano. Se lanzó sobre la taza sin que la testa embadurnada de Anselmo le despertara la menor curiosidad. Con la precipitación, se lo hizo fuera; casi todo.

Aquel día almorzaron pasta con hisopazos de una lata de tomate porque el bar de Jacinto cerraba los domingos. Mientras comían, a Emilio le entró un vivo interés por ordenar los macarrones, todos los cilindros en formación vertical, uno junto al otro sobre la superficie del plato. De vez en cuando, entretenido en su extravagante arquitectura contable, el anciano cogía un canuto con la mano y se lo metía en la boca. Parecía que la tiesura de los macarrones le raspara el gaznate y le costase deglutirlos, conque Anselmo le sirvió dos dedos de vino tinto. El viejo se lo agradeció con los ojos muy abiertos.

—Cinco. Llevo cinco —dijo Emilio masticando al tiempo que se remetía la servilleta por el cuello de la camisa con los dedos pringados.

—Te estás poniendo perdido.

Era verano, un domingo de verano. Anselmo lo recordaba porque la trampilla de la claraboya estaba abierta y una flecha de sol caía oblicua sobre la mesa, asaeteaba la barra de pan y envolvía sus cabezas con una gasa de partículas de polvo flotante. Sentados uno al lado del otro para ver el telediario —el parte, decía el viejo—, que desgranaba las últimas novedades en torno al incidente de Perejil. El islote, en aguas del Estrecho, había sido tomado dos días atrás por un pelotón de gendarmes marroquíes.

—Mira la que están liando tus moros.

El viejo se encogió de hombros.

—La isla se veía a lo lejos desde Punta Leona, donde la ballenera, ¿te acuerdas? Tío Juan me llevó una vez de excursión.

Emilio empujó el vaso con la mano y lo arrimó a la botella. Dijo:

—Echa vino, montañés.

—Te ha sentado bien, ¿eh? Pues yo te escancio otro vasito, faltaría más. Pero al doctor ni pío, que luego nos regaña. Con un poco de gaseosa, que cunde más.

—Sinvergüenzas todos —espetó Emilio con la mirada fija en las burbujas del vaso.

—Te gustaban el alpiste y la noche casi tanto como a mí —Anselmo se sirvió otra copa—. Y luego te daba por purgarte a base de caldo y cama... ¿Te acuerdas de tus curaciones, padre? Andábamos de puntillas para no despertarte.

—El cuerpo es un templo.

Anselmo se sonrió. Le fascinaba que Emilio fuera incapaz de recordar si había tomado café con leche por la mañana y que, en cambio, pudiera revivir un fragmento sumergido en la charca del pasado con asombrosa nitidez. El cuerpo es un templo. Sus frases, aquellas frases rotundas como mazas de hierro. Sacó un Ducados del paquete y le perforó la boquilla con la punta de un imperdible. El viejo lo miró atónito.

—Qué te pasa; me has visto hacerlo montones de veces.

—Un templo —repitió.

—El humo se escapa por los agujeros y mata menos —Anselmo encendió el pitillo—. El truco me lo enseñó el caradura de Lucio Aguirre. Nos hacía las siete y media con las cuentas, con el porcentaje de taquilla. ¿Nunca te he hablado yo de don Lucio? Un pobre hombre, a decir verdad. La sinvergüenza era su mujer.

Emilio estiró el brazo para arrimarse la fruta. Un plato de duralex con medio melón.

—Trae, que te vas a cortar... La muy lagarta se hacía poner el nombre en los carteles con letras más gordas. Quería que la llamaran Miss Delia

aunque se había hecho vieja. Y que supiéramos nunca cantó ni bailó bien. Buenas tetas sí las tuvo —mientras hablaba con el cigarrillo en la comisura del labio y un ojo entornado, Anselmo cortó una raja y la despepitó—. Menuda filfa la compañía de Lucio. Se me puso el pelo blanco por trabajar con ellos. Por eso me acostumbré a pintármelo. ¿Está dulce?

Emilio asintió. El cigarrillo que Anselmo aplastó en los desperdicios del plato despidió un olor acre que exacerbó la sensación de bochorno bajo las tejas de la buhardilla.

—Con ellos se me pegó la mala suerte.

Los médicos le habían aconsejado que le hablara, que lo distrajera, pero al viejo parecían traerle sin cuidado don Lucio y Miss Delia, ensimismado como estaba en el televisor y la mecánica de la dentadura. Hablar al padre con quien nunca se ha hablado. Ahora, a estas alturas del camino. Hablar de qué. ¿De la mala suerte?, ¿de la huida a Barcelona muerto Franco?, ¿de cómo te transformaste en Margot, tan puta y tan dulce? La idea fue de la maricona de Kowalski. «Atrévete, gallito, sé valiente. Cuéntale a tu padre que te ganaste la vida disfrazado de zorra en los tugurios más golfos. El Copacabana, el Gambrinus, el Whisky Twist, el Barcelona de Noche en la calle de las Tapias... Vestidos con adornos de lentejuelas y el rabo escondido entre las piernas, encolado hacia atrás, con un esparadrapo pegado a la raja del culo para que el paquete no abultase. Anda, dile también que una noche le chupaste la polla a un tío para que te pagara un filete con papas fritas. Muertodehambre. Y cuéntale también que por culpa de los polvos de talco tuviste que dormir más de una noche en los bancos de la Plaza Real. La blanca, tan golosa, la gran embustera.»

Tío Juan guardaba la pistola bajo llave. Alemana, una Luger parabéllum que cargaba por la culata. La escondía junto a la funda sobaquera en un cajón de su dormitorio, envuelta en una servilleta de lino con remate de encaje. Aunque tenía el cañón largo, se refería al trasto como la chata; parecía tenerle cariño.

—Uno nunca sabe lo que puede ocurrir.

Ocho balas con camisa de níquel. Ocho almas en pena que merodeaban por el patio y la casa: Anselmo, escondido bajo el depósito de agua de la azotea; tío Juan, rumiando su paciencia; tía Vicenta, una sarta de reproches; Emilio, la mirada huidiza; Nené, inaccesible a pesar de los herrajes y las cinchas; María, el perfume carnívoro de las orquídeas.

—Dame un beso y dime a qué sabe.

—¿El qué?

—El pintalabios.

—Se lo has robado a mamá. Es del mismo color.

—No se lo he robado; me lo ha dado ella porque ya queda muy poco...

Ven y dame un beso, pedazo de tonto.

—Entre hermanos es pecado.

—Es sólo para que me digas a qué sabe. Cierras los ojos, me das un beso en la boca y me llamas Margot. *Appelez-moi Margot.*

Ocho balas en el cargador, una para cada uno, las dos últimas para la sirvienta y Abdellah. Anselmo había comenzado a recelar de los dientes del morito, brillantes de saliva en la oscuridad del taller. Abdellah significaba en árabe siervo de Dios.



El domingo en que tío Juan se deshizo de la chata y se llevó a Anselmo como testigo, cumplió con el ritual de limpiarla como si nada, como si se dispusiera a guardarla de nuevo en el cajón en lugar de arrojarla al mar dentro de un bote de cola lleno de piedras. Después de desayunar en la cocina, extendió una toalla inmaculada sobre la mesa del comedor y limpió el cañón del arma con estopa, agua dura y una especie de barrena con la punta desmochada. Lo hizo con minuciosidad, como de costumbre, dilatando el tiempo, los dedos siempre enlutados de betún —abría los paquetes de tabaco por el culo para no tizar las boquillas— por más que se los frotara con un cepillo empapado en aguarrás. Vació el cargador y volvió a meter las ocho balas, una detrás de otra. Tío Juan observaba la liturgia dominical a la misma hora y bien a la vista de todos, quizá para demostrar que a pesar de su apariencia ausente, pese a la hondura de sus silencios, él seguía siendo el patriarca, el pionero que erigió a pulso y con esfuerzo el negocio familiar, el que tuvo la mala ocurrencia de enviar a su hermano la carta de llamada imprescindible para que pudiera trasladarse al Protectorado. Después de licenciarse del servicio militar, Juan Rodiles se quedó en tierras de África cosiendo para el ejército colonial botas de paño con la suela de esparto, con la misma soltura con que trenzaba alpargatas en Elda desde que tenía uso de razón. Nunca se cansaba de repetir que, después de todo, era un hombre afortunado. Había entrado en quintas en febrero del veintiuno, poco antes del desastre de Annual, y como era uno de los escasos reclutas del reemplazo que sabía escribir y los mandos le vieron capaz de aprender morse, se lo quedaron en Melilla. Se salvó de la escabechina de Abdelkrim en la ciudad amurallada, al pie del telégrafo.

—En este país de mierda la política se hace con los testículos. Eso le dijo el simple de Alfonso XIII al general Silvestre, «¡olé la gente con cojones!». Pero sus huevos, en tanto, bien a resguardo. Miles de

cadáveres para nada, para apuntalar este imperio de cartón piedra y chumberas.

Nené se perfiló los labios y se calzó unos zapatos de fiesta —tío Juan se los había hecho con costuras de adorno y una lazada en el empeine— para la misa y el aperitivo en la plaza Primo, según prescribía el rito de los Rodiles. Emilio no quiso acompañarlos; se quedó arrebujaado entre las sábanas calientes mientras el resto del clan se marchaba de puntillas para no molestarlo. Sólo acudía a la iglesia cuando le interesaba hacerse el enconradizo con alguien a la salida del servicio, a las puertas de la Pagaduría Militar o en los cafetines de alrededor. Abominaba del método y los relojes, y parecía que estuviese siempre a punto de huir, de escaparse a alguna parte con los colmillos de la prisa clavados en el gznate. Reuniones en los cuarteles y en el Casino Militar, las timbas clandestinas de giley y bacará, las cantinas y los burdeles de la Alcazaba. Había domingos en que Emilio no se levantaba de la cama hasta la atardecida, pedía que se le hiciese una olla de caldo y no comía otro alimento en dos días. A cada culpa, su expiación.

—El cuerpo es un templo.

Decía cosas como ésa en cuanto se le olvidaban los estragos de la noche y el coñac. Emilio y sus frases solemnes en el comedor, bajo una nube de amargura, decepción y humo de cigarrillos. Perlas engarzadas sobre el mantel que Zohor almidonaba para la comida de los domingos.

—Primero come, después habla.

—Nunca llegarás a nada.

—Yo a tu edad tenía las manos arañadas de manejar la lezna.

—La holgazanería es un vicio.

—Cuando se me acabe la paciencia, os abriré en canal; a los dos.

Fue el día en que desapareció la pistola cuando Anselmo comprendió, durante el almuerzo, que la vida en Marruecos era un espejismo y que la tierra donde había nacido no le pertenecía. Aunque de la zona francesa empezaban a llegar rumores confusos y deslavazados sobre la proximidad de la independencia, los colonos españoles aún cerraban los ojos. Disfrutaban de un baile de gala en el que nadie se acordaba de mirar el reloj.

—Mañana me marchó a Tánger. Necesitamos hilo bramante y más vendas de muselina para los moldes —Emilio se remeti6 la servilleta en la pechera de la camisa; era del mismo juego que la que envolvía la Luger.

—Deberías hacer inventario de lo que queda en el almacén.

—Sabré yo lo que hay y lo que deja de haber...

—Tú sabes de lo que pagamos a los proveedores —tío Juan parecía abstraído en apilar las cáscaras de los mejillones boca abajo, en la orilla del plato.

—Tengamos la fiesta en paz —Emilio trató de dibujar una de sus sonrisas desafiantes pero se le notó el fastidio en las comisuras de la boca, obstinadas en apuntar hacia abajo.

Nené se levantó de la silla y empujó con el brazo una muleta que cayó al suelo con estrépito. Anselmo habría jurado que lo hizo adrede.

—Pero qué haces —Emilio se inclinó a recogerla. Su tono sonó desabrido, áspero, como los guisos de tía Vicenta, que aquel domingo había servido paella y alfileres.

—Voy a por pan —Nené buscó en vano la mirada de su marido; detestaba que la tratara como a una inútil.

—¿Y no puedes pedirselo a la mora o a la niña? La cosa es llamar la atención.

Nené miró de soslayo a tío Juan y se escabulló exagerando la renquera.

Zohor salió a su encuentro, la ayudó a acomodarse en un banco de la cocina y se sentó junto a ella; la criada entendió que no le convenía dejarse ver por el comedor. Zohor, Zohra, Zhiro. Su nombre significaba flores en árabe.

—Si la vida nos ha sonreído hasta ahora, es porque yo he movido los hilos. Me permito recordarte, hermano, que los Regulares, la Mehala y todos los demás son clientes nuestros gracias a mí —Emilio se sirvió un poco más de vino y posó la botella sobre la mesa con un gesto de estudiada rudeza.

—Bien que lo sé.

Anselmo y su hermana habían aprendido a calibrar los estados de ánimo de tío Juan en la velocidad con que se pasaba la punta de la lengua por el labio superior; ahora se lo estaba mordiendo. Anselmo dio una patada a María por debajo de la mesa y consiguió que lo mirara fugazmente a los ojos. Estaba convencido de que ella también se regocijaba cada vez que padre y tío se enzarzaban en una discusión. María quería más. También ella deseaba que tío Juan descargara un puño sobre la mesa y rompiera varias copas, que los hermanos se agarraran por el cuello hasta que ambos sacaran por la nariz un hilillo humillante de sangre. Cuando tío Juan disparó la artillería pesada, evitó mirar de frente a su hermano.

—Nuestras buenas pesetas nos cuesta mantener a la clientela contenta.

—Pero tú, ¿en qué mundo vives? —Emilio se frotó la barbilla; su voz sonó todavía más displicente.

Tía Vicenta concentraba su ofuscación en amasar pelotitas de pan sobre el mantel. Moldeaba la miga hasta compactarla en una bola, la dividía en dos con la uña y volvía a sobar una mitad hasta formar una esfera más pequeña para desmenuzarla de nuevo. Trataba de fragmentar su propia desesperación.

—Las cuentas, los clientes y los proveedores son cosa mía y tú, aun así, insistes en meter el hocico —Emilio señaló con el dedo índice a su

hermano—. Pues has de saber que a mí hay cosas del taller que tampoco me gustan.

Tía Vicenta tenía los labios húmedos. Parecía deseosa de intervenir en la disputa, pero se contuvo como tantas otras veces. Quizá aguardaría hasta la noche para sermonear a su marido en la engañosa intimidad de la cama. «Te está chupando la sangre»; «te matas a trabajar y tu hermano, en cambio, es un zángano y un putero».

—Tampoco es que se te vea mucho el pelo por el secadero —tío Juan embistió con fuerza, con la seguridad de saberse el buey que tiraba del carro.

Anselmo miró a su hermana desolado: María acababa de levantarse de la mesa y recogía platos sucios en la desbandada. Le abandonaba en el peor momento, como siempre. Como todos. *Reste avec moi*, te llamaré Margot, pero quédate aquí, por favor, quédate.

—Niño, levántate y diles que te den la botella de coñac —el trueno de la voz paterna desconcertó a Anselmo—. A tu cuadrilla sólo le interesa el dinero, el *flus*.

—¿Qué quieres decir? —tío Juan se acodó en la mesa—. Los moros se ganan bien ganado el jornal que les pago.

—Tú fíate, que éstos nos dejan sin tabaco. Cuando lo de Alhucemas, Sanjurjo debió apretar más las tuercas. Y al que rechistara, había que darle mulé. Necesitan mano dura.

—Esa pobre gente ya se llevó lo suyo. Los muchachos que trabajan conmigo están por la labor y me respetan. Y a estas alturas ya deberías saber que vivimos aquí de prestado.

Tía Vicenta apretó en el puño todas las migas que había manoseado. Tragó saliva y dijo:

—Tanto discutir, tanto discutir... Deberíamos tomar una decisión y vender el negocio. Viene siendo hora de que regresemos.

Se hizo un silencio denso en el comedor. Anselmo no conocía España; Nené lo había llevado a Málaga una sola vez, con tres años recién

cumplidos, para que la abuela Constanacia y tía Mavi lo conocieran. Pero si guardaba alguna imagen difusa de aquel viaje, se debía al relato que le había tejido la madre. Al otro lado del Estrecho olía a incienso y ropa sucia. Eso creyó entender.

—Quién te ha dado vela, mujer.

—El otro día, tú mismo... —balbució tía Vicenta.

—Yo mismo qué —tío Juan miró con fijeza a su esposa.

—Dijiste que no te importaría volver a Alicante.

—Entiendes lo que te conviene entender, Vicenta. ¿Cómo voy a decirte de volver?, ¿sabes tú acaso las fatigas que están pasando? Lo que te dije —tío Juan se acarició la frente con un gesto cansado—, lo que te dije fue que algún día no tendremos más remedio que regresar. Es muy diferente.

Emilio terció en la conversación dirigiéndose a su hermano. Despreciaba tanto a su cuñada que no se dignó mirarla.

—De aquí yo no me voy si no es con los pies por delante —Emilio enseñó los incisivos—. Te conviene salir un poco, Juan, conversar con éste y con aquél. Vives encerrado entre las cuatro paredes del secadero. Te dejas llevar por las figuraciones. Esto es más España que el Alcázar de Toledo.

Aunque en los años previos a la independencia el Protectorado era una laguna plácida cuya tersa superficie sólo rizaban una reyerta, las pedradas de la chiquillería y el nombre de un tal Abdeljalak Torres, Anselmo intuía de qué estaban hablando los mayores.

—Algún día —tío Juan miró la lámpara del techo— saldremos de aquí con pena.

El morro del Buick cortaba a dentelladas la brisa adusta de marzo. Pronto rebasaron el puerto pesquero de Río Martín, el tramo de carretera jalonado de cipreses con el tronco blanqueado de cal y la casa de los

veranos, pero ni Anselmo ni tío Juan, pese a la familiaridad del entorno, despegaron los labios hasta que en el horizonte asomaron las primeras edificaciones de Ceuta. Por la ventanilla derecha se divisaba azulísima la planicie del mar.

—¿Por qué has cogido la pistola?

—¿Cómo te has dado cuenta, bellaco?

—Te vi entrar en tu cuarto.

Tío Juan sonrió. Se le marcaron las patas de gallo en el perfil derecho. Pero era una sonrisa melancólica, casi triste.

—Estamos en una misión secreta y muy especial.

Anselmo supo de inmediato a qué se refería y por un momento temió que el tío y Nené hubieran advertido su presencia bajo la mesa del taller. ¿Se habrían dado cuenta? Era imposible que le hubiesen visto, imposible, porque de alguna manera habría notado su desconcierto. Tío Juan le había llevado consigo para que a Nené no le cupiera duda de que había cumplido con la promesa. Anselmo se tranquilizó; los adultos solían subestimar la inteligencia de los niños.

Rodearon la ciudad por la ladera del monte Hacho, y a medida que recorrían el perfil de la cornisa marítima el paisaje se iba tornando agreste, más duro en su belleza. La arena se compactaba en rocas y farallones.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar que no conoces. ¿Has estado alguna vez en la ballenera de Punta Leona?

La gravilla crujió con el peso de las ruedas. Abajo, al pie del acantilado, se atisbaba el galpón de la ballenera y una rampa de cemento que descendía hasta la orilla pedregosa.

—Fíjate, ¿lo ves? Por la pendiente arriba tiran con sogas de las

ballenas y los cachalotes que han pescado. Los hombres tienen que ponerse botas con pinchos para no resbalar cuesta abajo. Luego, ahí, en la explanada, descuartizan los cuerpos con unas guadañas enormes.

El aire arrastraba el hedor de las tripas que se secaban al sol. Anselmo sintió arcadas y tío Juan tuvo que taparle la nariz y la boca con un pañuelo, que le anudó en el cogote. Soplaban una brisa tenue mientras recogían guijarros entre el Buick y la carretera. Rellenaron la lata hasta que la pistola y las ocho balas quedaron sepultadas.

—Quédate aquí vigilando el coche. Sobre todo no te muevas, que esto es muy resbaladizo. No me hagas enfadar, ¿me escuchas?

Tío Juan se aproximó hasta el filo del precipicio con el bote de cola cogido del asa. Lo hizo bascular en el aire con una mano apoyada en la cadera, hacia delante y hacia atrás. En el último impulso, arrojó a la chata con todas sus fuerzas por la pared vertical que caía a plomo sobre las aguas profundas.

No se equivocó tío Juan en sus predicciones: todos acabaron yéndose de Marruecos, uno detrás de otro. Y Margot fue la primera.



Emilio se perdió. Así se lo describió Consuelo. Que el hombre salió a la compra, se desorientó y se llegó a tientas hasta la estación de Atocha. La intención de regresar debía de tenerla porque, cuando lo encontraron, llevaba las tres fiambreras vacías que solía bajar al bar de Jacinto para que se las llenara con el rancho del día, dos menús completos que él se administraba a su antojo, a veces zampándose de un tirón los dos primeros, los dos segundos y las natillas del postre. La cabeza de Anselmo insistía, sin embargo, en que el viejo quiso escaparse; puede que no supiera adónde, pero quería irse. «El ansia de huir le muerde el testuzo, como a mí, la misma picazón de no estar a gusto en ninguna parte. Lejía en la sangre, el bicho malo de los Rodiles.»

Aparte de la talega con las tarteras, el padre se había preparado un hatillo en una bolsa del supermercado, de las que coleccionaba en el cajón de la cocina, y salió a la calle con el tres cuartos enguatado. Sin llaves. Puede que el detalle del chaquetón en plena chicharrera de julio hubiese pasado desapercibido a los policías que lo abordaron en la Ronda de Valencia de no haber sido porque iba arrastrando los pies. Los zapatos en chancletas y un equipaje ridículo que incluía el mando a distancia del televisor, el cepillo zapatero y dos varillas de acero inoxidable para ensartar brochetas.

—La suerte es que llevaba en la cartera el carné de identidad con la dirección y lo han traído de vuelta —dijo Consuelo—. Se conoce que han llamado a tu casa por el telefonillo y, al no haber nadie, han ido tocando timbres.

Anselmo arrastró una silla haciendo ruido adrede y, al apoyarse en el

respaldo, sintió el tacto desagradable de la camisa empapada en sudor. Se sentó frente por frente de su padre, pero a una distancia calculada, como de juez en el estrado. La vecina había acomodado a Emilio en una mecedora. Viejo y balancín permanecían inmóviles.

—No hará ni media hora que se han ido los municipales... ¿Se te apetece algo fresquito? Vienes chorreando.

—Agua, si acaso.

Cuando Consuelo, con cierta complacencia que no supo disimular, le entregó el hato con que Emilio quiso emprender el viaje a ninguna parte, sintió una fatiga pegajosa. La vida se emperraba en convertirle en padre de su propio padre, a él, que no había engendrado hijos ni los había querido. Contempló al viejo sin despegar aún los labios. Tenía las manos temblonas recogidas en el regazo, los pies juntos y miraba al vacío. Alguien, la vecina o los guardias, le había calzado los mocasines. Anselmo revolvió el contenido de la bolsa y observó que el anciano había metido también dos pares de calcetines limpios y un cenicero que llevaba impresa la leyenda «Recuerdo de Mallorca» en letras de oro desvaídas. Objetos útiles y chaladuras, cuanto se le había colado en el gruyère de la cabeza. Sacó el cenicero y lo dejó sobre la mesa del comedor.

—¿Cuánto hace que te quitaste de fumar?

—Veinte. No sé. Una porrada de años —respondió Emilio con la barbilla pegada al pecho.

—¿Y puede saberse adónde ibas con el cenicero?

Emilio se encogió de hombros.

—El pobre no sabe lo que se hace —terció Consuelo, que entraba en la estancia con el vaso de agua y un trozo de papel de cocina.

—¡Claro que lo sabe! —Anselmo elevó el tono de voz; a él también le sorprendió el histrionismo de su interpretación—. Bien que se llevaba la cartilla de ahorros. Está en sus cabales sólo para lo que le conviene.

Consuelo sonrió. Apartó otra silla y se sentó a la mesa. Dijo:

—Uno nunca sabe lo que se puede ofrecer, ¿verdad, Emilio?

Tal como se habían colocado, entre los tres formaban un triángulo chato. La ventana estaba abierta, con la persiana echada para evitar que penetrase el resol crudo de mediodía. El comedor, en la penumbra caliente, parecía una caperuza de fraile, terrosa, de estopa muy basta.

—Adónde ibas con la cartilla del plazo fijo, ¿eh?

Emilio lo miró de soslayo y volvió a agachar la cabeza. Le entendía, claro que le estaba entendiendo, y puede incluso que se sintiera herido en la médula del orgullo. Después de todo, quién era Anselmo para reprocharle que se llevara el dinero, su dinero. Los caudales de toda una vida, doce mil euros. La hucha del viejo, que nunca supo ahorrar un duro.

—No debes ir con eso por la calle, ¿te das cuenta? Te podrías haber caído. O te podrían haber robado, que el barrio está lleno de chorizos.

—Es el calor. Hace mucho calor y uno se aturulla —intervino Consuelo—. El señor Emilio salió a darse un paseo y el bochorno lo despistó.

—Pero si había enfilado hacia Atocha... ¿Adónde te crees que ibas?

—Sí —soltó Emilio con un hilillo de voz.

—Sí qué.

—El tren de Málaga.

—Ésta sí que es buena... Pueden contarse con los dedos de la mano las veces que fuiste a ver a mamá —Anselmo descargó un puño sobre la mesa; vaso y cenicero temblaron—. Qué ibas a hacer en Málaga, dime. ¿Visitar a tía Mavi? ¿Y a ti cuándo te importó tía Mavi? A ti nunca te importó nadie.

—Pobrecillo, déjalo estar —Consuelo parecía conmovida y, al mismo tiempo, encantada de poder asistir a la mojiganga doméstica en palco de platea.

—Y qué hago, ¿reírle la gracia?

—Ya no puede quedarse solo, Anselmo.

—Pues ya me contarás. En Servicios Sociales me dicen que no nos corresponde ayuda.

—Si te parece, cuando tú estés de guardia en el garaje o en tus cosas, yo me quedo con él —propuso la vecina—. Me dejas un juego de llaves. Si te parece.

Fue entonces cuando Emilio comenzó a mecerse lentamente en el balancín acompañándose de una especie de gemido largo. Un lamento en falsete, de belfos colgantes, como de gran danés. Puede que percibiera lejana la complicidad de Consuelo y fuera su manera de agradecerse.

—¿A qué viene ahora la llantina? Te hubieras quedado en casa.

—Ésta no es mi casa —dijo Emilio entre sollozos.

—Nosotros vivimos arriba.

—No es mi casa, ésta no es mi casa... Me habéis echado de mi casa.

—Ya está bien con la pejuguera, padre, ya está bien. El montaje que he tenido que inventar para escaparme del trabajo... Y todo por una sandez. Ya no tengo edad de ir haciendo el saltimbanqui. Estoy cansado, hartó, hasta arriba.

—No le regañes más —repuso Consuelo—. Te tiene miedo.

«Miedo. El viejo me tiene miedo. Qué sabrás tú lo que es tener miedo, estúpida. Tú no tienes ni idea.»

¿Cuántos años tendría entonces? Diez o doce a lo sumo. Aún llevaba pantalón corto, de eso estaba seguro, porque tenía una desolladura en la rodilla y se estaba soplando en la herida, sentado en el tranco de la casa, cuando lo vio doblar la media luna del callejón. Los faldones de la gabardina desabrochada aleteaban a su paso imponente. Venía fumando. Uno de aquellos cigarrillos de picadura inglesa que olían a almíbar. Se paró frente a él y se mantuvo escrutándole desde las alturas del monte Sinaí. Puede que sólo permaneciera callado diez segundos, no más, pero la memoria agiganta la duración del silencio. Al fin, el padre aplastó la colilla con el zapato —empeine castaño claro, puntera marrón— y dijo:

—Ven conmigo.

El niño de canillas flacas, llenas de mataduras, se levantó temblando y le siguió, incapaz de pensar, de reaccionar, de responderse qué estaba sucediendo. Mamá, ¿dónde estaba Nené? Y su hermana, ¿dónde se había escondido María? Margot, ayúdame, no me dejes solo. Entraron en el despacho. El padre prendió la lámpara del escritorio y se demoró despejándolo de papeles. Guardó algunas carpetas y libros de asiento en el buró con puerta de persiana y echó la llave. Parecía dilatar la espera premeditadamente por la lentitud con que colgó el impermeable en el perchero y se acomodó en la silla de brazos.

—Siéntate, siéntate.

La desacostumbrada solemnidad lo atenazó. Padre, el señor Rodiles, juntó las manos sobre la mesa, enlazó los dedos y disparó:

—¿Adónde has ido esta mañana?

El misterio se iluminó en un repentino fogonazo de magnesio. ¿Cómo se había enterado? Quizá los había visto sin que ellos lo percibieran o puede que alguien le hubiese ido con el cuento. El quién y el cómo no importaban ahora; la cuestión era que estaba al corriente. Sintió que la saliva se le espesaba en la lengua. Envarado en el miedo, la voz no se dejaba amasar.

—Dime.

La pantalla de opalina proyectaba un extraño reflejo verde en la mandíbula paterna. Al otro lado del tabique y de la puerta acristalada, se oía un rumor confuso de voces y pasos. Debía de ser tío Juan, que repartía instrucciones a los jornaleros para el día siguiente. A través del vidrio esmerilado desfilaban sombras lentas y deformes, desganas.

—No me hagas perder el tiempo.

Sólo pudo arrancarse el sonido de los pulmones de un tirón.

—Fui a la medina —lo soltó deprisa y con los ojos cerrados.

—¿Con quién?

Se estremeció al imaginar hasta dónde sabía el padre, hasta qué pliegue

de sus secretos había escarbado. No habían hecho nada terrible. Habían robado dos dulces de miel de un puesto de la medina, eso sí, y después salieron corriendo atropellados por entre las callejuelas atestadas hasta que un traspíe le raspó la rodilla. Nada más. No habían hecho sus cosas. Aquella mañana, no.

—Te estoy escuchando.

—Con Abdellah —Anselmo sintió cómo se quedaba en cueros al pronunciar el nombre de su amigo.

—No me gustan esas juntas, ¿verdad que lo sabes?

—Sí —dijo. El corazón se le aceleró. Le aterraba imaginar que el padre supiera de sus juegos en la oscuridad del secadero. Lo mataría. No, no podía saberlo. Ya le habría dado una tunda de palos, sin necesidad de malgastar una sola palabra con la regañina. ¿Y si lo había enterado alguno de los obreros del taller? Imposible. Abdellah siempre se aseguraba de que estuvieran solos. Y aun en el caso de que alguien los hubiese descubierto, lo más seguro era que callara. La cuadrilla de tío Juan había aprendido a nadar y guardar la ropa.

—Si sabes que no me gustan, por qué insistes, hijo mío.

Al oír de sus labios la expresión «hijo mío», estuvo a punto de arrodillarse y echarse a llorar de gratitud. Sintió que las piernas se le volvían de mantequilla. El padre iba a perdonarle.

—Has de tener claro que eres el hijo del jefe, eso lo primero —el padre apartó la silla y se puso en pie—. El morito tiene que estar por los mandados del taller, que para eso lo hemos colocado de aprendiz. Él a sus cosas y tú a las tuyas.

El padre lanzó un suspiro hondo. Se metió las manos en los bolsillos y dio algunos pasos indolentes por el despacho, desde la pared del calendario hasta el banco de madera donde solía sentarse la clientela.

—A este paso nunca llegarás a nada —prosiguió—. No se te ocurra volver a faltar a la escuela. El morito pertenece a otra casta que no es la tuya, ¿lo entiendes?

—Sí —musitó Anselmo con la voz floja.

Emilio se acercó hasta él. Le cogió la barbilla con el pulgar y el índice y le obligó a mirarle a los ojos.

—Has de hacerte un hombre de provecho, como tu padre y tu tío —le soltó el mentón y le pasó la mano por el pelo, revolviéndoselo. Anselmo se la habría besado si se hubiese atrevido.

El padre guardó silencio. Se separó del niño y de espaldas a él, encarando la puerta del despacho, comenzó a desabrocharse el cinturón. Cuando lo hubo sacado de las presillas, con el cinto en la mano, dijo:

—Bájate los pantalones.

De nuevo, el terror. Anselmo no quiso entender lo que acababa de escuchar. No era posible, si acababa de acariciarle el pelo...

—¿No me has oído?

Obedeció. La boca llena de alfileres de angustia.

—Los calzoncillos, también.

El padre lo asió por el brazo y lo arrastró hasta el escritorio para que se apoyara. Anselmo se protegió las nalgas por instinto.

—Quita las manos de ahí.

Nené, ven, por favor.

Aquella vez sólo fueron tres. Tres correazos.

—Y la orquesta, ¿cuántos músicos lleva? —María se había subido a la mesa de la cocina para que le marcaran el dobladillo.

—Nunca me paré a contarlos. Vete a saber —dijo la modista. Simona tenía la extraña habilidad de hacerse entender sosteniendo alfileres entre los labios.

—Dicen que van a adornar la verja de los jazmines con lazadas blancas. De cresatén.

Durante la prueba del vestido, María no podía disimular el entusiasmo, la mezcla de excitación y congoja que avivaban los comentarios del gineceo. La confundía sobre todo la mirada glauca de su madre, que la observaba sentada en el banco, con la pierna mala sobre un taburete de enea. Nené expulsó el humo hacia el techo, a través de un hueco amargo que se le dibujó en la boca. Los brazos cruzados sobre el pecho, el cigarrillo en la punta de los dedos, entre el índice y el corazón, las uñas pintadas del color de la sangre. Dijo:

—Una princesa de cuento, *ma petite*.

Madre e hija se miraron con una expresión melancólica; ambas sabían sin haberlo mencionado que acudir a la fiesta en los Jardines de la Hípica suponía la despedida de la inocencia, zambullirse en el agua oscura del deseo. Habían contemplado juntas los dos álbumes de fotografías familiares —la misma arrogancia les afilaba los pómulos a los quince años— porque el traje largo que luciría María en la verbena tenía que ser idéntico al que llevó Nené en su primera vez. Color marfil, con el escote orlado de flores, entallado a la cintura y la falda con mucho vuelo. Ellas decían *évasée*.



—Pondrán antorchas a cada lado de la entrada y dos moros con el capote de gala.

—Veo que estás al corriente de todo. ¿Quién te lo parla? —Simona, casada con un capitán de aviación, acudía todos los veranos a la fiesta y conocía los entresijos.

—En el colegio. No se habla de otra cosa.

—¿Y qué más dicen? —preguntó tía Vicenta.

—Que abrirán el baile el alto comisario y su esposa. Y este año el premio gordo de la rifa será un reloj de oro. De caballero —el uniforme escolar de María, falda gris, blusa blanca, permanecía doblado en el respaldo del banco de madera, al lado de Nené.

La criada removía la sopa de legumbres para la cena que había preparado siguiendo las instrucciones de Vicenta; un borboteo lento en el sopor de la tarde. María se fijó en la espalda de Zohor, en las paletillas de viuda que se le insinuaban bajo la tela oscura del jaique. Aunque menuda, tenía el cuerpo fibroso, de hembra hecha para la brega. Siendo una niña, la habían casado con un rifeño que le llevaba veinte años y llegó a sargento de Regulares. A María le fascinaban sus movimientos lentos pero eficaces. Nadie en la casa, ni en toda la travesía de la Suica, brillantaba el cobre como ella, a fuerza de muñeca, saliva y tesón. Sentada con las piernas abiertas, devolvía la vida al metal, y mientras frotaba morteros y alcuizas con manos huesudas, se daba bríos con el movimiento rítmico de una pierna. A veces sentía celos de ella, de la complicidad tranquila que había sabido tejer con su madre. Charlaban, siempre estaban cuchicheando. En la cocina, en la alcoba, en el patio, mientras Zohor baldeaba el suelo para refrescarlo o regaba las macetas en la atardecida. En realidad, era Nené quien hablaba y la fórmula asentía con monosílabos o con alguna frase corta en el español *misclado* y rudimentario que se mascaba en el zoco. María se encelaba cuando doblaban sábanas. Y sobre todo porque lo hacían en silencio, cuando jamás callaban. Nené sentada; la criada de pie, con los brazos en alto para

que el embozo no rozara el suelo. Esa intimidad entre las dos le escocía, y Zohor debía de intuirlo porque se le notaba el azoro cada vez que las sorprendía en la tarea. La mora lo veía todo. Lo que sucedía dentro de la casa y más allá del zaguán. Sus ojos, de un negro profundo, parecían atrapar incluso lo que se pensaba y no se decía.

La voz de tía Vicenta, demasiado aguda, la arrancó del ensimismamiento.

—Haz el favor de estarte quieta, chiquilla. Ponte recta y deja de mirarte los pies.

—Son preciosos. Nunca había tenido unos zapatos de pulsera en el tobillo... Anda, tráeme la diadema, para que veáis cómo me queda.

Aún faltaban dos semanas para el baile a beneficio de huérfanos y viudas de militares. María estaba radiante y a la vez temerosa de estrenarse en el acontecimiento social de la temporada, acotado a militares y civiles con influencias. Hilaba retazos y habladurías imaginando la noche perfumada, el brillo de los espejos y las lámparas de araña, el salón repleto de hombres uniformados y sedientos de sedas. Nené y Emilio no habían reparado en el gasto, extrañamente unidos en la ilusión fugaz de presentar a María en sociedad según el viejo rito de la colonia. Fueron a Tánger con el Buick, los tres, y compraron sin escatimar metros y metros de tela, muselina y tul, dos pares de medias de cristal y unos pendientes de amatista engastada en oro. Las flores para el escote, de tela encerada, las encontraron en una mercería de la calle Siaghins; parecían de verdad, fragantes como camelias abiertas. Estaba hermosa. Una princesa de cuento. Una novia virginal. Una ninfa dispuesta al sacrificio.

—Las monjitas deben de regañaros con tanta cháchara —dijo Simona.

—A veces.

—Estoy terminando otro vestido para una niña de tu clase. Raquel Benchetrit, ¿la conoces? —los dedos de la costurera, aunque chatos, se deslizaban mágicos por la tela pasando el hilván.

—Ya me lo ha dicho. Se sienta dos pupitres por delante.

—En organza celeste, con entredoses. Vaya trabajera me estáis dando entre las dos —Simona, que se había desplazado desde los Pabellones Varela con las pruebas, hablaba con las gafas de ver montadas en la punta de la nariz.

Tía Vicenta regresó a la cocina con la diadema y un estuche negro lacado con dibujos chinos, tres garzas que sobrevolaban una laguna. Sacó de la caja un collar de perlas.

—Toma, pónitelo. Me lo regaló tu tío Juan. Fue su regalo de pedida.

—¡Llévate tus perlas de aquí! —Nené alzó la voz en un tono agrio, como si escupiera las palabras—. Parece mentira, Vicenta. Las perlas... ¿Es que no lo sabes?

Se hizo un silencio cuajado de espinas. Las perlas traían desgracias. María observó cómo Nené dirigió su mirada a la criada, que tuvo que bajar la vista, como si supiera dónde brotaba el manantial del infortunio. Zohor se acarició el amuleto de la mano de Fátima que llevaba colgado del cuello. Conjuraba la mala suerte. Eso decía ella.

Aquella tarde, la tarde en que fueron descubiertos, los niños se zafaron del revuelo de mujeres en la cocina y merendaron fuera, en el patio, junto al rumor refrescante del surtidor. Zohor les había preparado una rebanada de pan con aceite y azúcar. Y a Abdellah le metió un puñado de almendras en el bolsillo del caftán; Anselmo se dio cuenta.

—No les echéis migajas —advirtió Anselmo.

—¿Por qué? Si se lo comen todo... Mira cómo abren la boca. Tienen hambre —dijo Abdellah.

—Mi padre me regañará. Dice que los peces no tienen memoria. No se acuerdan de lo que han comido y se matan de empacho. Comen por comer.

—Tu padre no está. Nunca estar.

Cuando volvía de la escuela, Anselmo solía encontrarse al hijo de la criada apoyado en el murete de la fuente o en la puerta de la calle, viendo pasar a la gente, donde aguardaba a que su madre concluyera la jornada para regresar juntos al barrio de Muley Hassan. El muchacho la esperaba una vez que acababa con los mandados que le encomendaban por el barrio o lo despachaban del taller, donde el primer oficial de tío Juan había comenzado por enseñarle a encolar medias suelas y a cortar la rebaba con una cuchilla. A Abdellah parecían fascinarle los fragmentos de azulejos que revestían el abrevadero de hormigón, cada uno de un color y una textura distintos. En cambio, a Anselmo el surtidor del año de la victoria en la guerra lo conturbaba. Había noches en que soñaba con peces muertos que flotaban en el caldo verduco del pilón. En la duermevela, se le aparecían húmedos debajo de la almohada o a los pies de la cama, boqueantes sobre las losetas del suelo en un pálpito de agallas que suplicaban oxígeno. Cada vez que cruzaba el patio, miraba de reojo la superficie del agua y, aunque notaba que el pulso se le aceleraba, insistía en mirar las carpas; no podía dejar de hacerlo. Los peces flotaban en la modorra sucia pero nunca se dejaban atrapar. Algunos tenían manchas blancuzcas en el lomo y tarascadas en la carne, como si se devoraran los unos a los otros. De desesperación, de encierro, de pura saña caníbal.

—¿Quieres que juguemos a algo? —preguntó Anselmo.

—No —Abdellah contestó con desgana.

—¿Vamos hasta la plaza del Fedán? —Abdellah rechazó la idea con un rápido movimiento de cabeza—. Tengo dibujos nuevos del colegio. Una locomotora y un barco ballenero. Arriba, en mi cuarto, ¿quieres que te los enseñe?

Aunque el hijo de la criada le llevaba dos años, Anselmo le había descubierto alguna flaqueza. Le gustaban los lápices de colores y los cuadernos que olían a papel sin estrenar.

Abdellah seguía absorto en el agua verde y ni siquiera se molestó en

mirarle. El muchacho se defendía con el español de la escuela y Anselmo chapurreaba cuatro palabras en árabe. *Sahbi. Skot. Mchi tejra. Zamel.* Amigo. Cállate. Vete a la mierda. Marica.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfadado conmigo?

—Vamos a la azotea —dijo Abdellah.

Anselmo tuvo miedo. En aquel momento no supo por qué, pero receló.

La primera vez fue en el taller, cuando los operarios ya se habían marchado. Anselmo entrevió el cuerpo gatuno en la penumbra. Abdellah estaba olisqueando unos zapatos de tacón entresacados de la pila de calzado para recomponer. Eran claros, de ante desgastado, y parecían buenos, comprados en la zona francesa. La clienta —de coronela para arriba, seguro— los habría dejado para que se los tiñeran de negro. Abdellah husmeaba los tacones, el olor que habían dejado los pies de la desconocida, con la avidez de un perro en celo. Los dos se reconocían en el olfato; aprendieron a hacerlo con el tiempo. El morito le dijo que se acercara. Anselmo obedeció y se dejó embeber por el silencio fosforescente de los sobrentendidos. Abdellah le cogió la mano y la deslizó debajo de la túnica. Él la guiaba, seguro, decidido, anhelante. Anselmo no sintió aprensión ni sorpresa. Se dejó arrastrar por el agua, torrente abajo. La mano ciega actuaba ajena al resto del cuerpo, con vida propia, y se complació en el tacto suave del escroto, en el miembro erecto y rebelde. Le masturbó. La mano sentía una curiosidad tenaz.

Las caricias entraron sigilosas a formar parte de su mundo. Alternaban los roces secretos con los tebeos, el balón, las peleas de boxeo y las correrías por la medina. Sin cuestionarse nada. Aquellos juegos simplemente sucedían. Nunca hablaban mientras se tocaban ni comentaban después lo que habían hecho. Lo que no se nombra no existe.

—¿Estás tonto, Selmo? Te digo que vamos a la azotea —el tono de Abdellah había cambiado; no era cristalino, sino puro metal.

La ropa colgada del tendedero flameaba en el aire caliente de la tarde. Las voces que les llegaban de la calle subían indescifrables, como si la

misma brisa las hubiera deshilachado en el ascenso. Anselmo se dejó conducir hasta el cobertizo de la terraza, donde se guardaban las escobas, los sacudidores y los lebrillos de lavar. Había un colchón viejo arrumbado contra la pared del fondo.

—Bájate los pantalones.

Nunca antes le había hablado Abdellah con tanta seguridad, con aquel tono imperioso. Anselmo demoró los movimientos al desabrocharse la correa; quería ganar tiempo. La travesura transgredía las normas nunca apalabradas de sus encuentros. Dentro del cuartucho apestaba a humedad y, si tuvieran algún olor, también a telarañas. Anselmo dejó caer los pantalones al suelo y la hebilla del cinturón resonó al golpear las baldosas.

—Ven. Ponte de espaldas.

Anselmo arrastró los pies con los pantalones arrollados en los tobillos hasta que rozó el canto de una balda con los muslos. Por la puerta entreabierta penetraba una esquirla de luz que le permitió distinguir sobre el anaquel un tarro de pintura viejo, las brochas de encalar y un serrucho mellado.

—Échate para allí.

Lo empujó contra la pared, pero no se inquietó a pesar de la desacostumbrada brusquedad del gesto. Lo agarró de las caderas y comenzó a manosearle las nalgas con prisa. También el nacimiento de los testículos. Le turbó que el pene se le pusiera tan duro al sentirse acariciado. Abdellah se sacó la verga del calzoncillo. Anselmo le oía; no podía verle el rostro pero imaginó su dentadura pareja, los caninos pequeños, muy blancos, de ratón voraz. De repente, notó la codicia de un dedo ensalivado hurgando en su intimidad. Anselmo trataba de comprender pero todo sucedía demasiado deprisa.

—Me haces daño.

—Tranquilo, caballito.

Abdellah pareció no escuchar la súplica y trató de penetrarle con el

miembro rígido. Primero con la suavidad de un tanteo, luego con la premura torpe de un ratero.

—Suéltame. ¡Me estás haciendo daño!

Abdellah jadeaba. Le estaba clavando las uñas en la carne. Se sintió despreciable y sucio, más por el rastro de rabia que creía percibir en cada acometida que por el daño. Forcejeó y retorció el cuerpo hasta que logró desasirse. Abdellah era más fuerte que él.

—Perro. Eres un perro.

Anselmo miró con odio la sombra que respiraba fatigosa. Justo se estaba remetiéndole la camisa por dentro del pantalón cuando, de golpe, se abrió la puerta del cobertizo de par en par. Recortada en el contraluz ambarino, apareció María. Vestida de blanco, muda, fantasmal. Querría que la viese con el traje largo. La bella Margot. ¿Sería capaz María de contárselo a los mayores? No, no lo haría, podía estar seguro. Algunos secretos deben llevarse amarrados al fondo de las tripas.

No lo sopesó; le nació del mismo instinto. En cuanto María desapareció del vano de la puerta, corriendo con los faldones del vestido recogidos, Anselmo lo embistió con el testuz. Así no fallaría. Le dio en el centro del estómago y, al derribarlo, le partió la ceja contra el piso. Abdellah se dejó pegar. No quiso o no se atrevió a defenderse, temeroso quizá de que su madre le castigara por lastimar al *nasrani* o de que le echaran del taller. Tampoco lloró. No lo hizo, aunque Anselmo le dio con los puños cerrados en los brazos, en el costado, en la caja.

Bajaron las escaleras despacio, sin decirse nada, y al llegar al patio, Abdellah se limpió la herida de la frente en el agua del pilón. Los peces del estanque también se alimentaban de sangre, pensó Anselmo. De sangre y oscuridad.

La entrada de Consuelo en su rutina le resultó muy útil. Le permitía hacer las guardias del parking con cierta tranquilidad, mientras la vecina cuidaba de Emilio por un puñado de calderilla, e irse de cacería alguna noche esporádica. Más que monterías, en realidad, sus escapadas son safaris fotográficos. Porque Anselmo Rodiles se limita a mirar. «Mi única vida sexual es meneármela.»

Acude de vez en cuando a bares de ambiente donde maricas viejas coquetean con chulazos, locales que desprenden cierta melancolía, urnas de terciopelo, secas de semen. Entre ellos prefiere la barra del Pippermint, porque a fuerza de frecuentarla ha ido disipándole la tristeza. En la tarde noche, a esa hora en que las sombras confunden el perro con el lobo, encadena gin-tonics de Larios a sorbos cortos, humedeciéndose apenas los labios, porque el aparato digestivo, hipotecado en los páramos de Escocia, ya no le resiste el whisky. Desde su puesto favorito de centinela, en el taburete detrás de la columna, Anselmo contempla el esplendor de los animales jóvenes. Los observa y saborea con deleite. La forma de los bíceps, el arco desafiante de las piernas, el hueso canalla de los pómulos. Por cuarenta euros podría conseguir que alguno de esos cachorros se subiera al palomar sin que el viejo se apercibiese; «el mozo del supermercado, padre». Pero Anselmo detesta comprar cuerpos que no le desean. Tampoco le apetece que le toquen. Tan sólo pretende mirar, empacharse la mirada, quedarse enroscado en su propia carne. Mirando se aplacan los perros que tiene amarrados en el sótano.

Alguno se le acerca y él le da conversación, se interesa por su vida ficticia, le convida a una copa. Evita sonreír en exceso para ocultar el



hueco del premolar que le falta en la encía superior, y mientras charlan la mano acude coqueta a proteger la nuez y la piel colgandera del cuello, porque es ahí donde el tiempo se ensaña. Otras veces, en cambio, Anselmo mira con desprecio a esos dioses de la carne que le arrojan migajas a los pies, y se traga las ganas de escupirles, de gritarles que su cuerpo también conoció el éxtasis, la embriaguez, la vivencia suprema del amor.

Lo conoció en los primeros setenta, cuando Anselmo se estrenaba como Ricardo Triana en Torres Bermejas. Aquella belleza nacida en Cádiz aún no había cumplido los veinte años y trabajaba en el tablado como ayudante de camarero. Se llamaba Rafael. Hasta entonces, sólo se habían cruzado miradas, alguna sonrisa tímida, saludos formales con el mentón hacia arriba. La primera vez, el joven había dejado la camisa blanca del uniforme en el colgador detrás de la puerta del servicio, y estaba refrescándose en el lavamanos con el torso desnudo cuando Anselmo lo sorprendió. Se quedó paralizado a su espalda, observando el pelo negro empapado y la arquitectura perfecta de los hombros. El deseo estalló en el espejo. Se encerraron en el retrete sin intercambiar palabra alguna. Al otro lado de la pared alicatada se oían risas, ruido de sillas, un rasgueo de guitarras y los pasos apresurados de las bailaoras: la clientela comenzaba a llegar. Rafael se introdujo la mano por la cinturilla del pantalón, se acarició despacio y luego se husmeó los dedos con avidez, hechizado por su propio olor, haciendo de sus gestos una provocación explícita. La puerta del urinario no alcanzaba las losetas del suelo, y la posibilidad de que alguien entrase de improviso los excitaba aún más. Anselmo le desabrochó la bragueta y se arrodilló.

Vivió tres años de pasión así, hincado de rodillas, a sus pies.

Se lo dio todo. Su casa, su cama, su pan, su confianza, y permitió que

le convirtiera en un perro callejero, despreciable y sucio.

Una noche, en un repentino fogonazo, Anselmo supo que Rafael le estaba engañando. Lo intuyó cuando le vio de reojo pedir una ficha en la barra, hacer una llamada de teléfono y marcharse sin despedirse de nadie. Por un momento, Anselmo estuvo tentado de fingir, de zamparse la duda y continuar como hasta entonces. Acabado el espectáculo en el tablao, el ceremonial exigía ensartar copas y confianzas con borrachuzos del mismo oficio, flamencos, actores, bohemios sin trabajo, faranduleros enfermos de noche; Anselmo sabía dónde alcanzarles. La procesión de la golfería ya debía de andar con los primeros tragos en las tabernas de la Plaza Mayor o en el subterráneo del Oliver's y, en un par de horas, el cortejo amanecería en algún bar cerca del mercado de abastos desayunando pescado frito y torreznos codo a codo con camioneros y trabajadores de la plaza. En aquellas madrugadas inagotables se les mezclaban las ansias de libertad tanto tiempo asfixiadas y la juventud. Sobre todo la insolencia de la juventud. «Me engolfé en la noche y perdí el hilo. Por lo menos, aprendí a curarme la resaca con dos optalidones y un culo de cerveza.»

Anselmo no se demoró en el camerino, ni siquiera para quitarse el rímel con que se agitanaba la mirada. Con la gabardina encima del traje de baile, paró un taxi y enfiló hacia el ático de Pintor Rosales. Como sospechaba, Rafael no estaba allí.

Apareció a las siete de la mañana y abrió con su juego de llaves. Guapo, la indiferencia hecha tendones y hueso.

—Estás borracho —se atrevió a balbucir Anselmo.

—Estoy muy a gusto, recién planchado —Rafael se repantigó en el sofá y puso los pies sobre la mesa de centro, la mesita de cristal que Anselmo había comprado con el dinero que ganaba a capazos—. Cuando me ajumo, no pienso en nada, y así estoy mejor.

Anselmo se quedó contemplándolo. Rafael no le deseaba; tan sólo deseaba su deseo. Aquel sinvergüenza se había adueñado de su pequeño

mundo con la tenacidad de un serrucho. Si hubiese sido consciente de su poder sobre él, le habría resultado menos hermoso.

—Atrévete a decírmelo.

—A decirte el qué.

Detestaba aquellas encerronas, pero comprendió que no le quedaba más remedio que entrar en su juego para que la partida llegase al final. Y debía hacerlo esa misma noche.

—¿Qué le pasa al señorito?, ¿se le agrió el vino? —Rafael habló con un dejo irónico, buscando provocarle.

Anselmo disparó entonces a bocajarro:

—Hueles a coño.

Rafael encajó el guantazo con parsimonia. Se levantó despacio y se acercó con las piernas muy abiertas hasta el extremo de la sala de estar, donde Anselmo se había hecho construir un mueble bar de obra vista, con un mostrador de contrachapado que imitaba la caoba. Cogió una botella del estante de cristal en la pared y vertió un chorro generoso en un vaso largo, sin hielo, a palo seco. Dijo:

—¿Te pongo uno, Richi? Te vendrá bien para templar los nervios.

—Nunca estuve tan claro.

Le sorprendió que el niño torease con tanta soltura. Anselmo se le acercó. Cogió la botella de whisky de la que su amante se había servido y bebió a gollete. Un trago largo. No tenía miedo. Aunque presentía el dolor de la pérdida, ya no le temía.

Rafael se dejó caer en el sofá. Anselmo le siguió los pasos con la botella agarrada del cuello y escogió un butacón tapizado de piel clara para sentarse. El pulso continuaba. Los dos frente a frente.

—Ten los cojones de reconocerlo —Anselmo sentía la lengua acorchada—. En este mundillo nos conocemos todos, y aunque quisieras no podrías ocultarlo. ¿O te crees que soy imbécil?

Rafael apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos. Se le había dibujado en el rostro una mueca de fastidio. Tardó en hablar.

—Y si fuera verdad, ¿qué? Si tuviera un lío con la Isabel, nada tendría que ver contigo —la negrura de los ojos le relampagueaba—. Lo nuestro es cosa aparte. Me acuesto con mujeres a veces, y tú lo sabes. Yo no soy tuyo, ni de Dios, ni de nadie. Ése era el pacto.

Anselmo sintió asco de sí mismo por haberse dejado arrastrar hasta allí. Jamás había expresado una queja, era cierto, pero desde el primer día había rumiado los celos como un buey, del estómago a la boca, paciente y callado por miedo a perderle.

Rafael se levantó y se frotó la cara con ambas manos, como si acabase de despertar de un sueño pesado.

—Me largo —dijo—. Ya hablaremos cuando se te pase la moña.

—Eres un chulo de mierda —le gritó Anselmo.

—Y a ti te gusta —de nuevo se le dibujó la sonrisa falsa—. Me conociste así. En cambio, tú ya no eres el mismo. Te has vuelto egoísta, liante, manipulador. Te estás convirtiendo en un maricón resentido.

Lo que sucedió a partir de entonces Anselmo lo reconstruiría difuso, desdibujado, en una nebulosa rojiza. Creía recordar que se abalanzó sobre su amante y que se enzarzaron a golpes. No era la primera vez que se pegaban. Habían aprendido a reconciliarse buscando restos de ternura en los rasguños, que a la luz de la mañana siguiente les parecían irreales. Pero aquella vez no hubo vuelta atrás. Cada sacudida se alimentaba de su propia fuerza irracional. Rafael abandonó la casa con el rostro ensangrentado, rajada su cara guapa con un vaso roto. Anselmo se quedó ovillado sobre la moqueta, con el sabor terroso de la sangre en la boca, meciéndose en el dolor hasta que se quedó dormido.

Decidió apartarse del ambiente porque se enteró de que su aventura con el camarero de Torres Bermejas era la comidilla de todos los tablaos de Madrid. Tuvo que recoger sus pedazos uno a uno, y trató de

recomponerse como mejor sabía: escapando. Cerró el ático y regaló los muebles al casero. Dejó su vestuario de artista en una pensión de la calle Cabestreros, pagando la custodia a precio de cama, y huyó de la ciudad hacia el norte, hacia el mar frío que lava las manchas y cicatriza las heridas.

El gran Ricardo Triana ya no volvió a bailar.

Los veranos transcurrían amarillos. Comenzaban tan pronto como Nené y sus hijos se acomodaban en el coche de línea que cubría la docena de kilómetros hasta Río Martín con todas las ventanillas abiertas. Traspasados el aeródromo de Sania Ramel y el depósito de gasolina, la carretera atravesaba un paisaje ondulante de polvo, huertos cercados por cañizos, naranjales, dunas e higueras cuyas raíces, como patas de arañas monstruosas, parecían escaldarse en la tierra ardiente. A menudo, los chóferes tenían que echar agua a los neumáticos antes de llegar a destino.

Los tetuanés pudientes y las familias de militares españoles habían convertido el pequeño pueblo de pescadores en un balneario de casas bajas, ciegas de cal y entregadas a los vientos. La que alquilaban los Rodiles era de las más sencillas, chata, una caja de zapatos boca abajo. La rodeaban un minúsculo jardín, la sombra de un par de acacias y una empalizada de color verde, la pintura carcomida de sol, por cuyos tablones trepaba una buganvilla que protegía el zaguán de miradas intrusas en un estallido de flores púrpura. Desde la casa se accedía caminando a la playa, una cinta de arena blanca que se extendía hasta el cerro del faro sin más estorbo que la bocana del puerto y las ciénagas que orillaban la desembocadura del río.

La tiranía de la luz. Trazas de sal en la piel. La maquinaria exacta de las olas. Los pescadores que ofrecían, de puerta en puerta, peces como hoces metidos en baldes. El sabor del melón aún caliente de la solana. Las pepitas escupidas sobre el fuego de la tierra. Lagartijas, alacranes, cangrejos atrapados en el río, el grito de los vencejos. La aventura inagotable de los días. El verano era el fortín de las mujeres.

A esa hora todas dormitaban. Nené y tía Vicenta, cada una en su habitación; Zohor acababa de fregar los platos del almuerzo y descansaba en la cocina, sobre una tumbona vieja, la lona desvaída por el resol acumulado. Anselmo trató de abrir la puerta del cuarto que compartía con su hermana, pero María se había atrancado. Llamó. Primero con los nudillos; después a patadas, con el talón del pie descalzo.

—No metas ruido... Entra y echa el pestillo.

María estaba desnuda. Casi. Tan sólo le cubrían la piel unas bragas color ciruela, de una tonalidad parecida a la del esmalte con que se estaba pintando las uñas. Y fumaba. Estaba fumando.

Anselmo se sentó en su cama con las piernas cruzadas a lo apache, todavía rasposas de arena y salitre. Dos catres iguales, sin cabecera, sendas colchas de ganchillo idénticas. Los ojos del muchacho, aturdidos, no atinaban adónde mirar, si a la barriga lastimada de la hermana, los pezones rebeldes o el humo del pitillo que se consumía en el cenicero de la mesita de noche, debajo de la lámpara de tulipa. El tictac del despertador de cuerda se escuchaba encerrado en el cajón.

—Como digas algo, te mato.

Anselmo entendió que su hermana no se refería al cigarrillo que debía de haberle robado a Nené, sino a los cortes que le laceraban el vientre, desde el pliegue debajo de los senos hasta el nacimiento del pubis. Varios arañosos hechos con un objeto punzante, unas tijeras o quizá una cuchilla de afeitar. Las incisiones más profundas le habían dejado cicatriz.

—¿Por qué lo haces? —se atrevió a preguntar.

Una tímida brisa hinchó la cortina y dejó entrever un pedazo de la mosquitera que cubría el hueco del ventanal, abierto de par en par al mediodía implacable. Anselmo aún sentía mojado el bañador.

—No lo sé —respondió la hermana sin mirarle—. La primera vez fue

con un vaso roto.

María aplastó la colilla, escondió el cenicero en el cajón y miró a Anselmo de frente, con aquellos ojos grandes que siempre parecían desconcertados.

—Hay que dejar que salga el dolor que está dentro... Como te chives, te meteré miedo por las noches.

—Yo no soy un chivato —se defendió Anselmo—. Sé muchas cosas y no las cuento.

—¡Ah!, ¿sí? Pues yo también sé cosas.

Ambos sabían. Los dos guardaban secretos de los que abrasan por dentro y callaban. Lo que se ignora acaba por desvanecerse.

—Hace días que no jugamos a las películas, María.

—*Appelez-moi Margot* —dijo la hermana tapándose la carne sajada con una toalla que yacía a los pies de su cama—. Margot, sin la te. Acuérdate de lo que nos explicó mamá, que en francés sólo se pronuncian cuatro consonantes a final de palabra, sólo cuatro: la ele, la ce, la efe y la erre. Las consonantes de Lucifer.

María lo repitió con los labios húmedos.

—Lu-ci-fer.

En realidad, las mujeres, sus mujeres, lo asustaban. *Maman* y Margot. De tanto como las amaba le daban miedo. Su hermana, sobre todo, los silencios de Margot y esa manía suya de despertarse por las noches, vagar en camisón y santiguarse cada vez que pasaba frente al espejo del pasillo. En la casa de Río Martín, en cuanto se acostaban y apagaban la luz del dormitorio, una bombilla pelada que colgaba del cable, le repetía las historias que le había oído balbucir a Zohor, cuentos sobre Aisha Kandisha, la mujer demonio de los marroquíes, el fantasma de la destrucción. Anselmo no se hartaba de pedírselos una y otra vez, aunque luego tuviera que desafiar la oscuridad y meterse en la cama de María.

—El pelo le llega hasta las rodillas y dicen que es muy guapa.

—¿Como mamá?



—Más, mucho más. Aunque tiene pezuñas de cabra. Le gusta vivir cerca de donde hay lagos y pantanos, y en las noches sin luna, busca a la gente perdida, sobre todo a los hombres, se les acerca y les susurra al oído su nombre con voz muy dulce para engañarlos y llevárselos con ella al fondo del agua.

Margot y Nené, amasadas con la misma sangre. Alejadas de la cotidianidad, reían, se intercambiaban los vestidos, se lavaban la melena negra la una a la otra, el último enjuague con vinagre, y se la peinaban al sol. Anselmo se encelaba de su intimidad, sobre todo cuando hablaban en francés haciéndose las grandes damas, los hocicos en punta.

—*Brosse-le-moi bien, mon chéri, jusqu'à ce qu'il brille.* Cepíllamelo bien, cariño, hasta que brille.

Afuera, entre los arriates y las calles sin asfaltar, el cricrí de las chicharras vibraba en el aire inmóvil. Anselmo insistió en que jugaran a las películas. Según acostumbraban, era María quien sacaba la primera hebra de la maraña y él tiraba del hilo.

—Me coloqué en una casa muy rica —empezó Margot—. La dueña era joven y hermosa.

—¿Era muy elegante?

—Tenía todo lo que quería. Yo la vestía, la desnudaba, le ponía las medias, los zapatos...

—¿Por qué?, ¿no podía doblar la espalda?

—Iba en silla de ruedas, pero todos los hombres la pretendían. La casa estaba llena de caballeros que acudían a saludarla. Con flores y regalos.

—Y tú, ¿qué hacías? —prosiguió Anselmo.

—La maquillaba, le planchaba la ropa, servía el té con una bandeja de plata... Fue allí donde le conocí.

—¿Cómo era?

—Alto, recio, bastante mayor que yo. Era oficial de artillería.

—Y te invitó a salir.

—Un día que vino a visitar a la señora me pasó un papelito doblado:

«Te espero mañana, a las cinco en punto, en la puerta de la Sastrería Jiménez, frente a la oficina del Banco de Bilbao».

Le sorprendió que María mencionara un lugar tan concreto, tan apegado a la realidad, un punto por el que tantas veces habrían transitado de camino a la escuela. Durante el juego, solían mezclar diálogos de películas que habían visto con otros inventados, y las fantasías que hilaban siempre transcurrían en el desierto, en caserones aislados, en parajes donde la lluvia era eterna, en París o en México, como en las películas de María Félix, pero jamás en Tetuán. Le llamó la atención el detalle, pero no paró mientes. Quería seguir, saber más, llegar al final.

—¿Por qué fuiste?

—Tenía que hacerlo. *C'était mon destin*. Era mi destino.

—¿Cómo se llamaba?

—Eso no puedo decírtelo... Estaba casado y nos veíamos a escondidas. Muchas veces en una pensión de la Alcazaba. La dueña no preguntaba nada.

De nuevo, un lugar tangible.

—Sigue, sigue. ¿Qué pasó luego?

—Él se marchó. Lo destinaron a otra plaza. Eso fue lo que dijo. Y me echaron a la calle.

—¿Quién?, ¿la señora?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque estaba esperando un hijo.

Más tarde, el mismo día, Nené y su cuñada se llegaron con la fresca hasta el restaurante de la playa, donde los empleados estaban terminando de disponer las sillas que habían apilado contra la pared para regar la pista de baile. Aún quedaban manchas húmedas sobre el almagre de las

losetas cuando eligieron una mesa cerca del pretil. Nené pidió un Campari y Vicenta cerveza y unas aceitunas; «algo para entretenernos», fueron las palabras exactas que dijo.

Desde la terraza, al otro lado de la balaustrada de obra, se divisaban el paseo pavimentado, las casetas de baño y más allá los frágiles faluchos que se bamboleaban sobre el agua tranquila del amarradero. El horizonte engullía lentamente la bola roja del sol, que, en su caída, teñía el cielo de un tono salmón, salpicado de vetas moradas y cárdenas. A pesar del bálsamo de belleza que se derramaba sobre el contorno del litoral, Nené tuvo que forcejear con una fugaz punzada de melancolía, con un sentimiento raro, una sensación difusa que se parecía a la nostalgia por una vida que nunca existió. La verdad mordiente le enseñaba de nuevo los colmillos: el amor oculto, el que se esconde del mundo, no existe; tan sólo es un espectro que envenena la sangre mientras va consumiéndose, una bestia ciega e insaciable.

Justo cuando el camarero les servía la comanda, se acercó una pareja de conocidos, el capitán del puesto de la Guardia Civil y su esposa, que se sentaron a la mesa contigua tras saludarlas. Nené les agradeció la proximidad con una sonrisa cómplice; una conversación a solas con su cuñada, sin el parapeto de los niños, podría haberla desollado.

—¿Te apetece que cenemos aquí? —Vicenta la irritó. Tan ignorante de todo, despreocupada, casi feliz.

—Un poco más tarde, si acaso —respondió Nené a desgana.

Le daba lo mismo acostarse con el estómago vacío. Pero hubo de reconocer para sus adentros que el rumor del oleaje, el bullicio de la gente que iba acomodándose en el mirador y la cháchara intrascendente la ayudaban a contener la trituradora de sus pensamientos. Zohor se encargaría de dar de cenar a los críos. Después de todo, no había relojes ni hombres que se impusieran.

A lo lejos, siguiendo el perfil de la costa, se encendían dispersas las primeras luces eléctricas. Grupos de musulmanas jóvenes, ataviadas con

jaiques blancos, se encaminaban hacia el paseo de la playa con el propósito de entretenerse escuchando la música de los colonos. El trompeta arrancaba notas desgañitadas al instrumento, mientras el resto de los músicos colocaban en los atriles los cuadernillos del repertorio y el vocalista probaba el micrófono. «Buenas noches, buenas noches... Un, dos, tres.»

De repente, cuando lo vio aparecer entre la ringlera de mesas, Nené tuvo que clavarse las uñas en el pulpejo de la mano para que la emoción no la delatara. Se acercaba a zancadas, en mangas de camisa, la mirada brillante, llena de anticipación. Nené los temía: los ojos de Juan, aquellas dos ascuas, acabarían inculpándolos.

—Qué sorpresa, hijo. No te esperaba —Vicenta estiró el cuello para que su marido la besara.

—He cogido el último autobús de La Valenciana —dijo Juan resollando—. Con lo del baile, venía lleno.

Nené pudo oliscarle a distancia.

—Buenas noches, Elvira.

Cuando se inclinó sobre ella, al sentir la calidez de sus labios en la mejilla, se estremeció y tuvo que esforzarse para tragar el golpe de saliva. De eso se alimentaban, pensó; de calderilla, de sobras, de los huesos roídos que se dejan en la orilla del plato. Aunque apenas posó la mano sobre su hombro desnudo durante un par de segundos, Nené comprendió en seguida que el olor de Juan, una limosna de su aroma, se le quedaría impregnado en la piel y que a él se aferraría en la madrugada de julio cuando intentara en vano conciliar el sueño imaginando su respiración al otro lado del tabique. El deseo le aguzaba el olfato.

Juan carraspeó y se retrepó en el asiento. Sus ojos revolotearon impacientes, como si no supieran dónde hallar descanso, por encima de los comensales y de las parejas que habían comenzado a bailar. Nené sintió la necesidad urgente de decir algo, cualquier cosa.

—Y Emilio, ¿en qué anda?

Una pregunta del guión protocolario. Palabras estúpidas para llenar el aire.

—Por la tarde, después de comer, se fue al Dispensario Indígena —Juan se humedeció los labios con la punta de la lengua—. Cuando hemos cerrado el secadero, todavía no había vuelto. No había luz en la oficina.

Durante los meses de verano, Juan subía a Río Martín algún día entre semana, sin previo aviso y con menos frecuencia de lo que Nené habría deseado porque los desplazamientos le obligaban a pedir favores —había un servicio de furgonetas entre Tetuán y Río Martín para las familias de militares— y a urdir componendas para abrir el taller con puntualidad al día siguiente. Juan evitaba sacar el Buick de la cochera para no tener que dar explicaciones a Emilio. Nené desconfiaba de aquellas escapadas sin sentido y, al mismo tiempo, las anhelaba. El roce de una mano, el timbre de su voz, su lengua furtiva detrás de la puerta.

Emilio, en cambio, sólo acudía a ver a sus hijos los domingos hacia el mediodía, a la hora de comer, las plumas del cuello erizadas como un gallo pisador.

La botella de champán, casi vacía en la cubitera, había distendido la velada. Nené bebió otro sorbo y pensó en las últimas medias que le había regalado Emilio, dos años atrás. Alzó la copa a la altura de los ojos y a través del cristal y las burbujas los observó en la pista de baile, mientras la orquestina acometía un bolero cuya letra triste habría preferido no reconocer. Cada vez que los movimientos se lo permitían, Juan la miraba en la distancia, por encima del hombro de Vicenta. Sola en la mesa, Nené se acarició el correa que le sujetaba la férula por debajo de la falda y pensó en el deseo, amordazado y a la vez dolorosamente invisible. Un vínculo inexistente a los ojos de los otros, un anhelo sin nombre, un amor que no podía decirse ni pensarse, siempre en fuga, alimentándose de

ausencias, aferrado a lo oscuro.

Con el goteo del tiempo, Anselmo comenzó a percibir que arrastraba dos cuerpos, el suyo y el de su padre. Cuando regresaba del garaje, aunque hubiese permanecido las ocho horas del turno apoltronado en la garita, le dolían los pies, la riñonada y hasta el tuétano de los huesos, mientras que Emilio parecía flotar, ajeno a su envoltura, como si estuviese hecho de aire. Él tenía que preocuparse de lavarlo, cambiarle los calcetines, sonarle los mocos, apuntar las cacas en el calendario de la cocina y ponerle una lavativa si se retrasaban. Él, que no recordaba la última vez que el viejo le había tocado.

Emilio perdió también el interés por la comida.

—He comprado una pescadilla en la plaza.

—No quiero.

—Voy a hervirla con patatas y laurel. Suave, que nos asiente el estómago.

Nada, ni aunque le chafara el guiso y se lo diera de comer a pequeñas dosis con una cucharilla de café. Leche migada, magdalenas, flanes, una tarrina de helado, melocotón en almíbar, papilla de cinco cereales con miel. «Los viejos se pirran por lo dulce. Será que la muerte es golosa.»

A medida que avanzaba el deterioro, la boca terca de Emilio sólo consentía postres, igual que la abuela Constancia. «¿Por qué venías tan poco, padre? Con los dedos de una mano se cuentan las veces que viniste a Málaga. Te escocía ver a mamá, supongo. Y en mí, ¿pensaste en tu hijo alguna vez? Te importó un bledo abandonarnos allí, en la covacha de la abuela.»

Doña Constancia cenaba invariablemente carne de membrillo aunque cocinase para los demás. Que la anciana insistiera en seguir al mando de los fogones era una forma de amarrarlos por las tripas, de mantenerlos embridados, a pesar de que la edad le entorpecía el pulso y la comida que preparaba sabía a resentimiento y cazuela vieja. Los domingos, el día en que Dios descansó, solía guisar platos con relleno que ella nunca probaba—capón con su picadillo de ciruelas y piñones, huevos duros con atún, empanadillas, calamares ensartados con mondadientes—, como si necesitara llenarse la matriz y sentírsela cosida para que ni tía Mavi, ni Anselmo ni Nené, ahora que los había recuperado, se zafasen de sus entrañas. Alta, amojamada, el pelo blanco recogido en un rodete, la abuela todavía llevaba medio luto, aunque ya nadie recordaba que había estado casada y que su marido, el teniente Marzal, murió en el año veinticuatro, en una emboscada por los cerros de Chauen. Y el dedo índice, la uña sobre todo, siempre amenazante.

—Eres igual que tu padre. Los dos lleváis el mismo veneno en la sangre.

Desde el primer día que llegaron de Tetuán, a Anselmo le atrapó la sensación de vivir de prestado, como un huésped de paso, y aunque el piso era amplio y luminoso, con una tribuna acristalada que daba a la calle Moreno Monroy, sentía que se asfixiaba. Ni aun ventilando se oreaba aquel tufo a café recalentado, cortisona y sudor adolescente, como de pastilla de caldo, de los alumnos de tía Mavi. Quizá fuera la colección de bibelots lo que le oprimía la garganta. Pastorcillos, damiselas, marcos con retratos; había figuritas hasta en la repisa del cuarto de aseo, y un jarrón con plumas de pavo real encima del piano. De los años en Marruecos, en cambio, la abuela sólo conservaba un frutero de plata repujada en recuerdo de una grandeza que nunca existió.

Cuando regresaba del colegio donde la abuela lo había apuntado para



que acabase el bachillerato, Anselmo se atrincheraba en el cuarto y trataba de evadirse. Encendía el transistor y se aprendía de memoria las canciones que ponían entonces, de Gloria Lasso y Joselito. Inventaba pasos de baile mirándose en la luna del armario. Dormitaba sobre el cobertor, con los zapatos puestos. Se entretenía hojeando libros que no le decían nada. Se masturbaba. Se repasaba las manos con el cortaúñas. Se aturdía oyendo al otro lado del tabique la murga del solfeo, escala de do para arriba, escala de sol para abajo, la sarta de ejercicios repetitivos para agilizar los dedos. Un alumno de los más veteranos se atrevía a aporrear la versión facilona de *Para Elisa* en el piano vertical de tía Mavi, y vuelta a empezar cada vez que se tropezaba en una tecla.

Los sermones de los padres agustinos lo apartaban del camino. Pronto empezó a faltar a la escuela y a vagar por la ciudad, sin conocerla todavía, dejando que el instinto le guiara a donde tenía que llevarle: el barrio de El Perchel, los billares de la calle Salinas, las rocas del paseo marítimo, la playa de la Malagueta, los urinarios de la estación de autobuses... Maletas, prisas y aquel trajín de viajeros que todo lo confundía.

Nené, entre tanto, se encerró en sí misma. Se aferró a la manía de quitar el polvo para que la dejaran en paz, y aunque los muebles estuviesen relucientes, ocupaba las mañanas pasando el trapo, con la muleta hincada bajo la axila que le quedaba libre. Limpiaba, limpiaba y limpiaba, y la abuela la dejaba hacer; le tenía miedo porque los locos siempre dicen lo que piensan.

Al principio, Anselmo quiso entrar en la tristeza de su madre pero Nené no se lo permitió. Parecía que deseara quedarse a solas con su pena, y renegó de médicos, sedantes y rezos; también de la compasión. A María ni la mencionaban. Las pocas veces que conversaban a solas se quedaban en la cáscara de la realidad. Anselmo ya estaba acostumbrado al cariño despegado de su madre, distante porque no la habían enseñado a querer de otra forma. Pero deseaba lo mejor para él. Por eso un día, sin venir a

cuento, se lo advirtió:

—A la que puedas, márchate. Aquí no harás nada.

Todavía estaba oscuro cuando el aroma del café recién hecho y una congoja sin forma inundaron la cocina. En cuanto la despertaron, Zohor coló un puchero sin que Nené ni Vicenta se lo hubieran pedido y se quedó pegada a la hornilla con la cabeza gacha, los dedos nerviosos, musitando una retahíla de palabras oscuras que sonaban a salmos o invocaciones a Dios. María no estaba en su cuarto; la *nenia* María no aparecía en ninguna de las habitaciones de la casa. Con el último sorbo, Nené resolvió que la criada la acompañase a dar la voz de alarma en el cuartel de la Mezjanía y en el puesto de la Guardia Civil, desde donde mandarían aviso a los hombres en Tetuán. Con el vaso de leche delante, Anselmo volvió a responder que no había oído ruido alguno en la habitación durante la noche. Nené lo conminó a que se quedara con la tía Vicenta por si aparecía su hermana o algún vecino se acercaba a dar razón, y cuando empujó la portezuela de la verja para salir, pareció que una bandada de cuervos rompiese a volar en su mirada. Aún no había amanecido el segundo martes de septiembre.

Dos partidas de hombres comenzaron a peinar el terreno; la primera salió de la comuna de Azla y la otra del extremo norte de Río Martín, desde el faro de Cabo Negro hacia el sur. Los oficiales no hallaron la manera de devolver a Nené a la casa, ni de calmarla, ni de que confiara en la búsqueda, que, aseguraron, iba a dar resultado en cuestión de horas. Tampoco quiso escuchar a Zohor. Insistió en que fueran a la playa, en que la ayudara a acercarse hasta la misma raya del agua a pesar del esfuerzo que le suponía avanzar sobre la arena. Zohor le llevaba una de las muletas. Agarrada del brazo de la sirvienta, Nené sorteaba las dunas

arrastrando la pierna mala. El echarpe con que se había cubierto los hombros se le resbalaba cada tanto y Zohor debía agacharse a recogerlo. Cuando alcanzaron la orilla, ambas permanecieron calladas escuchando el celofán de las olas vacías.

Nené y la criada se encaminaron hacia el puerto a la hora en que los pescadores del copo halaban las maromas y la red con la pesca del día, mientras, de lejos, les llegaban jirones de sus voces impregnados de yodo. Pedazos de tela atados a los mástiles de las embarcaciones flameaban en la brisa en un aleteo funesto de pájaros enjaulados. Una detrás de otra, las personas que se agolpaban en el muelle clavaban sus miradas en aquellas dos almas en pena que recorrían el alba sobrecogidas: el muchacho que despedazaba a golpes de escarpia y martillo el casco podrido de una barcaza, los corrillos de mujeres que aguardaban la descarga del alimento provistas de cubos de zinc, el anciano que, con la chilaba remangada hasta los codos, introducía cabezas de pescado en un bidón entre capas de sal gruesa. Bajo un torbellino de gaviotas voraces, dos marineros arrojaban a la bocana los peces que las redes habían desgarrado. Nené escudriñó los rostros requemados de los pescadores, las bocas desdentadas, la línea del horizonte detrás del mar donde asomaba tímido el sol, blancuzco, una clara de huevo sin cuajar. Quiso que Zohor preguntara al patrón de uno de los cárabos que regresaban de faenar. Nada; nadie había visto nada.

La luz de la mañana ya hervía cuando regresaron a la casa. Emilio y Juan las estaban esperando.

—¿Qué ha pasado? —la voz de Emilio retumbó en el aire como el trueno de Dios.

Despeinada, con la aflicción de una piedad esculpida en sal, Nené se desplomó sobre una silla. La criada se arrodilló a sus pies para

descalzarla y, cuando logró deshebillarle los herrajes, la pierna inútil emergió con la consistencia astillosa de la tiza. El botín con el alza se le había empapado.

—*Lma, lma...* Agua, agua... —dijo Nené en apenas un susurro.

Emilio se sentó enfrente de ella y apretó los labios, en cuya juntura se dibujó una línea sutil de desprecio. Anselmo se aproximó despacio hasta su madre, se colocó a sus espaldas y comenzó a peinarle con los dedos la melena que el viento le había revuelto en la playa.

—Siguen buscando —musitó Nené.

La criada se acercó con un vaso de agua temblona entre las manos, y Emilio aprovechó para pedirle coñac. Su hermano Juan suspiró; permanecía de pie, con la sahariana colgada del antebrazo, buscando en vano la mirada de su amante.

—Hay que avisar al cuartel de Regulares, que manden un pelotón —dijo Emilio—. Y dar parte también a la Inspección de Marina.

Las palabras pronunciadas se espesaron como el mercurio. Emilio se levantó de la silla y comenzó a dar vueltas alrededor de la estancia con las manos a la espalda. Pisaba fuerte, hincando los talones como si quisiera resquebrajar el suelo. Se detuvo frente al ventanal, apartó el visillo y contempló el paseo vacío bajo la calina. Dijo:

—¿Por qué no me has avisado en seguida?

Nené no contestó.

—¿A qué hora exacta ha sido?

—¿Cómo puedo saberlo, Emilio?

Con la excusa de vaciar el cenicero, Vicenta se retiró a la cocina, donde se encontró a la sirvienta sentada en un taburete, las manos sobre el halda, la barbilla trémula. Zohor se excusó; entre palabras y señas, le rogó que le permitiera quedarse en su refugio hasta que amainara la tormenta.

—Sabes que María se desvela por las noches... —el murmullo de Nené sonó inerte.

Emilio se sentó de nuevo y descargó un puño sobre la mesa, como si pretendiese intimidar a los demás con su impotencia. Se acodó y encajó la cabeza entre las manos; la alianza centelleó entre la maraña de pelo.

—¿Por dónde suele pasear? ¿Qué tramo de la playa frecuenta? —inquirió Emilio subiendo el tono—. ¿Se ha ido sola?

—Emilio, por favor... —su hermano trató de sosegarlo.

—Estoy hablando con mi mujer.

—Eres injusto con ella —Juan avanzó unos pasos hasta la mesa que presidía el comedor y colgó la chaqueta en el respaldo de una silla—. Elvira estaba durmiendo.

—No soporto que me hables como un cura. Tú no tienes hijos, Juan, tú no los tienes —Emilio fue consciente del escupitajo de vinagre que acababa de lanzar.

—No eres el único que sufre. Sólo te digo que...

—¡Cállate! —interrumpió Emilio—. Estoy harto de tus sermones morales.

—¡Lo que pasa es que no quieres escuchar! —gritó Juan—. No has escuchado a nadie en tu vida. Ni a mí, ni a Elvira, ni a tus hijos... Sólo vives para ti. Te has convertido en un ser despreciable.

Anselmo, pegado a la espalda de Nené, posó una mano sobre el hombro de su madre y balbució en un acceso de llanto:

—¡No os peleéis, por favor! Hoy, no.

Emilio tragó saliva y, mirando a su mujer, insistió:

—¿A qué hora ha sido?

—No lo sé —dijo Nené con los ojos cerrados.

—Y tú, ¿qué hacías? En la cama, claro.

Vicenta se aproximaba con la botella de coñac y cuatro vasos en los dedos engarfiados cuando se escuchó el chirrido del portillo de la cerca. Al poco sonó la aldaba. Juan acudió a abrir: un capitán y un cabo llegaban con el anuncio de que la Policía Indígena había encontrado unos zapatos de mujer en la zona pantanosa de Beni Maden, en los humedales donde

desembocaba el río. Los traían consigo para que los familiares les confirmaran si pertenecían a la muchacha desaparecida. El cabo los sacó muy despacio, dilatando la espera, del interior de un saco de rafia que había contenido abono.

No cupo duda: eran los zapatos que María había estrenado en la verbena de los huérfanos. Blancos. Sujetos al tobillo con una pulsera.

El comedor pareció embeberse en una alucinación de fiebre y el capitán, tratando de disiparla con tosquedad, se deshizo en pretextos y explicaciones. El río bajaba tumultuoso, dijo, pero al menos una decena de hombres continuaban batiendo los cañaverales del delta. Y aunque el viento de levante de los últimos días había despertado una fuerte resaca, ya habían zarpado de la dársena dos botes de salvamento.

Los zapatos de María, sucios de barro, se quedaron sobre la mesa del comedor. Nené se negó a esconderlos. No quiso cambiarlos de lugar ni permitió que nadie los tocara, convencida de que si los dejaba allí, su hija regresaría a buscarlos.

Al anochecer, cuando abandonaba la casa de la playa con el niño para apartarlo de la espera angustiosa, Juan tuvo que despedazar a machetazos el deseo de abrazar a Elvira y consolarla. Atravesó el arriate en dos zancadas maldiciéndose por su cobardía, por la tormentosa relación que habían construido entre los dos, y se le pasó por la cabeza que, después de todo, merecía el cometido de hombre manso, de cabestro dócil, que la vida se había empeñado en asignarle. En cuanto desembarcó en África con los andrajos de soldado de la patria, los moros debieron haberlo reventado a bayonetazos. Tenían que haberle amarrado las manos a la espalda con sus propias tripas. Así jamás habría tocado la piel fría de Elvira.

El relente había rociado minúsculas gotas de humedad sobre la

carrocería del Buick, que recorría despacio las calles sin asfaltar hacia el desvío que llevaba a la carretera. Juan agradeció el olor a mar y la brisa refrescante que penetraban por la ventanilla abierta. Se sentía lúcido, con la claridad afilada que acompaña el dolor. Llegaba el final de tantas cosas que tal vez nunca debieron haber comenzado. Tenía el palpito de que María ya estaba muerta y que junto al cadáver, en el mismo ataúd, sepultaría las cenizas de su pasión miserable.

Los faros horadaban la noche y la sutil complicidad en que se había cobijado junto al niño, que callaba en el asiento de al lado, con la vista fija en el parabrisas. Habría deseado que los escasos kilómetros que distaban hasta Tetuán se hubiesen convertido en una carretera infinita que bordease el litoral, una cinta sedienta de tierra rumbo al sur, todavía más lejos del mundo y de sí mismo. Imaginó a su hermano y a Elvira en el comedor, donde acababa de dejarlos, a la criada tras el tabique, pendiente de la respiración de Elvira, a Vicenta echada en la cama sin haberse quitado el vestido, mientras masticaba la duración de cada minuto. Elvira y Emilio en silencio, envueltos en una nube de resentimiento mutuo, encadenados ambos a una existencia de decepción, a la inercia de vivir por vivir, con la única ambición de empujar los días hacia adelante sin atreverse siquiera a mirarse en los ojos del otro. Juan estaba seguro de que Elvira lo amaba; necesitaba creerlo, aferrarse a esa certeza para no desmoronarse, para evitar un volantazo que estrellase el coche contra el tronco encalado de alguno de los cipreses que bordeaban el camino. Todo se había hecho pedazos. Elvira quedaría unida ahora a Emilio por un cepo aún más fuerte, por unos grilletes tan ávidos que nada ni nadie podría romperlos: la culpa, los dientes de la culpa.

La voz repentina del sobrino lo sustrajo de sus pensamientos.

—Margot no va a volver.

—¿Por qué dices eso? Aparecerá. Seguro que aparece —Juan trató de fingir aplomo.

—No volverá. Yo lo sé.



La convicción con que hablaba el muchacho lo asustó. Juan se vio acorralado, incapaz de inventar una estratagema para sonsacarle lo que parecía saber.

—Tío, ¿tú quieres a mi madre? —Anselmo volvió a desconcertarle.

—Claro que la quiero —Juan tragó saliva y se humedeció los labios en un lengüetazo nervioso—. Como también te quiero a ti. Y a María.

—Sé que quieres mucho a mamá. Yo os he visto.

El corazón se le aceleró y notó cómo le subía a la boca un golpe de sangre. ¿Qué había visto el niño?, ¿cuándo?, ¿en qué momento? No supo qué decir ni atinó a desmenuzar lo que estaba escuchando.

—Puedes estar tranquilo —dijo Anselmo sin apartar la mirada de la carretera—. Yo no diré nada.

Juan mantuvo los labios cerrados, como si se los hubieran cosido con hilo de cáñamo. Estaba aturdido, y la confusión le impedía discernir si las palabras del niño estaban hechas de crueldad o de pura candidez. ¿Desde cuándo lo sabía? Y Emilio y Vicenta, ¿lo sabían también?

—Mi hermana ha dejado que se la tragara el mar porque tenía pena.

—No digas esas cosas... —Juan rozó la mejilla del muchacho con los nudillos. Una caricia torpe. Notó que la mano le temblaba.

—Si tú no dices nada, yo no diré nada —por primera vez, desde que se habían subido al coche, Anselmo le clavó la mirada en la mandíbula.

—Es un secreto a medias —su propia voz le sonó desagradablemente aguda.

—Tenemos que escaparnos de aquí. Los tres. Mamá, tú y yo. Muy lejos.

—Todos acabaremos yéndonos, hijo. Todos.

Anselmo guardó silencio durante un trecho y Juan pudo acompasar la respiración. El niño no tardó en reanudar el acoso:

—Cuando Margot empezó a hablarme de él, el hombre ya se había ido. Para siempre. Ya no vive aquí.

—¿Adónde se fue? —Juan respondió como un autómatas. Se sintió

estúpido, sobrepasado por el relato. Quizá todo se trataba de una fantasía perversa. Puede que aquel niño retraído reclamase atención.

—Margot tampoco lo sabía.

—¿Cómo se llamaba?, ¿a qué se dedicaba?

—Era un soldado y le hacía regalos. Cuando el hombre se marchó, María tiró la sortija de oro a una alcantarilla de la plaza José Antonio.

—¿Se ha ido tu hermana detrás de ese hombre?

—No.

—¿Cómo puedes saberlo?

—María no volverá.

—¿Te ha dicho tu hermana adónde ha ido?

—No.

El sudor le pegaba las manos al volante. A lo lejos ya se avistaban las luces de Tetuán.

Lo vio pegado con celo en la puerta de la nevera: Consuelo había pergeñado un cuadro para que se aclararan con las tomas de los medicamentos, una tabla escrita con letra de palo, en el reverso de una circular del banco. En las columnas verticales había anotado «mañana», «mediodía» y «noche»; en las casillas horizontales, los nombres de los remedios, la cantidad de pastillas y para qué servían: Flunarizina (cabeza), Adalat Oros (tensión), Baripril (tensión), Duphalac (caca), Simvastatina (colesterol), Acenocumarol (sangre), Omeoprazol (estómago). La mujer también se había preocupado por ordenar el revoltijo del cajón donde los guardaban: tiró envases agotados, rompió prospectos repetidos y las copias de las recetas, metió cada ristra de píldoras en su caja e incluso se entretuvo en recortar de los blísters las cavidades de plástico que habían quedado vacías. Anselmo reparó en la terquedad y el esfuerzo invertidos en adecentar el enredo, pero no ahondó en el significado del gesto. Aquella vez, no.

Lo hizo poco tiempo después. Fue un viernes. Lo recordaba porque, cerca del mediodía, el jefe le sugirió cambiarse el turno con un compañero: Manolo haría la guardia del fin de semana ya que, por lo visto, necesitaba librar al siguiente debido a un compromiso familiar. Manolo, el que adhería las pegatinas de las manzanas a la caja de contadores. Anselmo se avino al trueque, y con la liberación repentina hasta el lunes se le antojó demorar el regreso. Después de todo, el viejo tenía custodia. Decidió permitirse un extra en un restaurante de la misma calle Arapiles, un entrecot poco hecho y una botella de rioja de la que sólo dejó dos dedos. Se le empicó la boca con el vino bueno y quizá bebió

un poco más de la cuenta. Volvió a casa a pie, sin prisa, saboreando el indicio de la primavera que se presagiaba en la finura del aire. Por el camino se detuvo en un colmado y compró pan de molde, leche desnatada, un paquete de bizcochos.

Ya en el descansillo, cuando metía la llave en la cerradura, le sorprendió el olor reconocible de su casa, un olor obstinado a viejo, a carne que se cuece en sus miasmas. En la cocina-comedor-universo de la buhardilla, el Grundig atronaba con el serial de la sobremesa, al que sólo Consuelo prestaba atención, el espinazo muy recto en la butaca, los brazos cruzados debajo de las tetas. Iba en zapatillas. Emilio, en tanto, parecía entretenido: la guardesa había vaciado una caja de botones sobre la mesa para que el viejo los ordenara por colores, una tarea sencilla porque la gama cromática de la viuda se circunscribía al blanco, negro y gris. Algún botón azul marino. Debió de habérselo pedido por favor, que la ayudara. De otra forma, a Emilio no había por dónde entrarle.

—A la paz de Dios —dijo Anselmo con sorna a modo de saludo. Necesitaba infundirse ánimos.

—Buenas —respondió Consuelo seca.

Aunque la mujer apenas desvió la vista de la pantalla, a Anselmo le pareció distinguir una andanada de reproches en la mirada que le dirigió y en el temblor de una arruga finísima en la comisura de los labios. Los ojos le dijeron que llegaba tarde, mucho más tarde de lo convenido, que había echado más de una hora en intentar que su padre se tragase dos cucharadas de alimento, que ella se encontraba más a gusto en su casa, que tenía muchos quehaceres y que, a fin de cuentas, las propinas con que le pagaba no le daban derecho a enseñorearse. «Y el cante a vino. Ella no bebe y nota en seguida el pimple», pensó.

Dejó la compra sobre la encimera de la cocina, junto al escurrerplatos, y se despojó de la chaqueta. Aún hubo algo, se dijo, otra recriminación fugaz en las facciones de la vecina, el aguijonazo que más le fastidió. Sin decirlo, Consuelo también le había afeado la pereza y la poca

conformidad. Ella sí era capaz de distraer a su padre, ella sí sabía lo que hacían monitores del centro de día con los ancianos, ella sí tenía aguante para jugar al cinquillo con Emilio dejándose ganar la chatarra de cobre. «Tienes razón, maja, toda la razón. Nunca tuve paciencia, y así me va. La falta de constancia me jodió la vida. En eso soy como el viejo. Toda la vida luchando por no parecerme a él y, ya ves, somos un calco.»

—Mañana no es menester que subas. Me han cambiado la guardia a última hora. El domingo tampoco trabajo —la voz le salió demasiado grave de la garganta.

—Está bien.

—La semana que viene me toca de noche —Anselmo cogió un periódico atrasado de la pila que había ido acumulando encima del taquillón, se sentó junto a su padre y se dispuso a hojearlo. Más bien a fingir que lo hacía porque había algo que le enervaba. Emilio había apartado los botones a un lado de la mesa y se había hecho una almohada con los brazos para descansar la frente en ella. Nada lograba despertar su interés durante demasiado rato.

«Igual ésta se cree que soy de mármol, que no siento nada, que me da lo mismo cuando lo veo así, sin ganas de continuar la farsa, con los ojos en blanco, asqueado, esperando a la descarnada. A ti no debe de soltarte cosas así, ¿verdad? Contigo no se atreve porque sabe que estás de visita y que en este entremés no tienes parte.» En una ráfaga de lucidez, el viejo le había hablado así un domingo por la mañana:

—¿Adónde vas ahora? Coge el bastón cuando te levantes.

—A dormir la siesta.

—Pero si vamos a comer en un rato...

—Me voy a la cama, a esperar lo que tiene que llegar.

Fue un par de meses atrás, y aún le estremecía la bofetada de certeza. Anselmo miró a su padre, recostado sobre el tablero, y le tocó un brazo. Lo apretó con suavidad.

—¿Quieres merendar? He traído bizcochos.

Emilio negó con la cabeza.

Sin saber por qué, sin detenerse a calibrar el buche de aguarrás que le subía a la boca, Anselmo espetó:

—Márchate.

Consuelo, aturdida, apoyó las manos en los brazos de la butaca y se levantó sacudiéndose migajas imaginarias de la falda.

—Quiero decir que te marches a tu casa, que debes de estar cansada — Anselmo trató de dar marcha atrás con un tono conciliador. Reparó, además, en que la novela aún no había terminado.

La vecina se encogió de hombros, se acercó hasta la mesa y comenzó a guardar la colección de botones en el costurero con el canto de la mano, con movimientos seguros, como si ya hubiese limpiado la piedra de las lentes y las echase en la olla. Anselmo se puso a ayudarla. El sonido metálico de los botones al caer en la vieja caja de galletas le hizo sentir una lástima sucia.

—Emilio, que me marchó —se despidió Consuelo.

El viejo incorporó la cabeza y la miró. Le dijo adiós con el mentón.

«Las cosas son como son. Nunca fui tenaz ni ambicioso, y aprendí tarde que el arte es una larga paciencia. Talento no sé si lo tuve pero, desde luego, me faltó disciplina. Tendría que haber echado el resto trabajando, tendría que haberme dejado los dedos en el yunque.»

De los años en Málaga, por lo menos, podía rescatar la inteligencia escuchadora y el sentido del humor de tía Mavi, quizá un poco agrio. Mazurcas de Chopin en el piano vertical, el cutis fino que le olía a colorete Maderas de Oriente, la sarta de alumnos torpes, los mismos huesos elegantes que Nené, la falda monjil hasta las canillas, el helado de turrón con las amigas en la calle Larios. La tía soltera parecía satisfecha de que hubiera alguien en la familia con inquietudes artísticas, y sólo por

contrariar a la abuela Constancia se comprometió a pagar la academia de baile al sobrino hasta que encontrara trabajo. Él, a cambio, le subía de tapadillo alguna botella de quitapenas.

Anselmo empezó el aprendizaje en la calle Altozano, en una escuela montada en un segundo sin ascensor, donde se había acondicionado el salón para las clases y el aire doméstico se disimulaba con luz de fluorescentes, farolillos de papel y mantones de flecos en las paredes. La llevaban las hermanas Salguero, dos gitanas mestizas —ellas decían entreveradas— que vivían en el mismo piso, de suerte que los alumnos de las matinés ensayaban entre aromas de puchero con hierbabuena. La mayor, Herminia, la más astuta y retinta de las dos, movía el corpachón que le habían amasado los años con una gracia natural que deslumbraba. Le enseñó sin método, le corrigió posturas y le regañó, pero no le hizo perseverar.

—Así, así se baila gitano.

El eje de la nariz ha de estar siempre en su sitio porque es lo primero que se ve: la principal regla que aprendió de la señora Herminia. La segunda, que un bailarín debe consentir que le corten la cabeza antes que los pies. El asunto está en los pies. Y las caderas no se menean; las del hombre han de ser como el corcho.

En cuanto se soltó un poco, la señora Herminia consiguió que lo contrataran a las palmas y los jaleos en una venta de la carretera de Torremolinos. Trabajaba de noche, dormía de día —una bendición para sobrevivir en el convento de la abuela—, y aunque ganaba lo justo, fue allí donde aprendió a bailar a compás, y no porque lo instruyeran los flamencos. Ellos no hablaban de lo suyo. Guardaban el secreto como la fórmula magistral del boticario. Había que sacárselo a gancho, robárselo a fuerza de verlos bailar noche tras noche. Aprendió y lo desaprendió todo. Aunque es triste bailar sabiendo de antemano lo que se va a hacer, Anselmo tenía bastante con quedarse en la superficie, en los desplantes vistosos, en la zambra y las bulerías, en los bailes más fáciles, los que

consiguen sin esfuerzo el aplauso del público. Lo que había aprendido ya era suficiente salvoconducto.

La venta fue su mundo y su sustento hasta que hizo lo que hizo.

Un domingo por la tarde, mientras las tres mujeres estaban en misa, Anselmo arrambló con todo el dinero que había en la casa. Los sobres de las clases de tía Mavi, lo que había en los monederos, la caja de caudales de la abuela y un anillo con una esmeralda engastada. Un trabajo limpio porque sabía dónde buscar. El tren a Madrid salía a medianoche.

«Yo tampoco fui bueno, padre. Entonces tenía un lobo en la cabeza y me eché a lo malo.»



Tres días después de que apareciesen los zapatos, una barcaza de pescadores encontró el cadáver de María al amanecer, cerca del cabo Nazarí, golpeando la rompiente como un madero podrido. El vientre hinchado, la piel azul, el cabello sucio de arena y algas, vestida con un bañador negro. Los funcionarios implicados en el trámite parecían empeñados en apurar el trance, y el médico de guardia en la comandancia firmó expeditivo el certificado de defunción sin que se le hubiera practicado la autopsia. Causa de la muerte: ahogamiento.

Despuntaba una mañana plomiza, de cielo bajo, cuando el Buick empezó a repechar las cuestas que llevaban hacia el cementerio detrás del coche fúnebre. Tío Juan conducía despacio, como si no tuviera intención de llegar. Emilio fumaba con la ventanilla abierta, y Anselmo, escoltado por las tías en el asiento de atrás, aspiraba por la boca las volutas de humo mezcladas con el aroma de su colonia francesa. Tía Vicenta no se atrevió a protestar por la ventolera que la despeinaba, y se cubrió la cabeza con la pañoleta negra de misa. Sin maquillar parecía un pájaro.

El cementerio español se encontraba muy cerca del manicomio, y al leer el letrero en la puerta del hospital, Anselmo recordó que el hijo de la criada le había contado que los musulmanes se creían en la obligación de respetar a los locos porque tienen el don de la predicción y porque suya es la llave del reino de los muertos. Eso fue lo que le dijo, y que les llamaban *hmaq*. Los moros dicen que la locura es un don de Alá.

Estaban solos. Los Rodiles, tía Mavi, que se había desplazado expresamente desde Málaga, y el franciscano gallego que hizo los oficios. No acudió nadie más porque así lo quiso la familia. Flores, en cambio, no faltaron. Llegaron ramos para María de todas partes, de los clientes de la ortopedia, el Banco de España y el casino, la aseguradora, la farmacia del doctor Soto, el colegio de las monjas, buena parte de los cuarteles de Tetuán y la Pagaduría Militar. Emilio encargó tres coronas de gladiolos y rosas. Flores blancas con cintas nacaradas.

Enfrente del cementerio civil, al otro lado de la calle polvorienta, se extendía la necrópolis destinada a los militares, en cuya entrada, junto a la verja, había aparcado un vehículo oficial con el distintivo del cuerpo de artillería. Anselmo lo contempló con detenimiento. Se le ocurrió fantasear con la idea de que el hombre que se marchó, el hombre de los regalos, el hombre sin rostro, se hubiese acercado al camposanto para observar la ceremonia a escondidas y despedirse en silencio de María. Le reconfortó pensar que la Luger y las ocho balas estaban oxidándose en el mar, en lo más profundo, allí donde nadan los peces negros que nunca ven la luz. Tía Mavi tuvo que tirarle de la manga para que no se despistara: la exigua comitiva ya enfilaba hacia el sector civil haciendo crujir bajo las suelas la gravilla del sendero, flanqueado por ringleras de cipreses.

Cuando el sepulturero comenzó a tapar con argamasa la boca del nicho, encaramado a una escalera de mano, Anselmo pensó en los secretos compartidos y trató de imaginar qué sintió María mientras los pulmones se le llenaban de agua y el instinto la empujaba hacia la superficie entre borbollones de espuma. La paleta del sepulturero raspaba contra el cemento. Aquella miserable albañilería no acababa nunca, y las tías sacaron de nuevo los pañuelos. Anselmo también lloró, pero ahora con un llanto amansado, liviano, porque sentía que al otro lado del torrente de la pena, una parte de su hermana se le quedaba dentro: Margot y él serían uno. Se prometió que en adelante no volvería a derramar una lágrima, y

así lo hizo. No lloró ni cuando se enteró de las habladurías que aventaban los mocosos del barrio.

—A tu hermana se la comieron los marrajos.

Cuando el cortejo familiar regresó a la travesía de la Suica, se encontró a Zohor llorando de angustia y gritando:

—*Al qodra al ilahiya, al qodra al ilahiya*. Es la voluntad de Dios, es la voluntad de Dios...

La señora se había encerrado en el lavabo y se negaba a salir.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Emilio llamando a la puerta con los nudillos.

Nené no contestó.

—¿Qué haces ahí dentro?

Silencio.

—Sal de ahí, anda. Vamos a dar una vuelta. Te hará bien un poco de aire. Voy a sacar el coche. No tendrás que ver a nadie si no quieres.

Al otro lado de la puerta se oía el grifo abierto del lavamanos.

Emilio miró a la sirvienta y le preguntó en voz baja:

—¿Cuánto tiempo lleva atrancada?

La criada, confundida, no supo responderle. Negaba con la cabeza y se tocaba la cara con espanto.

Emilio pegó la oreja a la puerta. Sólo se oía el borboteo del agua.

—Todos estamos destrozados, Nené. Sé razonable. No me obligues a echar la puerta abajo —dijo mientras accionaba el tirador con brusquedad.

Nada.

Emilio aporreó la puerta con la palma de la mano y gritó:

—Ya está bien, Nené. Ya es suficiente, ¿me oyes?

Anselmo aún llevaba puesta la chaqueta de entretiempo en cuya manga

tía Vicenta le había cosido una banda negra para el funeral. El muchacho se acercó hasta su tío, que permanecía de pie desde que habían llegado, le cogió la mano y se la apretó. Tío Juan tragó saliva y acertó a balbucir:

—Elvira...

Sonó como una súplica desgarrada. Fue entonces cuando Nené describió el pestillo despacio, asustada.

Estaba desnuda y temblaba como un gorrión empapado de lluvia. La navaja barbera de Emilio yacía abierta en el suelo: Nené se había rasurado la cabeza y el vello del pubis. Permanecía inmóvil, arrodillada sobre un amasijo de cabellos oscuros. El cráneo liso, salvo una crencha de pelo trasquilado en la nuca. También se había afeitado las cejas.

—¡Por Dios bendito!, ¿qué has hecho?

Emilio cogió una toalla y la envolvió. Quiso abrazarla con ternura pero sus movimientos resultaron torpes. Juan, aturdido, sin saber cómo actuar, se agachó a recoger la navaja del suelo. La cerró y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

Para cuando llegó el médico, habían conseguido cubrirla con un camisón y atarle las manos con una venda de muselina para evitar que se arañara. Nené se dejó inyectar el sedante en el pliegue del brazo. Abatida, con la docilidad de un guante vacío.

Las semanas que siguieron al entierro fueron un páramo inabarcable. Nené se transformó en una bestezuela que huía de la luz y apenas hablaba; si le preguntaban algo, respondía con monosílabos o cabeceando, y dormitaba la mayor parte del día, del butacón a la cama, o enlazaba cigarrillos al atardecer, la mirada hacia adentro, bajo las arcadas del patio; ya no se escuchaba el rumor de agua del surtidor, y los peces rojos desaparecieron de un día a otro. Sin cejas, su rostro tenía una expresión alucinada. Sólo se extendía en la conversación con su hijo

pequeño.

—*Je me couche mais ne dors pas.* Me meto en la cama pero no duermo.

Anselmo no reanudó las clases en el colegio, y evitó pedir explicaciones a los mayores. Enclaustrado en su imaginación, desterró incluso los juegos en la azotea con Abdellah, quien también le rehuía, persuadido de que la desgracia había irrumpido en la casa y ya no habría forma de conjurarla.

Una tarde, tío Juan entró de improviso en la habitación del muchacho, que estaba dibujando un tren que avanzaba sobre raíles que se unían en el horizonte. Lo hacía en los bordes de un cuaderno viejo, sobre el pupitre del canterano. El tío le revolvió el pelo y le cogió la barbilla entre los dedos manchados de tintura.

—¿Cuándo nos vamos a escapar? —preguntó el niño.

Tío Juan se lo quedó mirando a los ojos, como si estuviera a punto de confesarle algo. Pero fuera lo que fuera se contuvo. Tampoco él habría podido darle consuelo.

Con el paso de los días, la complexión recia de tío Juan fue consumiéndose hasta que se le descarnaron las mejillas. Evitaba el contacto con los demás, sobre todo con su hermano, dejó de madrugar para bajar al taller y, en cambio, los domingos, que habían sido sagrados para el descanso, se escapaba al secadero con cualquier pretexto. Fue por entonces cuando empezó a porfiar en la necesidad de cerrar el negocio, aunque fuera malvendiéndolo, y regresar a Elda; insistía en que la independencia estaba al caer y que vendrían mal dadas. Su hermano y tía Vicenta lo dejaban desfogarse sin hacerle caso.

Emilio, como de costumbre, procuraba mantenerse ocupado con sus cambalaches, y las pocas veces que paraba en la casa se anesthesiaba con la botella de coñac y los lamentos. Se acostaba en el sofá del comedor. No se molestaba en desvestirse.

Sólo las tías parecían conservar cierta entereza, Vicenta aferrada a la

intendencia doméstica y Mavi, al alivio del duelo y los cuidados de su hermana. Dormían juntas en la cama de matrimonio. Alguna tarde, tía Mavi reunía el ánimo suficiente para arrancar a Anselmo de la casa y llevárselo a la terraza de El Colonial a ver pasar gente, sin necesidad de hablar. Le compraba pipas, cucuruchos de uvas pasas, buñuelos, algún tebeo. A veces se acercaban hasta la estafeta de Correos a poner una conferencia a la abuela Constanca.

Una noche, sentados frente a frente en el comedor, tía Mavi y Emilio ultimaron el destino del niño y su madre. El resto de la casa dormía.

—Os mandaré un giro todos los meses.

—Ya nos conocemos, Emilio.

—No sé por qué lo dices. A tu hermana nunca le ha faltado nada.

—No es cuestión de dinero. Nos las apañamos bien con la pensión de mamá y mis clases.

—Quiero que Nené esté atendida y que el niño estudie. Es la mejor solución —Emilio echó la cabeza hacia atrás y se acarició los músculos entumecidos de la nuca—. Iré a menudo a visitaros. Tu hermana necesita cuidados, y los mejores especialistas están en la península. Nené no está bien. Y lo peor del caso es que no hace nada por ponerse buena. Se arregosta en la pena.

—No hace ni un mes que se le ha muerto la hija...

—¿Y cómo estamos los demás? A veces parece que el patrimonio de la tristeza sea sólo vuestro.

—Te los quitas de encima porque te estorban. Al año los habrás olvidado.

Emilio hizo una pausa estudiada y arremetió con saña; sabía hurgar en la llaga más dolorosa. Dijo:

—Cada día te pareces más a tu madre, María Victoria. Te estás haciendo vieja.

—Has utilizado a mi hermana siempre —a tía Mavi le tembló la voz—. A tu antojo, como te ha dado la gana.

—Ésta sí que es buena. Acuérdate de que tu señora madre no quiso venir a la boda.

—Eran otros tiempos.

—Fuisteis vosotras las que hicisteis cruz y raya, las que no quisisteis cuentas conmigo. Yo no era lo suficientemente bueno para la niña —Emilio hablaba cabeceando—. Yo era un pelado, y encima la había dejado preñada.

—No me hables en ese tono.

—Es la pura verdad. Y hete aquí que el pelado hizo dinero y se pasó los galones de vuestro padre por el forro de los huevos.

—Emilio, por favor...

—Has empezado tú.

—Está bien, dejémoslo estar. Siempre andamos dando vueltas a lo mismo —tía Mavi se levantó, apoyó ambas manos en el tablero de la mesa y dijo con solemnidad impostada—: Acuérdate de que Elvira es aún tu esposa.

La vida desgranada en Marruecos les cupo en un baúl y dos maletas de cuero. Emilio los llevó en coche hasta el puerto de Ceuta y se ocupó de acomodarlos en la segunda cubierta del *Virgen de África*, pero no aguardó siquiera a que el barco zarpara; en cuanto bajó las escalerillas y los vio apoyados en la barandilla de estribor, movió la mano diciendo adiós, dio la media vuelta y se marchó, incapaz de prolongar por más tiempo la despedida. Anselmo interpretó las prisas como un abandono. Chao chao, *au revoir*, *auf wiedersien*. Los soltaba en el embarcadero, dos fardos consignados para Algeciras, Nené todavía pelona, con un pañuelo anudado en la cabeza y los labios pintados de rojo, un juguete con la cuerda rota; él, un esbozo de hombre con trece años recién cumplidos.

El viento del Estrecho atizaba con fuerza aquella mañana de finales de

octubre, y antes de soltar amarras la tripulación tuvo que retirar las sillas de toldilla que estaban libres de pasaje. Era un día de luz limpia del año mil novecientos cincuenta y cinco. Pocas de las personas que habían acudido al muelle a despedirse de sus familiares imaginaban que al año siguiente, antes de que brotara la primavera, Marruecos declararía la independencia y los españolitos tendrían que abandonar la colonia. Todos, uno detrás de otro. Se acabó la comedia, se acabó el olé la gente con cojones, se acabó el último sueño imperial. Anselmo abandonaba para siempre el lugar donde había nacido, un país que ya no volvería a existir.



Ya clareaba cuando subió de hacer la última ronda y entró en el despacho del encargado. Así lo llaman los vigilantes aunque, en realidad, se trata de un cuarto de desahogo con una pila para refrescarse, el botiquín de chapa atornillado a la pared y un armario de dos cuerpos que custodia un calefactor de resistencia y un anorak astroso y ya sin dueño para las noches de frío. Anselmo se acercó al bufete del jefe, sacó del primer cajón la agenda que sirve de libro de incidencias y anotó en la página correspondiente al miércoles, dieciocho de junio del año dos mil tres: «A las seis menos cuarto de la mañana hay setecientos veintiséis euros en la caja. Sótano cuatro, sólo dos coches. Sin novedad».

Salió a la calle todavía embebido de oscuridad, encendió un cigarrillo y se dispuso a aguardar el relevo con la espalda y el pie izquierdo apoyados en el muro. La ciudad se desperezaba. Las pocas personas que transitaban por la acera lo hacían con el paso apresurado y un propósito en el entrecejo. Él, en cambio, permanecía atrapado en la irrealidad de la madrugada y, a pesar de no haberse mirado al espejo, adivinaba su aspecto: la sombra de la barba trasnochada, el blanco de los ojos enrojecido por la vigilia a la fuerza, el aliento duro.

Al verle doblar la esquina, miró instintivamente el reloj.

—¿Llego tarde?

—Sólo pasan cinco minutos —Anselmo entregó a Manolo la anilla con las llaves de la garita, el despacho y los váteres—. Pero hoy llevo prisa.

—¿Qué pasa?

—Mi viejo. Se lo han llevado al hospital. La vecina me llamó a las tres para avisarme.

La sala de espera, de forma rectangular, tenía el aire de una estación de autobuses en la provincia, las paredes peladas, una máquina expendedora de refrescos y asientos de plástico inyectado anclados en el suelo. Olía a desinfectante y trasiego humano. A esa hora temprana sólo aguardaban cuatro personas más en la estancia: una mujer sesentona como Anselmo, un varón algo más joven y con cara también de hijo contrariado y una pareja de jóvenes con aspecto de no haberse acostado todavía; la muchacha tenía el pelo recogido en una coleta y churretes de haber llorado el rímel. Los congregados observaron al recién llegado tratando de averiguar en su ademán qué clase de desgracia compartían. Podía detectarse en sus miradas cierto sentimiento de pertenencia, de extrarradio vital, de clase media que baja las escaleras. Anselmo se sentó, apoyó la coronilla en la pared y se quedó mirando los fluorescentes del techo. Estaba cansado; las bisagras del cuerpo no acababan de acostumbrarse a las guardias nocturnas. Pero sobre todo lo asediaba la fatiga mental de pensar en lo que sobrevendría. La operación, la lenta soldadura del hueso, los ejercicios para recuperar el movimiento de la pierna, enseñarlo de nuevo a caminar, hacer que perdiera el miedo a una nueva caída. No sabía de dónde iba a sacar la dosis extra de paciencia.

Lo avisaron a las siete y once minutos de la mañana con un pitido desagradable que aulló en la megafonía seguido de una voz:

—Familiares de Emilio Rodiles.

Una auxiliar de enfermería descorrió la cortina de hule y le mostró la camilla donde yacía su padre; aún permanecía en observación en los *boxes* de urgencias. Emilio tenía los ojos cerrados y respiraba con sosiego. Le habían clavado una palomilla en el pliegue del codo para suministrarle el suero y los calmantes. Debajo del catre, hecho un rebujo, el albornoz de lanilla que debió de ponerle Consuelo cuando se lo

llevaron. Sobre una mesa metálica, alta y de patas muy finas, había un paquete de guantes de látex, gasas estériles y una cajita de plástico que por su forma debía de contener la dentadura postiza. Anselmo quiso apartar la sábana para verle la pierna tronchada pero no se atrevió. Se acercó a la cabecera del camastro, posó una mano sobre el pecho descarnado del viejo y le susurró al oído:

—Padre... Padre. Soy yo.

Al reconocer la voz, Emilio abrió los ojos con la curiosidad de un mochuelo.

—¿Te duele?

Emilio se limitó a contestar con un parpadeo rápido.

—Ya mismo te suben a una habitación.

El viejo sacó la mano libre del gota a gota por el embozo y buscó la del hijo.

—Todavía no he hablado con los médicos. Aún no me han dicho nada, pero todo irá bien.

La mano huesuda del viejo apretó la suya.

—Aquí no me dejan estar mucho rato, ¿sabes?

Le asombró que el viejo conservara todavía tanta fuerza en la musculatura de los dedos. La presión cada vez era mayor.

—Mira que te lo tengo dicho, que no te incorpores solo, que nos llames, que para eso estamos.

La mano era un cepo clavado en su carne. Tenía un tacto pegajoso, de sudor mezclado con miedo.

—Volveré luego a verte. Por la tarde, cuando eche una cabezada y me dé una ducha. Dolor no tienes, ¿verdad?

En cuanto entró en la buhardilla, lo primero que hizo fue lavarse la mano. Primero con agua y jabón y, luego, se la restregó con alcohol hasta

que se le enrojeció. No supo decirse por qué lo hizo.

# Segunda parte

Fiestas Patronales  
de la ASUNCIÓN  
y SAN ROQUE

Ilmo. Ayuntamiento de  
Castro Urdiales (Santander)  
15 de agosto de 1975

Plaza del Ayuntamiento  
a las 6 y a las 10 y media

## COMPañÍA DE VARIEDADES LUCIO AGUIRRE

Combinado artístico:

LUCIO AGUIRRE ..... Tenor. Popurrí de romanzas  
de zarzuela

MISS DELIA ..... Sugestiva canzonetista

MARUCHI DEL RÍO ..... Primera vedette

EVA MOREL,  
HERMANAS LUNA  
Y CORAL ..... Bailarinas internacionales

PROFESOR NAYAKÁN ..... Ilusionista y faquir

PAQUITO MAGÁN  
Y PEJERÓN ..... Ases de la hilaridad

EL GRAN KOWALSKI ..... Genial polifacético

RICARDO TRIANA ..... Estilista de la copla

¡¡¡NO DEJE DE VER ESTA COMPañÍA!!!

Precios populares: 50 pesetas (con derecho a asiento)  
30 pesetas (sillas traídas de casa)  
20 pesetas (de pie, flancos escenario)

# 1.

La mala suerte es obstinada. Se pega a la piel y al espíritu como la pobreza, como la roña, como el tizne a la sartén, y cuando sus tentáculos palpan un recoveco propicio, a él se agarran con voluntad de hacer nido. El mismo día en que Anselmo firmó contrato con la Compañía de Variedades Lucio Aguirre, en el verano de mil novecientos setenta y cinco, entendió que a partir de entonces el camino seguiría cuesta abajo y que la pendiente acabaría por cogerle ventaja. Era el principio del fin, el tobogán que descendía hacia el fango tibio y maternal del fracaso. Lo comprendió en cuanto vio el rostro picado de viruelas de Miss Delia, que lo abordó con un vaso de pipermin en la mano. Supo que los esfuerzos por escabullirse de lo que el destino le había deparado resultarían inútiles, y se dejó arrastrar porque la docilidad amortigua la caída.

La edad de Cristo y el corazón sellado con plomo. Había huido de Madrid, de la flamenquería y del rescoldo de Rafael, el camarero de Torres Bermejas, buscando el mar, que todo lo cura. Santander le pareció un buen lugar para quedarse. Encontró acomodo en una casa de huéspedes —«se busca caballero estable», decía el anuncio de la pensión— y a las pocas semanas, trabajo y whisky gratis en una discoteca al final de la calle Cuesta. Los fines de semana había actuaciones, y así, sin proponérselo ni meditarlo, se arrancó a cantar. Tenía oído, tablas sobre el escenario, buena memoria para las letras. Y le caían propinas. Comenzó imitando a Antonio Molina y lo que escuchaba en la radio, hasta que el tiempo y las copas le hicieron coger confianza para atreverse con las cosas de pena: las peteneras y los tientos, alguna soleá.

Fue en la oscuridad viscosa de la discoteca donde lo interceptaron Miss

Delia y Lucio Aguirre, los jefes de la bandada. El cantante melódico de la compañía había desertado en plena gira estival, y el azar no hizo más que succionar lo que le pertenecía: Anselmo debutó en las fiestas patronales de Castro Urdiales con ropa prestada, una camisa con chorreras de don Lucio y un pantalón negro al que hubo que coserle cuñas en las perneras. Y lo hizo como Ricardo Triana, con el mismo nombre de guerra que le había convertido en un bailarín mediocre.

Durante los cuatro meses largos que duró la tournée, durmió con una navaja debajo de la almohada, la hoja de acero al carbono y el mango de asta de cabra. Por si acaso. Para guardarse la sombra. Todos los miembros de la troupe, del primero al último, parecían huir del pasado o de sí mismos, igual que él, y casi ninguno respondía por su verdadero nombre. Miss Delia se llamaba en realidad Adelina Castro, y los artistas no sabían cómo dirigirse a ella cuando había que despachar asuntos serios. Entre el abanico de vedettes, la bailarina y vicetiple Coral había sido bautizada como Casilda Peñuela en un pueblo de la Castilla profunda, y sólo había visto el mar en postales hasta que se enroló en la tropa. El faquir Nayakán tampoco venía envuelto en las brumas orientales que sugerían su seudónimo y atuendo, sino en el talante esforzado y austero del Bajo Llobregat. Y al enano Pejerón le puso el mote el cura que decía misa en el orfanato.

Ni siquiera Ricardo Triana recordaba ya de dónde venía; con cantar afinado ya tenía suficiente para arrastrar sus miserias de pueblo en pueblo. Aquella compañía era el último peldaño, la purrela del espectáculo, los saldos de un mundo agonizante aunque ninguno de los empleados de la troupe, tampoco Anselmo, quisiera reconocerlo. Herederos del Lazarillo y del Buscón, ejemplo de vagabundos y espejo de tacaños. Un hatajo de locos arrebatados. Gentes de aluvión. Una maldita unidad de destino en lo universal. Una España en pequeño, con comicastros procedentes de los cuatro puntos cardinales. Un hospicio en el que todos los peregrinos, condenados a vivir juntos, mantuvieron



caliente el odio hasta que el destino se encargó de separarlos. Aunque no se tenía por supersticioso —los agüeros eran jergón de cobardes—, Anselmo maliciaba que fueran precisamente trece las personas que el azar se había encaprichado en unir. El número de la fatalidad, de las cosechas hueras, de Judas Iscariote. Doce bufones y un antiguo legionario que hacía las veces de utilero acarreando los decorados y las vestimentas. Los trece apóstoles de la tragicomedia. Trece prófugos de la vida que recorrían de punta a cabo el secarral de la patria. Trece hijos de una misma madrastra vagando sin rumbo sobre la tierra aturdida y todavía sucia de sangre. La Compañía de Variedades Lucio Aguirre.

## 2.

La señora Muerte se tomó la tarea con calma para no errar el tiro. La rotura del fémur —«fractura pertrocantérea de cadera», en el informe de los médicos— desembocó en una minuciosa agonía de cuarenta días, tantos como el patriarca Moisés vagó en círculo por el desierto del Sinaí. Cuarenta días o cuarenta años, da igual; el tiempo de los hospitales se llena de sí mismo y tiende a expandirse llenando los huecos. Lo operaron el veintiséis de junio, una semana después de que Emilio se hubiera caído de la cama, en cuanto su cuerpo eliminó los restos del anticoagulante que tomaba de forma regular para que pudieran injertarle una placa de titanio en el hueso quebrado. Un documento eximía de responsabilidad a los operarios de la carpintería metálica —«estando satisfecho con la información recibida y asumiendo las posibles complicaciones»—, y Anselmo lo firmó, claro que lo hizo, porque no había nadie más con quien compartir el fardo. ¿A quién iba a decírselo? ¿A tía Mavi, vieja y sola en el caserón de Moreno Monroy? ¿A Consuelo, la vecina? Anselmo no había conservado amistades ni tampoco pertenecía a la raza de quienes se pegan a la gente. La vida andariega de la farándula consiste en eso, en ir dejando atrás cachos olvidados de uno mismo. Hacía casi dos años que no marcaba el prefijo de Barcelona, dos años que no escuchaba la voz de Kowalski, la loca de Kowalski. Su gran virtud era la alegría de vivir.

Lo subieron del quirófano a las ocho de la tarde, habitación doscientos veintiséis, segunda planta, departamento de traumatología y cirugía ortopédica, y como le aseguraron que el viejo aún tardaría en despertar de la anestesia, aprovechó para escaparse a la cafetería. Cenó un bocadillo de jamón y un botellín de cerveza. El resto de la noche, la única noche en

que veló el cuerpo doliente de su padre en el Doce de Octubre, lo llenó de pequeños gestos. Echó unas monedas en la ranura del cajetín y se entretuvo con el televisor durante un rato, el volumen muy bajo. Salió a quemar tres cigarrillos mal fumados en el descansillo de la escalera de incendios. Orinó. Se lavó las manos concienzudamente, como si aquella operación rutinaria fuese un cuchillo de manteca con que mondar el pellejo de las horas. Hojeó las páginas de deportes del periódico. Leyó el horóscopo. A eso de la medianoche, se encajó un almohadón en los riñones y trató de echar una cabezada en la butaca, aunque los brazos de madera sin tapizar insistían en buscarle las costillas y afuera, en el pasillo, la luz chillona de los fluorescentes contradecía el propósito de descansar. No llegó a dormirse. Cerró los ojos y se dejó hundir en un duermevela frágil y verdoso, punteado por el goteo persistente del grifo del lavabo.

—Mamá, mamá...

Emilio se desveló cerca de la una de la madrugada.

—Mamá...

—¿Qué pasa?

Anselmo se levantó en un brinco y se acercó al cabecero de la cama. Había algo turbador en los lamentos del viejo. Estaba reclamando la presencia de un cadáver, de un fantasma apolillado, de un esqueleto que llevaba más de cincuenta años bajo la tierra. ¿En qué oscuro pasadizo de la memoria se había perdido? En verdad, sin los dientes postizos, Emilio tenía un aspecto desvalido e infantil, casi cómico.

—¡Yo no he hecho nada!

—Padre, estoy aquí. Tranquilo.

El viejo se movía como una lombriz sobre el colchón, y temió que se le soltaran los puntos. No sabía cómo manejarse con el protocolo hospitalario, pero al final presionó el timbre de aviso.

—¡Socorro! Yo no he hecho nada. Los zapatos...

La enfermera que apareció en el vano de la puerta rondaba la

cincuentena y tenía bolsas de cansancio bajo los ojos. Su aplomo lo reconfortó. Admiró en silencio la mezcla que se amasaba en ella, la seguridad de sus movimientos y la afabilidad maternal, un tanto impostada, con que se dirigió al anciano.

—¿Qué pasa contigo, Emilio?, ¿qué significan estos gritos? Vas a despertar a toda la planta.

—¿Dónde están mis zapatos? Dame un peine.

—Ahora no necesitas zapatos, que es de noche. Ahora tienes que dormir.

La enfermera colgó otra botella de líquido en el pie del suero y reguló la velocidad del goteo. Una mujer endurecida y habituada a la brega. Una mujer necesaria.

—Son tan mayores que suelen desorientarse cuando salen de su entorno —dijo dirigiéndose a Anselmo—. No se preocupe; es normal. Si me necesita, avíseme.

Anselmo no volvió a dormirar, ni siquiera a intentarlo. Salió a fumar de nuevo. Recorrió el pasillo desierto de punta a cabo varias veces, con las manos en los bolsillos. Se refrescó la cara.

Emilio volvió a la carga.

—Tú... —le dijo.

Ese tú reconocía en Anselmo a un ser próximo y consanguíneo. Puede que Emilio no acertara a recordar el nombre de su hijo, pero el cerebro le decía que se trataba de alguien cercano, una astilla de su mismo tronco. En ese tú se escondían el antiguo poderío, la raya del pantalón impecable, las uñas de manicura, los zapatos lustrados, la autoridad del padre apocalíptico.

—Tú —insistió el viejo.

—Yo qué —replicó Anselmo.

—Atranca la ventana.

—Está cerrada. Aquí las ventanas están fijas, ni se abren ni se cierran. Por qué, ¿tienes frío?

—Te digo que la cierres —Emilio hablaba con los puños apretados—. El *charqi* me ha llenado las sábanas de arena.

Anselmo se sonrió. El viejo chapoteaba en una poza tranquila donde los recuerdos se le solapaban, y ahora había regresado a Tetuán, a la casa y al patio, en uno de aquellos días en que el viento de levante arrastraba puñados de tierra y daba portazos que sobrecogían el corazón. Por lo menos, no parecía tener dolor.

Amanecía detrás de la persiana y más allá de los bloques de cemento cuando la nariz de Anselmo percibió el aroma del café que las enfermeras estaban preparándose en el office. Café de cafetera, no el aguachirle que salía de la máquina dispensadora. El olor punzante y lleno de vida, tan ajeno a la asepsia blanca que lo envolvía, atravesó el corredor y la puerta entreabierta de la habitación con la avidez de una flecha. Un olor doméstico y agradable que, sin embargo, lo incomodó. Tanto que tuvo que marcharse sin despedirse del viejo, antes de que los médicos hiciesen la ronda, incapaz de soportarlo. La mañana en que Margot desapareció también lo ahogó el olor del café.

### 3.

Cuando las fiestas veraniegas comenzaban a flaquear, la Compañía de Variedades Lucio Aguirre abandonaba el paisaje húmedo del norte y, si la trabazón de los contratos lo permitía, enfilaba hacia el Mediterráneo con la pretensión de alargar la temporada, ya en las postrimerías del otoño, bajo la luz melada del sur. Más que por el calendario, la recua que convoyaba don Lucio se apercibía del tránsito de las estaciones por la geografía y el chaquetón de zorro, mareado de kilómetros y alcanfor, que Miss Delia se colocaba sobre los hombros en cuanto asomaban los primeros fríos. Las pieles solían impresionar a los concejales y las comisiones de fiestas. En cambio, los demás miembros de la compañía, Lucio aparte, parecían siempre arrecidos en sus ropas, como si el temporal acabara de sorprenderles en descampado y a cuerpo gentil.

Los comediantes entraron en Molina de Segura, provincia de Murcia, el veintiséis de septiembre de mil novecientos setenta y cinco. Era viernes, y una llovizna sucia caía a desgana sobre las primeras tapias del pueblo. La troupe había apalabrado el acomodo en un motel de carretera, un edificio de dos plantas separado del empalme con la nacional por una pérgola, que una parra mustia techaba, y un murete con desconchones que apenas dejaban leer el rótulo del establecimiento: Hotel Reconquista. Estragados por el viaje desde Las Pedroñeras, Miss Delia y don Lucio se recogieron en la habitación sin aguardar siquiera a que llegase el resto del grupo. El utilero iría a buscarlos a la estación de autobuses en cuanto descargara la DKW.

El dormitorio olía a tabaco rancio. La ventana, adornada por una cortina de cretona, temblaba con el tránsito de los camiones que

desfilaban por la carretera cargados de hortalizas de la fértil huerta murciana. Detrás de los cristales, la tarde languidecía con un color de caldo frío. Miss Delia se apeó de los zapatos y se masajeó aliviada los juanetes. Calzaba tacones de aguja aun en los días de viaje, cuando debía permanecer sentada durante horas en el Renault Dauphine, al lado de su esposo, con la mirada perdida en el paisaje calcinado. Para Adelina Castro, madrileña de Chamberí, la hembra que se ancla sobre zancos permanece vigilante, en pie de guerra. Y ella aún podía lucir piernas. Había sido guapa a pesar de las mellas de la viruela, que había aprendido a disimular bajo una gruesa capa de maquillaje. Una guapa hambrienta. Del antiguo esplendor, más ensoñado que real —aseguraba que había sido estrella del Price y que en tiempos Celia Gámez la había llevado en su cuerpo de baile—, conservaba la estructura vertical, cierta gracia al caminar y una elegancia difusa en los ademanes. Fumaba con mohínes de diva.

—Quítate los zapatos. Vas a manchar la colcha.

Lucio se había tumbado sobre la cama con los botines de tacón cubano.

—Y a ti qué más te da, mujer —replicó con su peculiar acento. Lucio Aguirre era navarro. De Alsasua.

—Mira cómo se te han puesto de barro.

Miss Delia se abstuvo de insistirle, de hacerle comprender que iban a dormir en esa misma cama durante las tres noches siguientes, de recordarle que los habría devorado la cochambre si ella no se hubiera encargado de mantenerla a raya. Se contuvo para no remover la charca de vinagre en la que ambos cónyuges nadaban después de tantos años de vagar por los escenarios empujando resentimiento y baúles de mimbre. Se levantó y rebuscó entre el equipaje, amontonado en el suelo, una bolsa con uvas y manzanas que habían comprado para el viaje.

—Come un poco de fruta —sugirió.

—No me apetece —respondió Lucio.

El silencio, las frases a medias, los sobrentendidos habían dejado de

incomodarles. Miss Delia se arrellanó en un butacón tapizado con la misma tela que la cortina y observó a su marido con insistencia. No dejó de mirarlo mientras desgranaba un racimo y se introducía los granos entre los labios con gestos parsimoniosos, con feminidad gatuna, con una triza de desprecio en cada movimiento. Lo miraba y mascaba el hollejo de las uvas como un antiguo reproche.

Lucio tenía las manos entrelazadas bajo la nuca y miraba al techo. Pasarían las horas y los días y Lucio no hilvanaría una conversación. Ya no tenían demasiado que decirse, y quizá era preferible así. Miss Delia se preguntó en qué estaría pensando su marido en ese preciso instante, no tanto por curiosidad —hacía tiempo que el deseo se les había esfumado—, sino por descubrir qué diablos hervía en la cabeza de aquel hombre que había envejecido junto a ella gélido y replegado en sí mismo. Pensó que ambos se alimentaban del desafecto y la dependencia mutua. Ni Lucio ni la vida habían estado a su altura.

El dueño de la compañía se quedó dormido en una de esas siestas tardías y cabezonas con que atemperaba el aburrimiento. No tardó en roncar. La vedetísima, la gran canzonetista, se puso un batín de seda sobre la ropa de calle y rebuscó en el neceser las pinzas y el espejito. En la piel de las manos le habían brotado algunas manchas, las flores diminutas que anuncian el camino hacia el cementerio. El peso de las ilusiones rotas le desatinaba el pulso.

En los tiempos de gloria, cuando iban a comerse el mundo a dentelladas, Lucio, fascinado por su risa y su cuerpo desvergonzados, le prometió joyas, alfombras rojas, champán y su nombre escrito con bombillas centelleantes a la puerta de los mejores teatros. Cuánta filfa a las espaldas, se dijo, cuántos desengaños. Aunque estilizada y de huesos finos, la naturaleza la había dotado con unos senos rebosantes que su marido debía aupar atándoles por debajo una cuerda de guitarra antes de que saliera a escena. «Arriiiiiiiiba España», solía gritarle Lucio cuando remataba el último nudo y le acariciaba con primor las tetas brincadoras.



«Eres la más grande, mi diosa, mi musa, la reina de las tablas.» Miss Delia se estremeció al pensar que Lucio pudiera tocarla de nuevo con la misma ansia.

De pronto, el jefe de la troupe volvió a este mundo y miró aturdido a su alrededor. Las siestas de Lucio eran así, deslucidas y a trompicones. Durante unos segundos pareció que le costaba recordar dónde se encontraba. Se incorporó y permaneció sentado en el filo de la cama. Chasqueó la lengua y preguntó sin interés:

—¿Qué haces?

—Nada. Ya lo ves, arreglarme las cejas —respondió Miss Delia mientras se untaba las patas de gallo con aceite de oliva. Y en seguida, con la callada esperanza de que declinase la invitación, le propuso—: Voy a salir a dar una vuelta. ¿Me acompañas?

—Estoy reventado, chata. Y tendría que hacer números antes de acostarme —Lucio bostezó—. Si vuelves tarde, no hagas ruido.

Cuando escuchó que el taconeo se alejaba por el pasillo, Lucio se incorporó y se sentó a la mesa de patas de mimbre que Miss Delia había convertido en improvisado tocador. Abrió la caja de caudales, se colocó las gafas de la presbicia en la punta de la nariz y recontó el fajo de billetes sujeto con una goma elástica. Lucio llevaba la contabilidad de la compañía, el prorrato de taquilla y el pago de jornales y anticipos. Dentro de la caja metálica también se guardaba lo que el matrimonio Aguirre llamaba la agenda de contactos, un cuaderno mugriento de tapas de hule, con pestañas desde la a hasta la zeta, en el que figuraban anotados teléfonos de agentes, representantes y dueños de teatros y salas de fiesta, así como las direcciones de todas las pensiones en las que había pernoctado la troupe, desde la punta de Tarifa hasta El Ferrol del Caudillo.

Repasada la última recaudación, Lucio Aguirre dejó la caja de caudales en el suelo, entre el cabecero de la cama y la mesita de noche. La realidad insistía en darle la razón: la hacienda languidecía, y tenía a doce personas

a su cargo.

«Lo mejor del hospital es largarse», pensó Anselmo en cuanto el hombre del brazo escayolado comenzó a referirle con un exceso de pormenores cómo se escurrió por el hueco del andamio que estaba desmontando y se precipitó contra la acera de la calle Alcántara desde el segundo piso. Húmero derecho destrozado y hundimiento de tórax; aún tuvo suerte con la costalada. Había ingresado la víspera en la habitación doscientos veintiséis, en la cama de enfrente.

—Menuda murga nos ha dado el señor Emilio.

El yeso le abarcaba desde el hombro hasta la mano, y le habían colocado una especie de perno en la articulación del codo. Las chancletas del gimnasio, las canillas velludas al aire, un corsé que le sujetaba el costillar y el camisón celeste atado a la espalda con cintas. Tenía un aspecto ridículo.

—Es su padre, supongo.

—Me temo que sí —Anselmo respondió a desgana, por simple cortesía vecinal, y en un gesto mecánico se miró el índice, el dedo de mandar: la artrosis le había templado la misma curvatura que al viejo en la última falange.

—Anoche tuvieron que amarrarle las muñecas al larguero de la cama —el compañero de habitación hizo una pausa breve, de tanteo—. Quería arrancarse el suero. Bueno, la verdad sea dicha: se lo arrancó.

No le echaba más de cuarenta años; era demasiado joven para que le hubiese tocado forcejear con la vejez cruda. Aún no tenía por qué saber que en determinados momentos tienes que atar a tu padre. Para evitar que se lastime. Por desesperación. Porque se le va la cabeza. Con cinta de

embalar o con lo que tengas a mano.

—El pobre tiene el paso cambiado —añadió el hombre—. Duerme de día, habla de noche.

Anselmo miró a su padre —seguía con la siesta, ajeno al monólogo que llenaba el tiempo muerto—, y se sorprendió a sí mismo defendiéndole:

—A mí tampoco me encantaría estar encerrado aquí.

Ni estar encerrado, ni mear en una botella, ni mostrar las vergüenzas a un desconocido, ni escuchar sus reproches.

—Se lo digo por decir —el convecino carraspeó con cierta incomodidad, como si le hubiera leído el pensamiento—. Me hago cargo de lo que hay. Yo mismo no llevo aquí ni veinticuatro horas y ya estoy que me subo por las paredes.

Se lo digo por decir pero se lo estoy diciendo. Lo peor de los hospitales no es la acumulación de cuerpos derrotados, que se detienen a recuperar el resuello o simplemente aguardar la muerte, sino la ausencia de intimidad, la falta de límites. Agradeció que el extraño se abstuviera de alargar sus justificaciones con una parrafada sobre la faena de envejecer.

—Tuve que reírme con su padre de usted.

Menos mal.

—Entró la auxiliar con el carrito de la merienda y le pidió un café con coñac. No dijo un carajillo, sino un café con coñac. «Rubia, ponme un café con coñac.» Y luego, cuando volvieron para asearlo —prosiguió el gran conversador—, no quiso que lo tocaran. Dijo que estaba harto de ver a tanta mujer por aquí, que lo dejasen en paz, que eran todas unas putas. Con perdón.

Anselmo tampoco habría querido que las enfermeras jóvenes tocasen su cuerpo.

El enfermo alargó el brazo sano con un rictus de dolor, cogió una revista que había dejado en el filo de su cama —una revista de coches— y se puso a hojearla. Al fin callaba. Anselmo respiró observando las paredes desnudas, el lento goteo de la solución glucosada, la caída de las

sábanas con el logotipo de la Seguridad Social, el esparto que se desflecaba en las suelas de sus alpargatas. Se miró el reloj: pasaba un cuarto de las seis. Por lo menos, allí dentro se estaba fresco. Tenía tiempo suficiente de pasar por casa a darse una ducha y hacerse un bocadillo para la guardia. El viejo continuaba dormitando; ni se había enterado de que estaba allí. Mejor así, porque no habría sabido qué decirle. Y aunque ni se apercibiera de su presencia, acudiría a visitarlo mientras permaneciera en el hospital, todos los días, ni que fuera media hora. «Y tú, señor Rodiles, ¿habrías hecho lo mismo por mí?» A Anselmo nadie le velaría la decrepitud, y aun cuando lo sabía, desterraba las imágenes que se le colaban en la mente diciéndose que no iba a durar mucho. A cierta edad lo único que importa es el dinero, y él había aprendido a vivir al día. Durante los años del artiesteo —los últimos, sobre todo, arrastrados en los peores antros de Barcelona—, se pulió hasta el último céntimo. De profesión, transformista. La reina de la Bodega Bohemia, donde los artistas nacen, la dulce Margot, el hazmerreír de Hacienda. «Si quiere, le canto ronroneando *Je ne regrette rien*. O si prefiere lo castizo, le cambio una copla por dos años de cotización. Ay, pena, penita pena, pena, pena de mi corazón... Y eso que todavía no ha visto mi *pataíta* por bulerías. Sepa usted que yo con las penas hago lo mismo. En cuanto asoman el hocico, patada a la bata de cola y media vuelta.»

—Perdone una pregunta —el hombre de la escayola. Otra vez.

—Dígame —Anselmo tenía que irse. Tenía que marcharse ya.

—De tú, por favor, dígame de tú... No se llamará usted Juan, por un casual.

—Mi nombre es Anselmo. Me pusieron el santo del día.

—Yo Joaquín. Joaquín González, mucho gusto —la barbilla del compañero de habitación apuntó hacia el brazo enyesado, excusándose de no ponerse en pie para estrecharle la mano—. Lo pregunto porque anoche a su padre, bueno, a tu padre, le dio por llamarme Juan.

—Vete a saber —Anselmo se encogió de hombros y simuló media

sonrisa. Por nada del mundo iba a desvelarle quién era el tal Juan.

—Juan y Juan y Juan. Hasta que al final le dije qué, qué quieres, qué es lo que te pasa.

—Lo siento... A ver si esta noche te deja descansar.

—Y él, dime dónde está la chata, Juan, tienes que decírmelo, y venga con la chata.

El hombre de la escayola no tenía derecho a hurgar en el pasado de nadie, no tenía por qué saber que la chata y las ocho balas dormían en el acantilado de la ballenera, en el agua negra. Anselmo comprendía las ansias del viejo; también él habría querido tener a mano la pistola de tío Juan, debajo de la almohada, para no escuchar nada más, para pegarse un tiro en el cielo de la boca cuando llegara el momento.

## 5.

Al enano Pejerón la mezquindad se le delataba en los zapatos de callejear. Le iban grandes y tenían hoyos en las punteras después de que el cómico, para ahorrarse los dineros del remendón, se hubiera empecinado en pegar él mismo las suelas sujetándolas durante dos días con pinzas de tender la ropa. El gallego Pejerón, niño de la inclusa, bautizado como Santiago Expósito Santamaría, acariciaba cada moneda que le entraba en la faltriquera, y le traían sin cuidado los zapatones que calzase, los zarrios que vistiera y la bazofia que le cayese en el plato. Él se complacía en alimentar un solo empeño: en cuanto pudiera librarse de órdenes y patrón, con los caudales que hubiera ido juntando al cabo de toda una vida de renunciadas, se compraría un pedazo de tierra en Sobrado de los Monjes, provincia de La Coruña, para levantar un huerto, un corral de gallinas ponedoras y un chamizo que cobijara sus setenta y seis centímetros de estatura. Comoquiera que los miembros de la troupe sabían que el manicorto atesoraba una abultada cuenta corriente en la Caja Postal —él mismo se encargaba de pregonarlo—, solían recurrir a Pejerón en caso de apuro y aun a sabiendas de los intereses que se cobraba. Hasta el último decimal; la miniatura apuntaba las deudas con caligrafía de fraile en una cuartilla que guardaba doblada en la cartera.

Las taras físicas habían dejado de estorbarle a los quince años, desde que se fugó del hospicio, a fuerza de arrastrarlas por circos, ferias y cuantos tugurios alborozaron el triste transcurrir de la posguerra. La vida perra le había enseñado a contrarrestar la rigidez, los ojos reventones y la joroba con la mejor arma de que disponía: la inteligencia. Era vivaracho, además, y tenía la salud de un potro. Su lengua ágil escupía ponzoña a la

mínima provocación, y por ello las gentes de Lucio se acercaban al bufón con cierto recelo, como si hubiera algo siniestro en su naturaleza viscosa, en el agujón de la mirada, en el resquemor que le había reblandecido los huesos al cabo de años y crueldades.

El liliputiense formaba pareja artística con Paco Magán, un charlista aragonés de vieja estirpe farandulera que tenía la destreza de desatar la hilaridad del espectador interpretándose a sí mismo. Alto, desgarrado, con aspecto famélico y un bigotillo de alférez provisional bajo la prominente nariz, apenas tenía que abrir la boca o gesticular para que el público se desternillara. Magán era tan cachazudo como insinuaba en el escenario. El humorista y el enano recogían capazos de aplausos. Bastaba con ponerlos juntos sobre las tablas disfrazados de toreros, de baturros, de don Quijote y Sancho —la voluminosa cabeza de Pejerón le llegaba al mano a la cadera—, o dejarlos improvisar en sus respectivos acentos de origen. Donde no llegaban los ensayos —rara vez se ponían a la labor—, alcanzaban el oficio de ambos o la agudeza de Pejerón, que había desarrollado un código de señas, parecidas a las del mus, con el fin de evitar que se les quedara la mente en blanco cuando enfilaban las sartas de chascarrillos. Chistes de hembras tetudas. Chistes de gitanos y guardias civiles. Chistes de un pueblo desmayado de hambres.

En la tarde del quince de octubre de mil novecientos setenta y cinco, Pejerón y el comicastro Magán colaboraban en adecentar el local de la cámara agraria de Puertollano, donde el espectáculo vagabundo de Lucio Aguirre se estrenaba al día siguiente. Debido a sus limitaciones físicas, al enano solían encomendarle tareas de intendencia llevaderas, y en aquella ocasión le había tocado en suerte barrer la sala de juntas y disponer las sillas de tijera en ringleras más o menos rectas. Magán, entre tanto, ayudaba al utilero y a Anselmo a descargar la DKW: los baúles de mimbre, el perchero de doble barra con el vestuario de las coristas, los focos y las ristras de diablas, las cortinas de lamé dorado, los bafles y el equipo de música. Los comediantes también tuvieron que habilitar un



camerino en el despacho del secretario de la cámara, un único espacio para hombres y mujeres, todos revueltos. El encargado de la utilería, José Atienza, un antiguo legionario nacido en Coria del Río, a orillas del Guadalquivir, tenía puesto un casete de sevillanas a todo trapo para amenizar el trabajo y darse bríos.

—Baja el volumen, que me vuelves tarumba —gritó Pejerón para hacerse oír.

—Tú sigue barriendo, pituso —replicó el utilero, que atravesaba la sala cargado con una escalera de mano.

—Pare usted la jaca, compadre, no se pase de gracioso —el enano hincó la escoba en el suelo.

—Lo único que digo es que tienes mucho arte barriendo —el legionario Atienza soltó una carcajada, y la cara, renegrida de solaneras, se le cubrió de arrugas.

—Quienes tendrían que estar aquí sacando la mierda son los chuminos y no yo. ¿Dónde están ésas?

—En el comedor de la fonda. Ensayando —repuso Anselmo.

—¿Ensayando? Y mis cojones, también —espetó Pejerón—. Uno empieza a hartarse. Hasta los pelos me tienen las divinas.

—Son más flojas que un muelle de guita —añadió el sevillano.

—¿Y para qué las queremos aquí? Para enredar y atolondrarnos. Cuanto antes acabemos, más pronto nos iremos —Magán hablaba despacio, como si rumiase las palabras porque temiera atragantarse.

La tarde transcurría tranquila, entre la desgana habitual y la premura que todo debut imponía entre la soldadesca de la troupe, hasta que un accidente la trastocó cuando los muchachos se disponían a instalar en la pared del fondo la escenografía del arranque: un dúo de *El barberillo de Lavapiés* a cargo de los amos. Abrían la función Miss Delia, ataviada de maja costurera, la yeguada de chicas alrededor, con el musulmen relinchador al aire, y don Lucio, embutido en una chaquetilla torera con alamares: un pícaro derrengado, el pelo postizo recogido en una redecilla.

*Para un barbero en su oficio  
eso no trae desventaja  
que cuanto más jabón untes  
corre mejor la navaja.*

Justo cuando Anselmo y el legionario Atienza estaban desenrollando el decorado, que representaba una plaza rodeada por soportales recubiertos de hiedra, el lienzo se rajó. Un rasgón en el mismo centro de la escena que dejaba ver las venas del cañamazo.

—Mecagonlalecheputa —escupió el utilero—. Mira que eres manazas, Triana.

—Pero si has sido tú con las prisas, maricón —se defendió Anselmo.

Paquito Magán y Pejerón se acercaron para comprobar el alcance del desaguisado. Ninguno de los otros decorados que guardaban en la camioneta se avenía con el cuadro zarzuelero.

—Pues sí que la hemos hecho buena... —masculló Magán rascándose la coronilla.

—Habrà que decírselo a Lucio —Atienza se acarició la barbilla pensativo.

Anselmo se dejó caer en una de las sillas destinadas al público. Hincó los codos en los muslos y se sujetó la cabeza entre las manos. Dijo:

—El tío vinagre se va a poner hecho una fiera.

—Ve tú a decírselo, Peje —el utilero clavó sus ojos en los del enano.

—Sí, hombre, y a la vuelta lo venden tinto.

—El amo te tiene ley.

—¿Y por qué voy a cargar yo con el mochuelo? —Pejerón arrojó la escoba al suelo—. Si lo habéis roto vosotros, vosotros lo enmendáis.

—Estaba hecho cisco; se rompía con sólo mirarlo —terció Anselmo.

—Haya paz, señores, haya paz —intervino Magán—. Si compramos tela, se le puede poner un parche por debajo. Con cinta adhesiva y cola

blanca. La Amparín tiene manitas de novicia; capaz que lo apañe —el cómico aragonés se refería a la mayor de las Hermanas Luna.

El grupo resolvió tomar un trago en algún bar para envalentonarse, diseñar la estrategia adecuada y hacer una lista con los materiales necesarios para el arreglo. Alguno tendría que acercarse a hablar con las chicas para hacer una pequeña colecta, según el principio del hoy por ti, mañana por mí. Una vez más, la Compañía de Variedades Lucio Aguirre saldría del paso. Los artistas de la chapuza en el país de la improvisación.

## 6.

La herida, el doble costurón que el apósito y las vendas ocultaban, se había infectado y debían intervenirlo otra vez. Cuando los médicos se lo comunicaron, Anselmo miró con aprensión el drenaje que brotaba de la cadera de su padre, los tubos de plástico y las cuatro botellas colgadas del bastidor izquierdo de la cama. Aquellas redomas, del tamaño de naranjas, iban recogiendo un líquido turbio, del color del vino rancio, una sanguaza sin la espesura ni la brillantez de la sangre viva. Le pidieron que donara, no importaba que fuera de distinto grupo sanguíneo, porque tendrían que hacerle otra transfusión; los hospitales andan sedientos. «Tengo el cero negativo. Soy donante universal pero sólo puedo alimentarme de mi propia sangre. Doy, doy, doy. Siempre dando. Me he entregado al mundo, a pecho descubierto, sin recibir nada a cambio.»

Fue en el decimonoveno día después de la fractura cuando trasladaron de nuevo a Emilio al quirófano y confirmaron sobre la mesa de operaciones el peor de los pronósticos: el pus había anidado en torno a la prótesis y el cirujano había tenido que reseccionarla. La placa de titanio, los tejidos necróticos, las astillas del fémur y el cemento quirúrgico; todo. Descartaron la posibilidad de volver a abrirlo y someter el corazón del anciano al trallazo de una tercera anestesia. En adelante, el paciente no podría apoyar el pie en el suelo; o sea, no volvería a andar. «Como en el tango de Gardel, pero el viajero que huye tarde o temprano detiene su andar. Como en el tango.»

Tendría que agenciarse una silla de ruedas para moverlo. De la habitación al váter y del váter al televisor, porque en cuanto le dieran el alta, en un quinto sin ascensor, el único cielo de Emilio sería el que

quisiera enmarcar el tragaluz del comedor. Ni aunque Anselmo hubiese tenido treinta años menos habría podido bajarlo a cuestras por las escaleras para que le diera el sol en los bancos de la plaza. Bastante esfuerzo sería levantarlo a pulso cada vez que hubiera que lavarlo o cambiarle las sábanas. Y habría que ponerle un cojín de espuma debajo de las piernas para mantenerle los talones en alto. Los viejos encamados se llagan.

Carne y hierro no se avienen. La de Emilio rechazó el gozne incrustado en el hueso como un objeto extraño, como un tormento para una pierna que no deseaba volver a caminar, y los moros de tío Juan, los que acudían a la ortopedia cercenados de metralla, aún sentían dolor en las extremidades amputadas porque el cuerpo seguía reclamando lo que le pertenecía. Cuánta sabiduría en la carne. La carne joven es la única verdad.

Todo grupo de mortales, por reducido y doméstico que sea, tiende a consolidarse alrededor de un líder, alguien que agarra el timón, reparte juego y dosifica discordias. Pues bien, a tenor de este principio, la vedette cordobesa Maruchi del Río, que había conseguido burlar su destino de criada, remalladora del textil o acaso dependienta de grandes almacenes, al igual que las demás flores de Lucio, se había erigido en cabecilla indiscutible de la sección femenina del elenco. Con cierta ingenuidad que las cornadas y los años no habían acabado de pulir, la Del Río estaba convencida de que sólo sabían de su tropiezo los más antiguos de la familia —es decir, Pejerón, el cómico Magán, el utilero y los dueños—, con lo que subestimaba así otra de las características de cualquier agrupación humana: la complacencia en despellejar al ausente. Los compañeros se encargaban de poner en antecedentes a los recién llegados confiándoles que, en tiempos, la portavoz de las damiselas había tenido un desliz con un feriante y que la troupe de entonces, mucho más nutrida y solidaria, abrió una caja para pagarle el aborto clandestino. La comidilla también incluía que estaba enviciada con el parchís y que no entablaba partida sin que hubiera dinero de por medio. La apodaban la Emperatriz de los Seises y solían fastidiarla con chanzas porque se desvivía por jugar con las azules, el color de la Falange. Anselmo ya había tenido ocasión de contemplar con qué maestría agitaba el cubilete y desplazaba rauda las fichas sobre el tablero con el dedo índice, la uña terrenal y amenazante, como la de la abuela Constancia.

Las chicas del conjunto dedicaron la mañana del dieciséis de octubre, día del estreno en Puertollano, a planchar las capas de satén, mullir los adornos de plumas y hacer las pruebas de sonido con Miss Delia en los locales de la cámara agraria. Durante los ensayos, la dueña y el utilero convinieron prescindir de la niebla artificial en la apoteosis después de comprobar que el cuarto escogido como sala de máquinas carecía de ventilación. Sólo en ese cubículo estrecho y atiborrado de trastos y legajos, el más cercano al improvisado escenario, podía instalarse el infiernillo para calentar el caldero de agua donde el legionario Atienza habría de echar los bloques de hielo seco mientras las niñas cerraban el espectáculo con la *Estudiantina portuguesa*. Y aunque la espesa humareda blanca, que reptaba a los pies de las coristas, causaba un efecto de lo más vistoso, Miss Delia prefirió no tentar a la suerte de una eventual intoxicación por anhídrido carbónico entre el respetable. Despachadas las rutinas, los artistas almorzaron entrada la tarde y en grupos dispersos, y hasta que comenzase la actuación disponían de algún tiempo libre que cada uno decidió emplear como mejor sabía. Dos peculiaridades del errante sino de la farándula: las comidas intempestivas y las horas muertas.

A la espera de que llegase la hora de acicalarse, las cinco bailarinas estaban reunidas en el cuarto que Maruchi del Río compartía con las Hermanas Luna, quienes, si bien no eran hermanas ni guardaban parecido alguno, se acomodaron al seudónimo porque ambas habían nacido en la región valenciana y don Lucio las había contratado en el mismo paquete en un café anexo al Teatro Ruzafa. Con el propósito de reducir gastos, todos los miembros de la compañía se agrupaban en parejas más o menos estables para pernoctar, pero como sumaban un número impar, Maruchi y las Luna componían el trío del descarte y en cada destino debían sortear quién se acostaba en la turca supletoria.

—A la loba de la Delia le dio anoche un ataque cuando se enteró —

Maruchi del Río se sirvió café con leche de un termo e hizo además de ofrecer a las demás—. Los muchachos tuvieron que ir por una copa de pipermin para reanimarla.

—Ésa tiene más cuento que Calleja. Con tal de soplar... —intervino Coral, especialista en subrayar obviedades. La vedette castellana con brazos de espigadora, que escogió el nombre artístico después de contemplar por vez primera el mar a la altura de Gandía, era dueña de una voz atiplada que casaba con los números más picantes.

—Les dijo a grito pelado que habían destrozado adrede el telón de foro para fastidiarla y arruinar el estreno —la Del Río sabía de la discusión porque el enano Pejerón le había detallado los pormenores—. Y juró que se lo descontaría del sueldo. A los cuatro. Lo que costara encargar el decorado nuevo —la caporala de las vedettes apartó un rebujo de trapos y se hizo un hueco al lado de Coral sobre uno de los jergones.

—Qué poca vergüenza tiene. ¡Si era más viejo que ella! —exclamó Amparín Taroncher, la mayor de las Luna, que trataba de recoser un desgarrón en unas medias de malla. Todos los ojales y zurcidos de la compañía acababan pasando por sus manos.

—Y Lucio, ¿qué dijo? —la hermana pequeña y postiza del dúo, Josefina Blasco, ladeó la cabeza con un gesto que pretendía subrayar su interés.

—Lo que hace siempre. Se encogió de hombros y a la que pudo se escabulló... Amparín, hija, enciende un rato el calefactor, que estoy destemplada —pidió la más veterana de las coristas—. ¿Vosotras no tenéis frío?

La habitación apenas les permitía rebullirse. Las cuatro artistas, en ropas menores, saltos de cama varios y zapatillas, conversaban frente a frente, dos en cada colchón; ninguna se atrevió a sentarse en la turca por si se le doblaban las patas. La quinta mujer, Eva Morel, se había quedado al margen, silenciosa, sentada en un taburete con la espalda apoyada en la pared. Iba vestida de calle, con un jersey de perlé, vaqueros de pata de



elefante y unos zapatos de plataforma. La Morel, bautizada con el nombre de María de los Dolores Martínez en la ciudad de Cartagena, provincia de Murcia, era la más joven del ramillete y el amo la hacía salir al escenario más ligera de ropa —todo lo que la censura permitía en el año postrero de la dictadura— porque aún tenía las carnes prietas. Mientras las demás proseguían con el comadreo, la vicetiple murciana se aplicaba en la enervante labor de desenredar los flecos de los mantones con que ella y Coral acompañaban a Ricardo Triana en la coreografía del pasodoble *España cañí*. Desmayadas sobre el grifo, unas bragas recién lavadas goteaban en el lavamanos.

—Delia se está haciendo vieja —Coral, la muchacha con los brazos de amasar pan, se colocó una hebra de pelo detrás de la oreja. Un mechón rubio oxigenado.

—No digas paparruchas —Maruchi del Río tensó la voz maliciando que la corista había pretendido zaherirla. La sargentona se resistía a reconocer su edad y en esas cuestiones siempre defendía a la jefa, a la que presumía de su quinta más o menos. Había en la troupe quien apostaba por que la Del Río sobrepasaba la cincuentena, pero a ella le traían sin cuidado las murmuraciones. Estaba dispuesta a jubilarse con la gavilla de Lucio, aunque fuera de traspunte o comparsa, porque no conocía ni deseaba otra vida que aquella trashumancia atolondrada.

La palentina Coral, que había advertido cierta comezón en la capataza, trató de aventarla:

—Quiero decir que a Delia se le ha agriado el carácter.

—Nunca fue una gran artista. La Delia ni canta ni baila. Pero tenía un cuerpazo, lo movía con gracia y supo arrimarse a la sombra que más le convenía —sentenció Maruchi del Río.

—La muy gansa fuma mentolado porque dice que le suaviza la voz —la costurera Amparín, la mayor de las Hermanas Luna, siempre procuraba congraciarse con la decana y compañera de habitación, aunque con desigual fortuna.

—Lo peor del caso es que los cuatro chicos están de punta entre ellos —la Del Río trató de encauzar la conversación—. Según mi modesto entender, el legionario y Triana tendrían que haber dado un paso al frente. La culpa fue de ellos.

—El enano es un liante —dijo la cartagenera Morel estrenándose en la discusión.

—Hay que aceptarlo como es, y ya está. Desde luego, Pejerón es más listo que tú —la mayor de las vedettes no se esforzaba en ocultar la predilección que sentía por su confidente.

—A mí me parece justo que lo paguen entre los cuatro. Es más, creo que todos deberíamos colaborar —propuso la niña.

—Sí, y también les pagamos la cena —contestó airada Maruchi del Río.

—Digo yo que entre compañeros está bonito echarse una mano.

—Estás picada porque no quise colaborar en la colecta.

—Podría habernos pasado a cualquiera.

—Aún estás muy verde, maja —la Del Río se levantó de la cama y colocó los brazos en jarras—. Pero voy a explicarte por qué no quise poner un duro para la porquería de arreglo que hicieron. ¿Quieres saberlo? Pues porque yo no me deslomo en el escenario para que esos dos estén todo el santo día de guasa y con la frasca en la mano. Además, estaba cantado que la Delia descubriría el pastel tarde o temprano.

—Se hizo lo que se pudo. La tela había cogido moho.

—A mí no me la das, bonita... Yo sé bien lo que te pasa.

—¿A mí?

—Sí, a ti mismamente —la Del Río se humedeció los labios y disparó—. Andas enamoriscada del Triana, y te estás equivocando.

—¿Yo?

—Tengo un par de ojos en la cara y veo cómo le miras y cómo te las apañas para sentarte a su lado en el comedor. Ándate con tiento, nena, que una cosa es el trabajo y otra el triquitraque. Te vas a encontrar con un

grajo en la olla, y no será porque yo no te haya avisado.

—Métete en tus cosas, Maruja, que nadie te ha pedido opinión —la Morel frunció el ceño y sacó pecho—. Ricardo me parece un tipo agradable, buena persona, nada más.

—A mí plin. Luego no nos vengas con lloros.

Coral, que compartía cuarto con la más joven de las chicas y disponía de más indicios sobre sus intimidades, trató de echar tierra sobre el asunto volviendo a la realidad:

—Habría que ir tirando, vaya que se nos eche la hora encima.

Vigésima octava jornada después de la caída. Miércoles.

—¿Es usted familiar de Emilio Rodiles Algaba?

—Soy su hijo.

—Acompáñeme, si es tan amable —el hombre de la bata blanca ladeó ligeramente la cabeza indicándole que saliesen de la habitación.

Anselmo agradeció el exceso de celo, aunque parecía improbable que su padre pudiera percatarse de lo que el médico tuviera que decir. Entre los sedantes y la confusión mental en que lo había sumergido la prolongada estancia hospitalaria, los momentos de lucidez de Emilio eran ya una excepción y, cuando le sobrevenían, resultaban de una clarividencia tan hiriente que prefería ahorrárselos. Los delirios que lo asaltaban habían perdido además el sesgo de comicidad disparatada; el viejo vivía en la angustia. «Se cree que va perdiendo una timba encabronada, de las de antes, y que encima juega al fiado. Es la chaladura que más se le repite. Al rato dice que hay un hombre esperándole en el pasillo, detrás de la puerta, un matón vestido de negro. Y al día siguiente quiere salvar a Margot... La niña, la niña, que alguien me ayude a sacarla del agua.»

—Estamos haciendo todo lo posible, créame, pero los órganos de su padre ya no responden —se excusó el médico.

Anselmo se fijó en el bolsillo de la bata: doctor Velasco, bordado en azul. Cincuentón, alto, bien plantado. Un tipo seguro de sí mismo, en apariencia, con una coraza de acero entre él y la pena.

—Tiene los pulmones encharcados.

Anselmo trató en vano de borrar la sombra de perplejidad que le afloró

en el semblante.

—Para entendernos —prosiguió el internista algo incómodo—, el problema reside en que el corazón ya no le funciona bien. Se ha dilatado y no tiene fuerza suficiente para bombear la sangre a todo el cuerpo; se le queda retenida en los pulmones. Por eso le cuesta tanto respirar.

—¿Va a morirse? —creyó que no cabía otra pregunta.

El médico le colocó encima del hombro una mano que pretendía ser compasiva y asintió con la cabeza para evitar que el monosílabo definitivo le tiznara los labios.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Esta noche. Mañana. Una semana a lo sumo. Es difícil establecerlo con exactitud.

Cuando entró de nuevo en la penumbra refrigerada de la doscientos veintiséis, celebró que el hombre del brazo escayolado no hubiese regresado todavía; se lo habrían llevado a hacerle alguna prueba, dedujo. El sol de julio trataba de meter las uñas por entre los listones de la persiana, y Anselmo sintió una repentina flojera de enfrentarse al fuego que debía de estar cayendo a plomo sobre la calle. Arrimó la silla a los pies del lecho, resignado a hacerle compañía durante un rato más, aunque estuviera dormido; por lo menos, lo parecía. El viejo mantenía los párpados cerrados y respiraba con sosiego a través de una cánula en las fosas nasales conectada al manómetro de la pared. Confiaba en que no volviera a acometerle otro acceso de tos. No habría podido soportar verlo de nuevo con el rostro amoratado, sacudido de espasmos, al borde de la asfixia, mientras del fuelle exhausto de los pulmones salía un ruido de agua burbujeante, como si estuviera peleándose con el cuerpo de María y la resaca del oleaje lo fuera arrastrando mar adentro.

Por la boca entreabierta le asomaba el colmillo de la encía de abajo, el

único diente que conservaba de la felicidad carnívora, y en el dedo índice le habían colocado una pinza enchufada a un aparato que medía las pulsaciones y la saturación de oxígeno en la sangre. Apenas quedaban huellas del hombre que Emilio había sido en aquel trozo de carne. El viejo se estaba yendo. «A quién tengo que avisar yo ahora, dime. ¿Te echaste alguna novia después de mamá? Las tendrías, claro, menudo eras. Y amigos, ¿te queda alguno? En eso somos dos gotas de agua. Lo que se deja atrás no importa. *Terre brûlée*, tierra quemada.»

Entendió que el riñón tampoco filtraba. Se fijó en la bolsa de la sonda—nada, apenas un dedo de orines sucio de sangre— y en la hinchazón de los brazos, abotagados por la retención de líquidos. Tampoco las manos ni los dedos, de natural huesudos, parecían los suyos. Se atrevió a rozarle la piel blanquísima del brazo y la notó empapada. Estaba chorreando; las sábanas que lo tapaban, también. El viejo se deshacía en agua. Anselmo le colocó la palma abierta sobre la caja del pecho y percibió los latidos del corazón ensanchado. Bombeaba a la desesperada, como un caballo loco y desbocado que no supiese hacia dónde huir, qué trocha coger en la desbandada. Como si hubiese notado la leve presión sobre el tórax, Emilio despegó los párpados y le dirigió una mirada vacía, sin brillo. Tardó unos segundos en hablar:

—Esto se acaba, hijo.

Anselmo se sorprendió a sí mismo acariciándole la frente. Lo hizo con torpeza. Había perdido el hábito de la ternura, si es que alguna vez lo tuvo.

—No digas eso, hombre. Pronto saldremos de aquí.

No esperó siquiera a que la cabina del ascensor se detuviese en la planta. Anselmo bajó al trote las escaleras del hospital diciéndose que había algo de verdad en los desvaríos del viejo, que quizá no fuera un

matón vestido de negro quien lo esperaba en el pasillo, pero alguien había, desde luego, alguien que nunca yerra. «La hijadeputa dentuda, con ella te dejo.» Imaginó la calavera bajo el hábito de saco, el esqueleto apoyado en el mango de la guadaña y un reloj de arena a los pies. La Muerte glotona se olisqueaba las falanges descarnadas y no dejaba de sonreír. Era la paciencia lo que la hacía sonreír.

Afuera, en la calle, lo cegó el sol implacable. Cuando las pupilas se le acomodaron, notó que la intensa luminosidad hacía que vibraran los contornos de las cosas. Enfiló hacia la boca del metro y sintió que el alquitrán recalentado se le pegaba a las suelas. De vez en cuando, una ráfaga de aire seco le lijaba las mejillas. Parecía que el tiempo se hubiera detenido bajo una campana de cristal empañado, y había cierta ansiedad cargada de vida en la atmósfera, una extraña alegría adolescente en el calor, en los cuerpos que deambulaban por la calle buscando la sombra. No podía ser posible morir en verano, no. Aunque el verano fuera el tiempo de guadañar.

Para los desplazamientos que aderezaban sus días, la compañía de variedades se veía obligada a desperdigarse. La aristocracia viajaba en la cafetera del amo: Lucio, al volante, por supuesto, con las sempiternas gafas de sol; a su lado, Miss Delia, acicalada como para ir al despacho del notario, y en el asiento de atrás las vedettes Coral y Eva Morel, las carnes pegadas al tapizado de escay. El subgrupo más nutrido en los traslados lo componían la veterana Maruchi del Río, las levantinas Hermanas Luna, el cómico Magán y el maestro de ceremonias Roberto Kowalski. Los cinco artistas peregrinaban en transporte público, en vagones de tercera clase de Renfe, las posaderas duras, o en autobús de línea, según conviniera a la malparada economía de la troupe.

Pejerón dudaba en cada periplo. Por comodidad, prefería el coche del jefe, pero si presumía el trayecto largo y por carreteras accidentadas, se pegaba a la cuadrilla del tren o escogía la DKW del utilero. El enano recelaba que el Renault Dauphine del amo, al que se conocía entonces como el coche de las viudas, se despeñara en alguna curva cerrada por más que Lucio, antes de emprender la marcha, se demorara atestando el maletero del morro para equilibrar el reparto de pesos.

El faquir catalán era invariablemente el último en llegar a destino. Viajaba a lomos de una Vespa de segunda mano, y en las mañanas de escarcha solía colocarse un ejemplar abierto del diario *Pueblo* entre la pelliza y el pecho para prevenir resfriados. Llevaba una pequeña maleta entre la rueda de recambio y el sillín, sujeta con pulpos, donde guardaba una muda, el pijama, el neceser con los utensilios de aseo y los libros de magia donde había aprendido los misterios del oficio: las *Memorias del*



*enigmático faquir Daja-Tarto*, un señor de Cuenca que en realidad se apellidaba Tortajada, y la enciclopedia de la magia y el ilusionismo de Armenteras, de donde extrajo la técnica para atravesarse el carrillo con un estilete. El resto de sus pertenencias, los turbantes de satén, los dos esmóquines con que salía a escena y la jaula de las palomas iban en la furgoneta, bajo la custodia del legionario y Anselmo. Así, en romántica dispersión, las criaturas de Lucio atravesaban la piel de toro achicharrada. Aquélla era la poesía vivificante del viaje.

La tarde del dieciocho de octubre del año que nos ocupa, Anselmo y José Atienza, la avanzadilla de la expedición, iban solos en la DKW. Detrás, la caja atiborrada con el atrezo de la compañía; como de costumbre, habían tenido la precaución de proteger la jaula de las palomas con retazos agujereados de una colchoneta de espuma por si se desplazaba algún bulto durante el transporte. Por delante, trescientos kilómetros de parcheada carretera nacional que atravesaba La Mancha.

Una medalla de San Cristóbal, patrón de los conductores piadosos, y un banderín verdiblanco del Real Betis Balompié se bamboleaban colgados del retrovisor. Entre otros fetiches, también un adhesivo con el emblema de la Legión —alabarda, arcabuz y ballesta cruzados— decoraba la guantera. Conducía Atienza, el brazo izquierdo apoyado sobre la ventanilla abierta. Encima del pulgar de la mano derecha, demasiado aficionada a la gesticulación, un tatuaje con el número trece en cifras romanas, el de la decimotercera bandera del Tercio.

—¿Nunca te dio por volver? —cada vez que abría la boca, el utilero también acostumbraba mirar al copiloto.

—A mi hermana la tengo enterrada en Tetuán. Aparte de eso, no se me ha perdido nada por aquellas tierras —Anselmo fijó la vista en el profundo cielo manchego, que el atardecer otoñal teñía con vetas de color

azafrán.

—Tu padre era militar, ¿no? —Atienza giró de nuevo la cabeza hacia Anselmo.

—¿De dónde has sacado eso? El viejo tenía un negocio de ortopedia a medias con mi tío. A eso se dedicaban. Mi abuelo materno sí lo fue. Teniente de infantería Sebastián Marzal, caído en Chauen.

—¿Ya no te queda familia allí?

—Todos acabamos yéndonos antes o después de la desbandada. A mamá la tengo malita en Málaga y al padre en Madrid. Bueno, supongo que seguirá allí; hace años que no me hablo con él. Tío Juan murió. A los diez años de regresar a Elda —Anselmo hizo una mueca apenas perceptible; un resorte le desaconsejó destapar la caja de los sentimientos.

—Algún día tenemos que organizar un viaje, hombre —propuso el utilero—. Metemos la camioneta en el barco de Algeciras y nos damos un garbeo por el Rif. Te enseño mi antiguo cuartel en Larache, nos acercamos a Tetuán y vemos la casa donde naciste... Te quedará algún amigo, digo yo.

—Puede.

—Y luego nos bajamos hasta el desierto. El viento terroso y aquel cielo cuajado de estrellas...

—Debe de ser bonito —comentó Anselmo.

—Qué tiempos... Estábamos cruzando el paso de Edchera, en un camión cisterna cargado con cinco mil litros de combustible, cuando los moros comenzaron a dispararnos con máuseres de la guerra del catorce. Nos hicieron tres agujeros en el parabrisas, y el sargento Arango...

—Eres más cansino que mi abuela. Me lo has contado veinte veces.

A ambos lados de la carretera, apenas transitada, el paisaje mesetario

se extendía inabarcable, una inmensa planicie amarilla que se disolvía en la línea del horizonte. De vez en cuando, el campanario de una iglesia, un rebaño de ovejas o el cascabeleo de alguna chopera salpicaban de matices la monotonía cromática. A lo lejos, en la llanura sin límites, entre las ondulaciones de los labrantíos, emergió recortada en el cielo la silueta siniestra de un anuncio de Sandemán, el hombre de la capa.

El aire que penetraba por la ventanilla olía a tierra recién arada. Anselmo cerró los ojos. El mundo le pareció aún más grande en aquel confín perdido. No tenía ni idea de dónde estaba y había olvidado el nombre del pueblo adonde se dirigían. Le resultaba confortable sentirse envuelto en aquella extrañeza esponjosa, como un muñeco de serrín arrastrado a través de los afanes y los días. Lánguido, sin voluntad, aún se veía incapaz de preguntarse qué diablos hacía dando tumbos con aquella tropa desnortada. Sólo pretendía dejarse llevar, perseverar en la blandura. En lo profundo de la placidez, sin embargo, latía un pequeño lamento, un rescoldo con nombre de varón que se resistía a extinguirse.

La luz menguante, el zumbido monocorde del motor y la soledad del camino invitaban a la confidencia. Atienza soltó de nuevo la mano del volante y dio a Anselmo un leve codazo en las costillas.

—¿Te has tirado ya a la niña?

—Quia —Anselmo se sorprendió de la presteza mecánica de su respuesta. Le ayudó a enmascarar el azoramiento.

—La cartagenera está que bebe los vientos por ti... —el legionario soltó una risotada—. Oye, sólo tienes que pedírmelo. A la que tú me digas, desaparezco de la habitación y me pierdo por ahí.

—Ya se verá.

El utilero guardó silencio. Carraspeó. Se miró las entradas en el filo del retrovisor. Pasó el dorso de la mano por el parabrisas tratando en vano de limpiarlo de polvo y cadáveres de insectos. Bajó el tono de voz y susurró:

—Triana, si yo te contara algo, tú no irías rajando por ahí, ¿verdad?

—Yo no hablo más que contigo. Además, ya lo sabes.

—Te vas a caer de culo —Atienza hizo una pausa dilatada. Parecía seducirle el dominio momentáneo que ejercía sobre su interlocutor.

—A estas alturas, ya no me caigo. Casi todo me coge sentado —Anselmo se retrepó en el asiento de la furgoneta. Por si acaso, se dijo.

—Tengo un lío, ¿sabes? —el legionario se pasó la punta de la lengua por el labio superior.

—Que te aproveche —dijo Anselmo fingiendo que no le interesaba el cuento.

—Con la Delia, tú —Atienza tragó saliva y estiró el espinazo—. Gallina vieja hace buen caldo.

Sucedió un silencio cortante. El utilero lo quebró con una carcajada turbadora que le sacudió el cuerpo hacia el volante. La crispación que se le dibujó en las facciones forzó a Anselmo a acompañarle en la risa, a simular complacencia en el compadreo. Durante un segundo apenas, ambos se miraron de soslayo. Anselmo pensó en su navaja. En la hoja de acero. Y en sus dedos rebanados como rodajas de limón.

—Si Lucio se entera, se te cae el pelo —musitó Anselmo tratando de mantener la sonrisa.

—No se cosca de nada. Más te digo, si se percatara, se haría el loco. El buche lleno, manteca en el bolsillo y recrearse en las tetas de las niñas. Lo demás se la refanfinfla.

La DKW atravesó un bache que zarandeó la carga y obligó a Anselmo a asirse del agarradero.

—Lo nuestro es cosa volandera —prosiguió Atienza—. No sé cómo decirte... Cuando ella tiene ganas, me lo hace saber. Y a veces pueden pasar diez días sin que haya jodienda. Pero no veas, cuanto más peligro hay de que nos descubran, más se me encela; lo tengo estudiado. Lo hacemos cuando nos encerramos a organizar el calendario y la ruta, mientras Lucio ensaya con las niñas, cuando todos duermen, donde nos coge. Y no quieras saber cómo se mueve. La yegua quiere caballo.

Anselmo se apartó la manga y miró el reloj. Atienza lo vio por el rabillo del ojo.

—¿Qué hora es?

—Pasa un cuarto de las nueve.

—¿Tienes gazuza?

—No.

—Esta noche cenamos en vaso —el legionario desató de nuevo su risa de jabalí—. Vamos a un sitio que te gustará. Ya estamos cerca.

Los focos apenas perforaban la tupida oscuridad. Aún rodaron unos cinco kilómetros más cuando Atienza tomó un desvío, y la furgoneta y su carga comenzaron a bandear sobre lo que parecían roderas de carro. Algún matojo reseco arañó los bajos de la carrocería mientras avanzaban por el sendero. A unos doscientos metros se atisbaba el perfil de lo que semejaba una venta de carretera, con un letrero de neón centelleante en la fachada que rezaba: La Ponderosa. Aparcaron la DKW, junto a un camión y un dos caballos con matrícula de Albacete, debajo de un sombrajo con cubierta de uralita que daba a un encinar.

Entraron en la neblina rojiza del local, que aún conservaba las hechuras de antigua hostería para viajeros de comercio. Dos chicas alternaban con sendos clientes en las mesas adosadas en la pared, las mismas mesas que en otro tiempo debieron de complacer los estómagos de camioneros en ruta. Atienza, la camisa entallada y abierta hasta el ombligo, prefirió que se acomodaran en la barra cromada. Antes de que les hubieran servido los tubos de whisky, otras dos muchachas los abordaron. Media docena de mujeres debían de trabajar en el club, no más. Una flaca, con minifalda y botas altas, morena, de pómulos angulosos y escote colmado, no tardó en ocuparse con el legionario.

Anselmo apuró el trago y pidió otro. Durante tres cuartos de hora largos, esquivó como pudo el manoseo, las invitaciones a subir a los cuartos y el págame una copa, dame para la peluquería. Después, salió a la noche estrellada con las manos en los bolsillos. Abrió la puerta trasera

de la furgoneta, sacó la jaula del mago para que las palomas respiraran en el relente y se enroscó en el asiento delantero a esperar a que amaneciera.

En aquellos días de bochorno encarnizado, los actos ordinarios adquirieron una consistencia distinta. Desde que comenzó la cuenta atrás, lo cotidiano, de tan dolorosamente real, se distorsionaba, como observado a través de una lupa gigantesca. Anselmo fue a cortarse el pelo y el chasquido de las tijeras en el silencio de la barbería le sonó aterrador. Entregaba la vuelta a los clientes del garaje y notaba el canto de las monedas más grueso. Se decidía a lavar los platos acumulados en el fregadero y la espuma que rasaba la superficie del agua se le espesaba. Todas las pequeñas servidumbres le parecían falsas de tan ciertas. Enhebrar una aguja para repasar un botón. Las voces confusas del televisor en la garita del parking. Tender una lavadora —las lanzas de sol, que entraban sesgadas por la lucerna del lavabo, secaban en seguida las camisas colgadas en perchas del tendedero plegable—. La única verdad estaba en el Doce de Octubre: su padre agonizaba y, sin embargo, el tiempo se negaba a detenerse. La vida caudalosa seguía su curso y lo arrastraba río abajo.

En el trigésimo primer día después del batacazo, Emilio pareció experimentar una relativa mejoría. Fue el vecino de habitación, el hombre de la escayola, quien se encargó de hacérselo saber no bien Anselmo hubo traspasado la puerta. Eran las seis de la tarde.

—El señor Emilio está hecho un campeón.

—Vaya.

—Hoy está muy bien de aquí arriba —el informante se tocó la cabeza con la mano intacta.

Le molestó que lo dijera susurrando y en tono de confidencia, como si el estado natural de su padre fuese la chifladura y aquel individuo quisiera arrebatarse el derecho a enterarse de que al menos aquel día estaba cuerdo. Por eso, con la intención de sujetar al vecino detrás de la barrera, Anselmo afiló el sarcasmo.

—Se habrá alegrado al recordar que hoy es dieciocho de julio, aniversario del Glorioso Alzamiento Nacional —dijo.

—Será.

Se acercó al lecho y comprobó que, en efecto, el viejo tenía los ojos abiertos, muy abiertos, y que, además, cuando volvió la cabeza, pareció reconocerle.

—¿Cómo andas?

Emilio hizo una mueca de desgana.

—¿Te duele?

—No.

Una respuesta clara y cabal. La mente de Emilio estaba despejada, terriblemente lúcida, mientras su cuerpo se mantenía en la congoja: deforme de la hinchazón, húmedo de sus propios fluidos, empapado de sudor aun en la burbuja fresca del aire acondicionado. El cerebro ya no sabía distinguir el frío del calor.

Anselmo se sentó en la butaca tapizada de verde destinada a las visitas y apoyó el cogote en el respaldo, incómodo porque el viejo jugueteaba con los tubos del suero y seguía mirándole.

—Estate quieto.

Debía de ser el cansancio, las idas y venidas de la isla desierta del hospital, el tiempo tan lento y desesperado lo que avivaba el rescoldo de decepción, incluso de cierta ira, que le ardía en el fondo de las tripas. Morirse resulta más complicado de lo que parece. ¿Acaso no le había dicho el médico que nada podía hacerse? Y, entonces, si el viejo estaba



en la agonía, ¿qué significaba aquella repentina ráfaga de cordura? Puede que fuera el canto del cisne. Dicen que a los moribundos les ocurre, que se reaniman, que experimentan un fugaz bienestar, como si pretendieran despedirse, poco antes del momento definitivo. Anselmo sintió vergüenza de sí mismo.

«¿Qué haces ahí relamiéndote, *putain de merde*? Si has venido a por el viejo, llévatelo ya, que te aproveche el banquete. ¿O quieres que lo haga yo? A lo mejor es eso lo que quieres. Que coja la almohada, se la ponga en la cara y lo ahogue. ¿A qué estamos jugando? No nos tengas así, perra. Y haz el favor de dejar de sonreír.»

Tanto el faquir, nacido en San Baudilio de Llobregat y de nombre artístico Profesor Nayakán, como el Gran Kowalski, presentador argentino y maestro de ceremonias, hacían rancho aparte. Formaban el núcleo cosmopolita, erudito y más politizado de la Compañía de Variedades Lucio Aguirre, y sólo en ocasiones excepcionales se sumaban a los saraos que propiciaba la tournée. Dondequiera que arribase la partida de cómicos, Roberto Kowalski, también cantante ocasional —«la voz gaucha con su guitarra criolla», anunciaba el patrón en los programas de mano—, colgaba del tirador de la puerta un cartel, escamoteado de un hotel bueno, que ahuyentaba visitas inoportunas en varios idiomas: no molesten, *do not disturb*, *prière de ne pas déranger*. El hecho de que el showman fuera extranjero y recién llegado a la España del botijo y el biquini, su amaneramiento, el rastro de sahumerios que se olisqueaba en la habitación que compartía con el mago y el desapego de ambos excitaban las sospechas del colectivo: el marica argentino y el faquir se entendían. Encima, debían de estar afiliados al Partido Comunista en la clandestinidad, y en horas muertas sintonizaban la Pirenaica. Y puede que hicieran la güija y se comunicaran con los muertos. O quién sabe si urdían alguna conspiración contra la troupe.

Por entonces, Kowalski aún no había cumplido los cuarenta años. De ascendencia polaca —su abuelo había emigrado a Buenos Aires desde el puerto de Marsella para trabajar en los frigoríficos de la industria cárnica—, el presentador estudió teatro y cofundó una modesta compañía que pretendía revolucionar la escena y Argentina entera. Sin embargo, el regreso al poder de Perón e Isabelita, los manejos de su secretario

espiritista López Rega y la sed de sangre que inspiraba a la Alianza Anticomunista Argentina, la Triple A, le aconsejaron la huida a Madrid, adonde había llegado hacía un año y medio, a principios de mil novecientos setenta y cuatro. Mientras aguardaba un escenario acorde con su talento, Kowalski consideró más seguro el anonimato errante por la provincia, enmascarado en el cortejo de don Lucio.

Sólo el ilusionista catalán sabía de las cuitas políticas de Kowalski. Jaime Saumell Roca, hijo de perdedores, de mecánico soldador y costurera, se había forjado a sí mismo en la lectura omnívora, desde *Las Confesiones* de San Agustín hasta las novelitas del oeste de Silver Kane, y fue en aquellos silencios librescos donde congenió con el argentino. Cuarentón y de talante reservado, Saumell tenía un rostro anguloso que, oportunamente oscurecido con maquillaje de barra, adquiría cierto aspecto oriental, rematado por el turbante en la cabeza y la perilla afilada con laca. No fumaba, apenas probaba el vino y había aprendido a templarse el umbral del dolor a base de sustos, paciencia y ejercicios respiratorios. Antes de la función, detrás de un biombo que el utilero le colocaba ex profeso en un rincón del camerino, el faquir Saumell se bebía una disolución de cal y masticaba paciente barras de tiza y cucharadas de serrín, regadas con generosos vasos de agua, con el fin de recauchutarse el vientre para el banquete cortante que ingería ante el respetable: cristales machacados, pelos, clavos, trozos de papel de lija, esquirlas de loza y cuchillas de afeitar, que luego salían de su boca ensartadas en un hilo escarlata. Debido quizá a la pesadez de estómago o a su carácter melancólico, el tragasables se enzarzaba a menudo con Lucio porque el amo insistía en enturbiarle la actuación con música de fondo y alguna niña que enseñara muslo, cuando el Profesor Nayakán hacía bandera de la seriedad. En los números con fuego salía a escena con pantalón bombacho y a pecho descubierto, untado con una mezcla de polvos de azufre, azúcar, alumbre, amoníaco, esencia de romero y jugo de cebolla. Aquél, y no otro, era el misterio olfativo que impregnaba toda habitación

en que la peculiar pareja dormía.

La noche del veintiuno de octubre, mientras el grueso de la manada daba buena cuenta del menú de la fonda, Kowalski y el faquir se retiraron temprano con el pretexto de hacer el equipaje, puesto que a la mañana siguiente había que madrugar para el traslado a Villena, provincia de Alicante. El presentador argentino cenó un cuscurro y una lata de sardinas en aceite; Saumell estaba de ayuno. La víspera de cada estreno, debía purgarse con laxantes y agua de Carabaña, de suerte que su aparato digestivo quedase limpio para deglutir las punzantes meriendas que acostumbraba. Aquella penosa purificación y el continuo peregrinar al retrete, que las pensiones solían albergar en la otra punta del pasillo, sumían al mago en una espiritualidad esponjosa y taciturna.

—¿Te sentís bien? —preguntó Kowalski.

—Como el día de mi primera comunión —Saumell estaba tendido en la cama, boca arriba.

El showman buscó música pacífica en el transistor, y localizó una emisora donde cantaba Cecilia.

*Mi querida España,  
esta España mía,  
esta España nuestra.*

*De tu santa siesta  
ahora te despiertan  
versos de poetas.*

*¿Dónde están tus ojos?,  
¿dónde están tus manos?,  
¿dónde tu cabeza?*

Mientras el mago se quedaba adormilado, Kowalski se lustró los botines, guardó la americana de lentejuelas en la funda y se lavó los dientes. Luego, cobijado por la paz doméstica de la habitación, se dispuso a hojear el diario sentado en un baúl. Precisamente aquel día la prensa había comenzado a difundir una primera versión, edulcorada y escueta, de la enfermedad del Generalísimo.

—¿Estás dormido? —susurró Kowalski.

—Estoy desmayado del hambre —el faquir cambió de postura—. Me comería a mi padre guisado con patatas.

—Un cacho de fruta, un té caliente con galletitas... Mirá que sos cabeza dura. Una manzana no tendría por qué hacerte mal.

Las palomas zureaban en su jaula. El actor argentino las miró: parecían tranquilas. Con el tiempo, había aprendido a convivir con ellas y a ayudar al mago a desflecarles las plumas muertas, machacar cáscara de huevo para que no les faltase el suplemento de calcio y a pintarlas con anilinas vegetales para el truco colorista que tanto aplaudía el público. Kowalski se apartó el flequillo y continuó la lectura.

—Negro...

—Dime.

—Acá pone que Franco se agarró la gripe y que eso le jodió el corazón. Insuficiencia coronaria dice, ¿oíste?

—Yo también estoy hecho migas —respondió Saumell con un bostezo.

—Esto se acabó, hermano —Kowalski estiró los brazos y las piernas a la vez.

Al otro lado de la puerta, en el pasillo, se oyeron el taconeo decidido de Maruchi del Río y un runrún de voces femeninas. Las coristas debían de estar recogándose.

—Todo tiene su tiempo, su principio y su final.

—El qué, ¿el régimen? —se exclamó Saumell—. Ya viene siendo hora. Llevamos casi cuarenta años de matraca.

—No sólo eso, Jaime, no sólo eso...

El presentador se levantó. Arrojó el diario al suelo y se acercó a la cama donde yacía el transido mártir catalán.

—Hacé lugar —dijo.

—Oye, tú, no vayas a equivocarte conmigo —entre risas, Saumell se incorporó hincando los codos en el colchón—. Jamás tendría tratos carnales con un caballero que come bombillas.

—Salí, boludo —Kowalski empujó las rodillas del mago, se remangó el batín y se sentó en el filo del catre—. Estoy preparando un plan.

—Ahora tengo la tripa encharcada. Ya me lo contarás.

—El asunto no es urgente, pero habrá que hacer carburar el mate para que vaya madurando —Kowalski se llevó un dedo a la sien—. Vos tenés familia en Barcelona, ¿no es cierto?

—Al lado, en San Baudilio. A mi santa madre y a mi hermana Conchita.

—¿Podríamos quedarnos ahí un tiempito?

El ilusionista engurruñó el ceño.

—Bueno, eso es lo de menos —prosiguió el argentino—. Buscaremos una pensión medio berreta, que seguro saldrá por poca plata.

—¿Qué andas tramando?

—¿Es que no te das cuenta? Vos sos talentoso; yo, también. Lo mejorcito de esta troupe, aunque parezca fanfarrón. Acá estamos perdiendo el tiempo, la plata y las ganas de vivir.

—Es lo que hay, Kowalski.

—La dichosa negatividad cuadrada de los gallegos... ¡No seas derrotista! Las cosas están cambiando, y en la nueva vida no habrá lugar para Lucio. Su mundo está finiquitado, se acabó, *kaputt* —Kowalski cortó el aire con las manos—. ¿No te das cuenta? Vení conmigo a Barcelona. Están floreciendo cabarets y salas de fiestas como yuyos en el monte. Imaginá, pues, qué será cuando Franco palme y se vayan los milicos. Encontraremos un buen laburo, al lado de un empresario que sepa respetarnos y nos lleve en bandeja.

—Le he estado dando vueltas a la cabeza, no te creas.

—Me han dicho que se parece a Buenos Aires. Hasta en el clima.

—Esta vida de chamarileros no lleva a ninguna parte, puede que tengas razón. A Barcelona o a Madrid, donde se mueve la pasta.

—Entonces, qué.

—Si no tengo un duro, Kowalski —el faquir se ajustó el cordón del pijama—. Con lo que tengo ahorrado no llegamos ni a Sagunto.

—Andá, dormí un rato. Ya lo iremos resolviendo.

El artista argentino apagó la radio y la luz y se tumbó en el lecho de al lado. Cerró los ojos, pero un tropel de pensamientos le apezuña el sueño. Al rato, flotando en la oscuridad, oyó la voz de Saumell.

—Kowalski...

—¿Qué pasa, viejo?

—Que cuentas conmigo.

Consistía en un aparato cuadrado, unido al vial del suero, al que llamaban bomba de morfina y suministraba en infusión continua treinta miligramos de cloruro mórfico cada cuatro horas. El odre hinchado en que se había convertido el cuerpo de Emilio precisaba, además, veinticuatro gramos al día de Midazolam. Un mejunje analgésico para mantenerlo dormido y en calma, para acompañarlo de la mano hasta el último peldaño de la conciencia con el fin de evitarle dolor alguno. Allí abajo, en las profundidades de algodón, puede que Emilio fuera incapaz de sentir el frío mentolado que dicen que envuelve la bolsa del estómago en cuanto irrumpe en la sangre el mordisco de la morfina. Le aumentarían la dosis de forma paulatina hasta que los efectos secundarios de la droga acabaran por causarle la muerte en veinticuatro, cuarenta y ocho horas a lo sumo. El jugo extraído de las cabecitas de la adormidera lentifica todas las funciones del cuerpo, de modo que el corazón de Emilio bombearía cada vez con menos fuerza y la frecuencia respiratoria iría disminuyendo hasta que se le detuviera la musculatura pulmonar. A Anselmo no se lo explicaron así. Le advirtieron —eso sí podía recordarlo con exactitud— de que a su padre se le secaría la boca y que podía humedecérsela con gasas mojadas. Darle de beber, no; el suero lo mantenía hidratado.

Trató de reproducir en su cabeza cómo se produjo la conversación, frase por frase, pero fue incapaz, quizá porque la intensidad del contenido barrió la hojarasca de las palabras a excepción de una: muerte. Sólo pudo reconstruir el encuentro de forma aproximada.

—En vista del estado en que se encuentra su padre, el equipo considera



que se le debería aplicar la sedación terminal con morfina —el médico hizo una pausa y le esquivó la mirada desviándola hacia el fondo del pasillo blanco—. Siempre y cuando usted, como familiar más próximo, nos dé su consentimiento.

—Yo estoy en sus manos, doctor. Ustedes son los que saben.

—No se puede hacer nada más.

—Pero dígame, ¿la morfina acelera la muerte?

—No. La damos para evitar sufrimiento al paciente.

—Entonces, ¿está sufriendo ahora mismo?

—No.

Comprendió. En el fondo, se trataba de matarlo en la agonía; daba igual hacerlo por la vena que asfixiarlo con la almohada. Anselmo consentía que le arrebataran al viejo las últimas horas de vida. Pero no era ése el dilema moral que lo atormentaba. No había nada más que hacer; los médicos lo habían desahuciado y, por tanto, tenía la conciencia tranquila. Le reconcomía el peso de la responsabilidad. ¿Por qué tenía que decidir?, ¿por qué le colocaban en las manos la vida de su padre, como si él fuera un dios de pacotilla?, ¿por qué precisamente él?, ¿hasta dónde llegaba el oficio de hijo? «A la pelona dentada no se la puede retar.»

A la vuelta de los años, Anselmo recordaría aquella noche embarrada, con un regusto dulzón en la boca, de whisky revuelto con mujer. No supo explicarse entonces por qué lo hizo. Simplemente, se dejó arrastrar. Inercia o las trampas de la bebida; los dos se habían excedido con el trago. O por un sentimiento difuso de apego hacia la niña, algo pastoso que se parecía a la ternura sin llegar a serlo. Días después, cuando afloró el remordimiento, se dio cuenta de que en realidad lo habían empujado las pullas del legionario, quien seguía sin entender por qué no quiso encamarse con ninguna de las putillas y pasó la noche enroscado en el asiento de la furgoneta. Puede que fuera eso, el temor a que el utilero hubiese empezado a dudar de su hombría. De cualquier forma, lo que no habría querido que ocurriera, sucedió: Anselmo se acostó con la corista Eva Morel, la más reluciente alhaja de don Lucio, el veintinueve de octubre del año setenta y cinco en la localidad de Albos, provincia de Almería, donde la compañía de variedades acababa de cumplir contrato en la feria de ganado de Todos los Santos.

El dormitorio revelaba el desorden previo a los viajes: un rebojo de calcetines sucios, maletas despanzurradas en el suelo, zapatos y hormas desperdigados, los trastos de afeitar duplicados en la repisa del lavamanos, cascos de cerveza y un plato sucio sobre la mesa de noche que Atienza aún no había devuelto al bar. La Morel, con la frescura de sus veintipocos años, se sentó en la cama, se colocó una almohada en el

regazo y, dando palmadas sobre la colcha deslucida, invitó a Anselmo a acercarse.

Los dedos de la muchacha eran fuertes y a la vez flexibles. Le masajeaba las sienes en círculos, las bolsas bajo los ojos, el nacimiento de la nariz. Y él se dejó sumergir en las ráfagas de sueño, mezcladas con alcohol, que apenas duraban un puñado de segundos para devolverle a la superficie.

Anselmo no se detuvo a pensar en las consecuencias de lo que estaban haciendo. Obedeció a la voluptuosidad que lo alejaba de sí mismo. La ayudó a quitarse las medias. Se abrevó en su sexo con el fervor de una súplica. Le mordisqueó los pezones altivos. Le ensalivó la nuca. La penetró con los dedos. Notó una erección y la montó despacio, con cierta aprensión, porque el cuerpo que se le escurría de entre las manos, aunque joven y suave, le pareció esponjoso, demasiado mullido, y temió que aquella humedad de algas lo succionara con el ansia de un desagüe.

En el contacto físico no estaba acostumbrado a la blandura, y aunque se había acostado con otras mujeres, aquella vez notó que se estaba enterrando en la carne de la muchacha, cuyos pechos amenazaban con tragárselo, igual que lo intimidaron las tetas de su hermana Margot cuando la sorprendió medio desnuda y fumando en la habitación amarilla de Río Martín. Trató de apartar las telarañas que le ofuscaban la mente concentrándose en la mecánica del movimiento. Y cumplió. Con un placer pequeño, chato, consumido en sí mismo, pero cumplió. Gusto; nada más que eso. La vedette salió a lavarse al baño del pasillo.

Cuando la oyó regresar, sintió náuseas de estómago vacío. Anselmo prendió la luz.

—Vete a tu cuarto, anda —dijo.

—Vaya... Ahora me echas como a un perro.

—Son más de las tres —Anselmo notó que el perno de las sienes se le ceñía una vuelta más—. Atienza estará al llegar; en eso quedamos.

La Morel se fue envuelta en la toalla, despechada, con sus ropas hechas

un gurruño y apretadas contra el vientre. Los pies todavía mojados; no perdió un minuto siquiera en ponerse los zapatos.

Le entregaron el hato con las pertenencias de Emilio —las zapatillas, el albornoz con que Consuelo lo arropó cuando se lo llevaron, el reloj y el anillo de oro— y le permitieron por fin entrar en la penumbra verdosa del cuarto. Aunque la veteranía le había enseñado a templar el ánimo, la visión desde el vano de la puerta le asestó un martillazo de hielo en la nuca: el viejo yacía en la cama de siempre, despojado de tubos, catéteres y aparatos, metido en una especie de saco blanco con cremallera y una etiqueta identificativa. Le impresionó sobre todo la cabeza, vendada con gasas para mantenerle sujeta la mandíbula. Se acercó cauteloso y lo observó con detenimiento. Dicen que la muerte afila los rasgos, y confirmó la certeza en el hueso de los pómulos, en el ángulo recto de la nariz, en los dos huecos que le habían engullido los ojos. Donde palpitaba una chispa de aliento hasta hacía unos minutos, ahora sólo quedaba la cáscara vacía, la envoltura inerte, nada. Carne blanquísima, dispuesta a pudrirse.

Las enfermeras cerraron la puerta tras de sí. Por fortuna, ningún otro paciente había ingresado en la doscientos veintiséis —al hombre de la escayola lo desalojaron tan pronto como la bomba de morfina hubo entrado en la habitación— y Anselmo pudo entregarse a un recogimiento precario, pero íntimo al fin y al cabo. No quiso levantar la persiana; así estaban bien los dos, en aquella media luz acogedora. Padre e hijo, el uno al lado del otro. Callados, como lo habían estado tantas otras veces. Nunca había hablado de verdad con su padre. Ni de la muerte de María, ni de las nostalgias de Marruecos, ni de su querencia por los hombres jóvenes. Tampoco de la muerte de Nené. El tiempo atmosférico y el ritual

de las comidas habían llenado sus conversaciones.

Anselmo notó que un rasponazo desagradable le arañaba la garganta, como si las palabras silenciadas durante toda una vida se hubieran desmigajado de golpe en arenillas de vidrio. Parecía un contrasentido, pero jamás había estado tan cerca de su padre. Quiso tocarlo, y lo hizo con reparo, con temor a despertarle, igual que cuando siendo un crío reptaba hasta el sofá donde se echaba la siesta para quedarse con las monedas que se le hubieran caído del bolsillo. Le acarició la mejilla descarnada. Ya estaba rígida. Helada. Tenía el mismo tacto que una columna en un templo vacío. No se atrevió a besarlo.

Cuando escuchó que llamaban a la puerta con los nudillos, le extrañó que el tiempo hospitalario hubiese transcurrido tan deprisa por una vez: llevaba tres cuartos de hora a solas con el cadáver.

—Adelante.

Entraron dos camilleros, dos jóvenes fornidos a los que sólo el blusón blanco del uniforme atenuaba la apariencia carcelaria. Al más alto le faltaban algunos dientes y no se molestaba en disimularlo; el otro llevaba patillas de hacha y los brazos tupidos de tatuajes que intimidaban. Le desagradó que aquellos tipos fuesen a manosear el cuerpo de su padre, pero justo cuando comenzaba a justificar su aspecto por la dureza del oficio que desempeñaban, le asombraron la suavidad con que se enfundaron los guantes de látex y el respeto con que uno de los celadores lo invitó a salir de la habitación.

Aguardaba apoyado en la pared del pasillo cuando los vio salir empujando la camilla hacia la cámara frigorífica. Sólo entonces arrancó a llorar. Debajo de la sábana que cubría el bulto, se llevaban también un trozo de sí mismo, al último testigo de su infancia y el atlas de las tapas azules. «Estoy llorando porque tengo pena. Pero también lloro por mí. Hasta aquí hemos llegado, viejo. Estación término.»

La luz histérica de los fluorescentes, sujetos al techo con cadenas, confería al camerino un aire fabril que crispaba los gestos de las coristas. Aterrada por el fragor de los truenos, la vedette palentina Coral, la de los brazos de estibador, había prendido una vela en una lata de fabada vacía para invocar la protección de Santa Bárbara. Amparín Taroncher, la mayor de las Hermanas Luna, envuelta en un albornoz descolorido y la cabeza enturbantada con una toalla, canturreaba una de las melodías del espectáculo, mientras la veterana Maruchi del Río batallaba por desprenderse las pestañas postizas frente al espejo. Cada final de función, sobre todo las que la troupe ofrecía en las tardes de domingo, dejaba tras de sí un rastro de tristeza que se emboscaba insidiosa en el cansancio acumulado. Detrás de las rejillas de ventilación, la tormenta persistía en baldear calles y tejados.

—Como sigamos así, mal vamos —comentó la Taroncher.

—Sólo diez personas, que me he molestado en contarlas. Menudo chasco —la Del Río alargó el brazo, apartó los frascos que atestaban el tocador y cogió el bote comunitario de cold cream para desmaquillarse.

—Qué desastre —apostilló la valenciana Josefina Blasco. La menor de las Luna se zafó de la cabellera postiza que le atirantaba las sienes y la colocó en un portapelucas de mimbre.

—Puede que la lluvia los haya espantado —la cartagenera Eva Morel, despojada del arnés de plumas y la pedrería, correteaba en cueros por la estancia.

—Te vas a resfriar, nena... ¿Cuánta caja se habrá hecho? —preguntó Coral.

Estas aflicciones andaban desovillando las chicas del conjunto cuando, de repente, Pejerón irrumpió en el vestuario. La Morel lanzó un grito y, en un juego de brazos nerviosos, se cubrió los senos y el pubis como pudo.

—Adónde vas, sinvergüenza. Antes de entrar se llama a la puerta.

—Sí, maja, para mirarte las tetas estoy —se defendió el enano. Y tras aclararse la voz con un carraspeo, anunció—: La jefa ha convocado asamblea.

—¿Ahora? —exclamó Josefina—. Ve a decirle que estamos derrengadas, que espere a mañana. Total, qué más le dará.

—Kowalski, que sabe hablar, lo ha intentado y no hay tutía —explicó el cómico—. Reunión de pastores en cuanto estéis listas. Menead el culo.

—De la cena no habrá dicho nada, claro —la primogénita de las Luna se llevó una mano a la tripa—. Aquí la cháchara nunca falta, pero lo que se dice comer...

—El utilero ha ido a por bocadillos.

Maruchi del Río se colocó una rebeca de punto sobre los hombros e hizo un gesto al enano para que se le acercara.

—¿De qué va esto? —le susurró al oído.

—Yo no sé nada, palabra, pero la Delia tiene una cara avinagrada que asusta. Ya está en el foyer dando zancadas.

—¿Y Lucio?

—Atienza lo trae ahora en la furgoneta; aún tiene décimas —Pejerón se frotó los labios con el envés de la mano.

—Tú sabes algo y no me lo sueltas —insistió la Del Río.

—Que no, leche, que no. Si supiera algo, ¿qué ganaría callándomelo?

—Y los chicos, qué dicen.

—Amoscados, como vosotras. Como yo —Pejerón se metió las manos en los bolsillos; el pantalón de tergal le hacía brillos a la altura de las rodillas.



La asamblea general de la Compañía de Variedades Lucio Aguirre comenzó al anochecer del dos de noviembre en el teatro municipal de Bujalance, ciudad de cal y escudos, blasonada y barroca, que dista cuarenta kilómetros de Córdoba. Para la ocasión, Miss Delia se había recogido el cabello en un moño y había sacado del baúl el traje sastre de raya diplomática. Lucio, bufanda al cuello y arrebujaado en el abrigo de color mostaza, aguardaba a que su mujer comenzara la exposición sentado en la primera fila de platea. Llevaba diez días arrastrando un resfriado de pueblo en pueblo y sólo se levantaba para hacer la función; en la campiña cordobesa, sin embargo, la persistencia del temporal lo mantuvo encamado. El grueso de la troupe se acomodó en el patio de butacas, por detrás del amo. Y el utilero y Anselmo se sentaron en el proscenio, con los pies colgando.

Miss Delia había ensayado el papel. Echó la cabeza hacia atrás, prendió un cigarrillo con languidez y disparó el humo hacia las molduras del techo entornando los ojos. Con el pitillo entre los dedos, se llevó a la boca la uña del pulgar y la mordisqueó. Miró a su público, que la aguardaba expectante. La jefa cruzó los brazos sobre el pecho y, con el paquete de mentolado y el mechero bien asidos, empezó a caminar por el foro, de lado a lado del escenario, de derecha a izquierda y media vuelta. Las pantorrillas tensadas sobre los nueve centímetros de tacón.

—Las cosas no marchan bien —Miss Delia tragó saliva—. Ya lo habéis visto: sólo hemos vendido diez localidades. El mayor desastre de toda mi carrera como artista y empresaria. Fiascos como éste desmerecen el buen nombre de la compañía. Lucio y yo hemos decidido mantener la función de esta tarde porque era la última del contrato y porque la comisión de fiestas ha dado su brazo a torcer y carga con los gastos de la estancia. De otra forma, no saldrían los números. Convendréis con nosotros en que no podemos continuar así. Hay que tomar medidas.

Medidas urgentes.

Anselmo buscó las pupilas de la Morel y, cuando las atrapó, la muchacha parpadeó y apartó la vista con desdén. Mientras duró la arenga, Anselmo y la bailarina perseveraron en el juego de miradas y desaires.

—Las malas noticias se nos acumulan —Miss Delia se acercó hasta su marido y le colocó una mano sobre el hombro—. La próxima gala, en Montoro, nos contratan en el cine, sí, pero sólo quieren tres números en los intermedios para entretener al público mientras cambian las bobinas: el faquir, con las cuchillas de afeitar y el hilo; el pasodoble de *La del manojo de rosas*, con Lucio y una servidora, y cinco minutos de charlista. Nada más. Ya está apalabrado con el propietario.

—¿Y los demás? —preguntó la vedette de la Castilla profunda.

—¿Y yo? —inquirió el enano.

—Los platos rotos siempre los pagamos los mismos —dijo la Taroncher.

La madrileña Adelina Castro respiró hondo y se puso en jarras.

—Esta compañía ha sido y es vuestra familia. Lucio y yo os lo hemos dado todo. Nuestra confianza, nuestro apoyo, la mano tendida en los momentos difíciles —Miss Delia hizo una pausa calculada—. A vosotras, a las chicas, he procurado enseñaros todo lo que aprendí sobre las tablas a fuerza de sacrificios. Sin pedir nada a cambio. Sólo lealtad.

Desde su posición privilegiada sobre el escenario, la mirada de Anselmo abarcó la tripulación de la barcaza que cabeceaba sobre la marejada. El lenitivo que estaba ungiendo la patrona, lejos de aplacar los ánimos de la concurrencia, parecía soliviantarlos con guindilla molida. El profesor Nayakán, que vestido de calle tenía un aspecto tristón, se retrepó incómodo en el asiento.

El legionario se inclinó hacia la oreja de Anselmo y musitó:

—Aquí está pasando algo que se me escapa. La Delia tiene que contármelo en un aparte.

Cercado el adversario, la canzonetista lanzó la artillería pesada.

—Lucio y yo llevamos varios días hablando del asunto. Largo y tendido. Y hemos resuelto que, de ahora en adelante, descartaremos de la tournée aquellas poblaciones de menos de quince mil habitantes. Quince o diez mil, es un poner... No consiento que mis chicas tengan que vestirse en un corral como pasó en Purchena. Nunca más. Lo que pretendo decir es que hemos de apostar por la calidad, subir el listón. Quiero cambiar los números, del primero al último, darles la vuelta como un calcetín. Y os aseguro que vamos a matarnos ensayando, todos los santos días —Miss Delia subió el tono, mientras remachaba la perorata con las aspas de los brazos—. A esta compañía no la va a reconocer ni su padre. Se acabó la siesta, señores, se acabó la vida regalada. Si no cambiamos el paso, nos vamos a hacer puñetas. Quiero escenografía nueva, música nueva, vestuario nuevo. Y para eso tenemos que apretarnos el cinturón —la oradora volvió a emplear el recurso enfático del silencio—. Con todo el dolor de mi alma, os adelanto que hasta que acabe la temporada, después de Reyes, cobraréis la mitad del salario. Cuanto recaudemos hasta entonces será para mejorar el espectáculo. Es por el bien de todos. Lo que os estoy pidiendo, creedme, no es plato de gusto.

La propuesta del ama levantó una polvareda de murmullos en el patio de butacas. Lucio, inquieto, descruzó las piernas y se acarició el codo; lo sentía helado, entumecido, a merced de la inquina de sus empleados. Magán concitó la atención de los presentes al levantar la mano, sobre todo la de Pejerón, que se quedó mirando a su pareja artística con ojos ratoneros: el maño nunca se significaba en las reuniones.

—Mi madre es viuda y no tiene más hijos que yo —desde su altura desmadejada, Magán hablaba con las manos entrelazadas sobre la portañuela del pantalón—. Cada uno sabrá sus cosas, pero yo a mi madre le giro parte de lo que gano.

—Paquito, hijo, estamos hablando de un par de meses —Miss Delia utilizó la maternidad impostada con maestría dialéctica—. Antes de que os deis cuenta habrá pasado el temporal. No te achiques, hombre. De

peores hemos salido. Tú, que tienes callo, recordarás lo que era trajinar por esos caminos de mala muerte acabada la guerra.

—Pero yo a mi madre qué le digo.

—Algo tendrás ahorrado... Si la compañía os pone la cama y el condumio, dime tú dónde echáis el dinero. No lo entiendo.

—Y la cuota del Montepío, ¿quién nos la paga? —terció Josefina Blasco, la pequeña de las Luna.

En un arrebato, Pejerón se subió encima del asiento. Tenía el aspecto de un anciano que hubiera rejuvenecido de súbito por la ilusión de satisfacer una rancia venganza, e inspirado por la rabia y el desamparo se arrancó a recitar un soneto de Quevedo con grandes aspavientos:

*Miré los muros de la patria mía,  
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,  
de la carrera de la edad cansados,  
por quien caduca ya su valentía...*

—¡Basta, basta! —la jefa interrumpió la declamación y el tímido coro de risas que el enano había despertado—. No me hace ninguna gracia, Pejerón. Estoy hablando muy en serio.

Maruchi del Río, flanqueada por las Luna, alzó el brazo dispuesta a entrar en la brega, pero a diferencia del cómico Magán no se levantó del asiento. La cordobesa habló con el mentón engallado:

—Pasados esos dos meses, o los que sean, porque vete a saber cuántos serán, ¿quién nos garantiza que pagaréis los atrasos? Porque los pagaréis, supongo.

La intervención de la capitana de las vedettes hizo que el amo se irguiera, girara el cuello y anunciase con voz solemne:

—Tenéis mi palabra, la mía y la de Delia, de que se os compensará el esfuerzo.

Aquella reunión se prolongó durante veinte minutos más, en los que salieron a relucir papeles firmados, una eventual visita al notario y algún amago de deserción que Miss Delia, ancho el carmín de la sonrisa, despachó sacando a relucir puertas abiertas y puentes de plata.

La gallofa de cómicos abandonó el teatro en pequeños bandos discordantes, peculiaridad inherente a su naturaleza mercenaria. Anselmo se quedó rezagado. Iba mascando la desazón de tener que exprimir el billetero y cierta pesadumbre después de que la Morel se le hubiese escurrido entre las sombras con la sinuosidad de una anguila. Caminaba el último, por detrás del Gran Kowalski y el Profesor Nayakán, y sin quererlo atrapó un retazo de conversación.

—Che, llegó el momento —dijo Kowalski.

—Ahora me hablas con el calentón, Roberto —el faquir se ajustó el pañuelo que llevaba anudado al cuello para protegerse la faringe—. Hemos de actuar con cautela. Por lo menos, aquí estamos comidos y bebidos.

—Para lo que comés vos, piedras y clavos, qué te importa —rió el presentador argentino—. Hagámosla corta y actuemos.

Cuando los empleados de la funeraria le devolvieron el encendedor de mecha que habían encontrado en uno de los bolsillos de la americana, pensó que tal vez habría sido preferible amortajarlo con un sudario. La elección de pormenores insustanciales y el papeleo del sepelio — descubrió que su padre lo había incluido en la póliza de decesos— sumieron a Anselmo en un estado de torpor, como si le hubieran hundido los sesos en cloroformo, que le impidió darse cuenta de que el traje de lanilla gris marengo, el más decente que colgaba en el armario, tenía un aspecto ridículo y pobretón. Metido en el ataúd, parecía que solapas y hombreras, de tan exageradas, hubiesen chupado la cabeza de Emilio hasta encogerla. «Míralo, se le ha puesto cara de remendón para irse a la tumba —se dijo—. Las bolsas debajo de los ojos, las aletas de la nariz ensanchadas, el arco de la boca hacia abajo, como un perro pachón. Cuánto llego a parecerme al condenado. También yo me moriré solo y con esa jeta de ya qué más da. El viejo se había callado que me estaba pagando los muertos, y si la diñara ahora mismo, los del seguro me colocarían en una caja igualita, modelo Vega la llaman en el catálogo, de contrachapado y cantos redondeados, tapizada por dentro con raso blanco». La alianza de viudo, con cuyo borde se levantaba la cutícula de las uñas, decidió dejársela en el anular. Recordó que en tiempos, cuando aún se valía, también solía remeterse el billete del autobús doblado entre el metal y la carne para no extraviarlo.

Anselmo observaba el rostro de su padre a través de una mampara de cristal. La intensa refrigeración del tanatorio empañaba el vidrio, y a medida que se acercaba la hora de la ceremonia, el tul de vaho fue

espesándose hasta que escarchó la visión del féretro y las flores. En el fondo, la muerte debe de ser eso: quedarse atrapado al otro lado del hielo.

Tía Mavi, que no se había atrevido a desplazarse desde Málaga para el entierro, envió una corona de rosas y crisantemos blancos con un lazo morado y la frase «tu familia no te olvida» estampada en letras doradas. «Nos ha jodido, ¡si ya sólo quedamos ella y yo! Encima, tía Mavi y el viejo estuvieron de punta toda la vida. Qué bien se nos daba a todos pasar de puntillas por encima de las cosas.» Aunque hacía unos quince años que no habían vuelto a verse, el vínculo familiar sobrevivía con una llamada al año, por Navidades, que indefectiblemente efectuaba la tía soltera. Cada vez más vieja y sola en aquella mazmorra atestada de muebles y amargura, ¿quién iba a avisarle el día en que falleciera?, ¿habría dejado instrucciones a alguna vecina? Anselmo prefirió pensar en otra cosa. Tenía la impresión de que había jugado a la gallina ciega con la muerte desde siempre. Quizá por ello se presentó sin avisar en el piso de Moreno Monroy cuando Nené llevaba ya un mes largo muerta y sepultada. A tía Mavi le costó perdonárselo.

—¿Dónde te habías metido? Una porrada de semanas sin dar razón sabiendo que estaba enferma. ¿Cómo has podido, sinvergüenza? Con lo que tu madre te quería.

Pobre tía Mavi. Sólo encontró limaduras de alegría en el piano vertical y en los tragos a escondidas de pedrojiménez.

—Te acompaño en el sentimiento.

Consuelo llegó al velatorio acompañada por un par de vecinos más de la escalera. También se acercaron un conocido de Emilio del centro de ancianos, al que tuvo que acompañar su hija; Jacobo, el dueño del bar donde llenaban las fiambreras, y Manolo, en representación de los compañeros del parking. Nadie más. Un funeral de gentes arrumbadas.

El capellán escogió para el servicio unos versículos de Ezequiel, 18.

—Me fue dirigida la palabra de Yahvé y me dijo: ¿Por qué andáis reprobando este proverbio en la tierra de Israel y decís: los padres

comieron el agraz y los hijos tienen la dentura? Por mi vida, oráculo del Señor Yahvé, que no habréis de repetir más este proverbio en Israel. Mirad, todas las vidas son mías; la vida del padre lo mismo que la del hijo mías son. El que peque es quien morirá.

Aunque la atención le pajareaba y le costaba detenerla, a Anselmo le asombró que el sermón hablara de padres e hijos. Y sobre todo, del sabor áspero de las uvas amargas.

—El hijo no cargará con la culpa de su padre, ni el padre con la culpa de su hijo.

Al decidir la lectura de aquellos precisos fragmentos, parecía que el cura hubiese hurgado en el último pliegue de su ser y hubiera olisqueado en el desván de la memoria fermentada el rastro que dejaron el desamor y los temores de la infancia. No, Anselmo no podía culpar al viejo del hombre en que se había convertido. Él mismo era el responsable. Tenía que ser capaz de perdonarlo. Necesitaba transitar el último trecho del camino ligero de equipaje. Eso creía.



El presentador Kowalski y el mago catalán apretaron el paso en la negrura hasta que los perdió de vista. Cabizbajo y con el cuerpo arrecido, Anselmo caminaba bajo los aleros de los tejados sorteando las gotas que caían de cuando en cuando desde los canalones de hojalata. La humedad le obligó a subirse el cuello de la gabardina. Regresaba al hostel con una desgana infinita y el ánimo desabrido, royendo la desazón de haberse equivocado otra vez. *Encore une fois*. No tenía en quién confiar, ni siquiera en sí mismo. La soflama de la jefa después de la función le hacía presagiar lo peor, y aunque le traía sin cuidado que Miss Delia, Lucio y su circo se despeñaran quebrada abajo, lo sobrecogió un ramalazo de desposesión, el escalofrío de los desarraigados. Se sentía polizón de su propia vida, viudo ya de su juventud, incapaz de tomarse en serio. Madrid le parecía un espejismo, y el solo pensamiento de reanudar las noches de la flamenquería le asqueaba. Aún no se había recobrado para enfrentarse a lo que era; todavía no. Lucio y su panda le permitían al menos aplazar el destino, abandonarse a la pereza, dejar que los días siguieran su curso desalentado sin pensar en nada, ablandándose en la espera. Las campanas de una iglesia dieron las once con un tañido que sonó húmedo. Antes de enderezar el rumbo, además, debía ventilar otros asuntos.

La puerta estaba entreabierta.

—¿Se puede?

La vicetiple Eva Morel, tumbada sobre la cama con ropa de calle, no se

dignó contestar; estaba hojeando un ejemplar atrasado de la revista *Hola*. Su compañera de habitación, la palentina Coral, sentada en una silla de enea, se limaba las uñas bajo la luz mortecina de una lámpara de pie.

—Quería invitarte a tomar algo —balbució Anselmo—. Ha dejado de llover.

—No tengo ganas. Muchas gracias —respondió la Morel sin levantar la vista de la lectura.

—Pasa, hombre, pasa... No te quedes ahí —la vedette Coral se quitó las gafas y guardó los trebejos de la manicura en el neceser.

—Necesito hablar contigo, Lola.

—Nadie te ha dado permiso para que me llames por ese nombre —la Morel se incorporó y arrojó la revista sobre el camastro con desdén.

—No te enojas, sólo quiero decirte algo —susurró Anselmo.

—Lo tenemos todo hablado.

—Ay, hija, tampoco tienes por qué ponerte así —terció Coral interponiéndose entre los dos. Primero, miró a Anselmo de arriba abajo. Después, a su amiga. Se apartó las dos crenchas rubias detrás de las orejas y sentenció—: No sé en qué líos andáis ni quiero saberlo, pero lo que está claro es que así no podéis continuar. Hablar, tenéis que hablar. Con la que se nos viene encima, sólo falta que estéis de morros.

La Morel prefirió sentarse en los taburetes del mostrador quizá para guardar las distancias. Detrás de una vitrina pringosa reposaban sendas fuentes con la esencia gastronómica de la patria: pajaritos fritos y morcilla encebollada. Anselmo se fijó en que el camarero había dejado su reloj de pulsera en el cuello de una botella de anís Machaquito que ocupaba estratégicamente el centro de la repisa. La niña pidió un cubalibre y él un whisky con hielo, que medió al primer trago. Había un par de mesas ocupadas en el local. Hombres de campo que apuraban el

último chato de vino del primer domingo de noviembre mientras aguardaban la temporada de la aceituna.

El silencio se expandía elástico entre los dos. Anselmo carecía del coraje para quebrarlo, y la Morel pareció notarlo.

—No es menester que digas nada —la muchacha remarcó con la yema del dedo el cerco de agua que había dejado el vaso sobre la barra de zinc.

(—Debería explicarte la verdad. A ti y a mí mismo —ésas fueron las palabras que habría querido pronunciar Anselmo, pero un pellizco de angustia le atenazó la garganta.)

—Lo que más me duele es que siento afecto por ti. Te consideraba un amigo. Te abrí las puertas de mi corazón.

(—No puedo quererte, chiquilla, no puedo. No te deseo. Por la sencilla razón de que no me despiertas ternura —habría querido añadir.)

—Mejor que no me des explicaciones. Tú sabrás.

(—Las mujeres me dais miedo y las bujarronas como yo, asco. Voy buscando lo imposible.)

—Tendremos que seguir juntos y vernos todos los días, si es que no acabamos pidiendo caridad por las esquinas. Pero no puedo ser la misma que antes. Entiéndelo.

(—¿Podrías entenderme tú a mí?)

—He sido una idiota. Hasta la Del Río me lo advirtió.

(—La verdad duele.)

—Pero no te preocupes. La Morel remonta, ya lo creo. Se caerá al suelo y volverá a levantarse las veces que haga falta. Aunque no lo aparento, soy fuerte... ¿Y tú qué?, ¿a ti qué te pasa? Me sacas para hablar y ahora no dices ni pío.

—Disculpa —dijo por fin Anselmo, al tiempo que hacía un gesto en el aire para que el camarero repitiera la ronda—. No me salen las palabras.

—Ahórrate el discurso, que ya hemos tenido bastante con la Delia.

Anselmo tomó la mano de la niña entre las suyas y la acarició. Estaba fría.

—Te pido que me perdones, por favor. No me lo pongas tan difícil. Ni soy mala gente ni pretendía hacerte daño. Y no me hagas preguntas, te lo ruego. Dejémoslo así.

Anselmo mordió el borde del vaso y bebió un trago con los ojos cerrados. Habría querido ser capaz de llorar.

«Los muertos nunca se quedan en el lugar donde se los entierra. Los míos, no. Los tengo desperdigados y andan buscándose el rastro de un sitio a otro. Se esperan. Ellos sí tienen paciencia.» A la mañana siguiente del entierro, después del Orfidal, Anselmo despertó desconcertado, con la sensación agridulce de haber vuelto a soñar con su hermana muerta después de tantos años. A decir verdad, se trataba del rostro adolescente de María, pero las hechuras, aupadas en unos zapatos de tacón rojos, no le pertenecían. La mujer del sueño tenía las carnes de hembra madura y los muslos embutidos en unas medias de rejilla cuyos hilos entrecruzados le dibujaban escamas en la piel. Se había depilado las cejas, hasta el último pelo, y en su lugar dos arcos pintados con lápiz marrón la hacían mirar con espanto. Las tetas, hechas de masa cruda, le habían crecido tanto que rebosaban la cazoleta del corsé, también rojo, y la blonda de las bragas transparentaba el vello púbico. Entre las manos, enfundadas en guantes de satén hasta más arriba del codo, como los de Rita Hayworth en la película, sostenía una damajuana de vidrio con agua dentro y un pez rojo que le recordó a las carpas que nadaban en el surtidor del patio. Estaba sentada en la escalinata de una vieja quinta donde la maleza se había apoderado de la balaustrada y los huecos de las ventanas. La mujer parecía ansiosa, como si llevara una eternidad esperándolo: «Soy Margot, ¿no te acuerdas?», dijo. Le estremeció escuchar la voz vívida de su hermana, el timbre exacto. Por desgracia, la aparición no pronunció ni una palabra más.

Le extrañó ensoñarla disfrazada de cabaretera, de aquella guisa tan vulgar, porque siempre que pensaba en Margot la recordaba con el traje

que había estrenado en la fiesta de los Jardines de la Hípica, de color marfil y el escote orillado de flores, el mismo vestido de princesa con que lo sorprendió en la zahúrda de la azotea con Abdellah. Incluso, cuando su imaginación trataba de reconstruir la tragedia en la playa, Anselmo la vislumbraba envuelta en la organza apolillada, zafándose de los tules que se habían enredado entre los matojos de algas y la retenían en el fondo del agua oscura.

Anselmo no reconoció la mansión ruinoso del sueño, con la techumbre arrancada por el viento. Ni era el galpón de la ortopedia, ni la casa de la travesía de la Suica, ni la de Río Martín, ni alguna en las que hubiera podido habitar. Puede que el caserón destartado representara el cementerio de Tetuán; Anselmo se había enterado no hacía mucho de que estaba dejado al abandono; después de la independencia, nadie se preocupaba por adecentarlo, se acumulaban las basuras, los hierbajos crecían entre las tumbas y algunos columbarios se habían venido abajo por las humedades y la intemperie. El sector militar del camposanto, en cambio, lo encalaban cada tanto y plantaban flores en los parterres. «María, mi niña Margot, ha salido de la caja blanca y el nicho para buscar al viejo y llevárselo consigo, para que no se sintiera desamparado la primera noche. Los dos tienen mucho de que hablar.»

—Cuánto nos honra con su visita, caballero —exclamó Pejerón haciendo una reverencia teatral—. Sea usted bienvenido a la madriguera de los caricatos y considérela su casa hasta el domingo, día del Señor en que los titiriteros volveremos a la carretera. Adelante, por favor.

—Gracias —Anselmo entró en la habitación despacio. La retranca del enano le hizo sentirse ridículo por haberse precipitado en arreglarse para la función, pantalón negro y blusa de lunares con mangas abullonadas. Pejerón debió de notarle conturbado.

—¿Ya te has puesto el traje de faena? Pero si aún faltan dos horas —el liliputiense trepó a una silla y, una vez acomodado, dio una chupada golosa a la faria. Vestía un cuello de cisne que le resaltaba la giba.

—Qué hay —dijo Paquito Magán girando el cuello de garza sobre el hombro para saludar al recién llegado. El maño estaba llenando un cacillo de agua en el lavamanos.

Anselmo escogió el catre arrumbado contra la pared para sentarse y, al hacerlo, tuvo que desabrocharse los botones de la cintura; había engordado por malcomer y el pantalón de talle alto para el zapateado le asesinaba la tripa. Sus ojos revolotearon por la estancia sorprendidos de la pulcritud reinante en comparación con el zurriburri de su cuarto: los dos maletones de los cómicos estaban cerrados, uno encima del otro, habían dejado los pijamas doblados sobre las almohadas y los atavíos que iban a ponerse para el espectáculo colgaban en perchas del canto de las contraventanas.

Magán echó una pastilla de caldo en el cazo y se dispuso a hervir el agua con un calentador de resistencia eléctrica. El repentino aroma de

sopa que impregnó el dormitorio reconfortó a Anselmo. Olía a hogar.

—¿Tienes hambre? —preguntó Anselmo por decir algo.

—Es la costumbre. Me templa el cuerpo antes de salir. A veces le echo un puñado de fideos, según —respondió Magán removiendo la cuchara. Comía de pie, como los fugitivos, pensó Anselmo. Cuando le venía en gana y de pie, igual que su padre.

—A ver cómo se nos da hoy —Anselmo miró de soslayo al enano temiendo que un movimiento en falso le arruinase la operación.

—Los miércoles son mal día —Pejerón se quitó una hebra de tabaco de entre los dientes con la uña del meñique—. Le dije a la Delia que esperara al viernes para el arranque, pero no quiso escucharme. Lo mismo que la mula del tío Cirilo: cuanto más vieja, más porfiada.

—Pues el legionario aún anda pregonando el pescado por los altavoces. Lleva desde las tres dando vueltas por el pueblo con la furgoneta. Aunque sólo sea por la murga, es de esperar que la gente se anime a venir —Magán se remangó el jersey de rombos, que le apretaba la caja del pecho.

—Vamos de capa caída —suspiró Anselmo con la esperanza de que la mulletilla le allanase el camino.

—Las cosas van como siempre han ido, ni más ni menos —Pejerón posó los zapatos de hospiciano en el travesaño de la silla—. Lo que ocurre es que la Delia y Lucio están a matar.

—Se manejan a la greña desde que los conocemos —dijo Magán—. Ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio, pero que a nadie se le ocurra hablar mal del consorte en presencia del otro —Magán apoyó las nalgas en el alféizar de la ventana. Con una mano sostenía el mango del cazo; con la otra, la cuchara. La boca de la camiseta le abultaba debajo del suéter.

—Últimamente van a bronca diaria. Lucio lleva días sin catar hembra y se le ha puesto cara de penitente —comentó Pejerón.

—¿Qué sabrás tú? —rezongó Magán.

—Lo que me falta en centímetros, me sobra de pesquis. Bien que lo



sabes.

La conversación se le estaba escapando de las manos. Anselmo hizo crujir sus nudillos. Había cavilado la estrategia durante días antes de decidirse y ahora, sentado en la habitación de los ases de la hilaridad, una desmaña de colegiala le impedía abordar el asunto. Se mordió el labio para envalentonarse. El jorobado, que pareció adivinarle la tormenta que le arreciaba en la cabeza, se le adelantó:

—Bueno, tú dirás a qué has venido.

—Nos conocemos de hace poco —la voz de Anselmo sonó trémula—. Pero soy un tío de ley.

—No lo pongo en duda —los ojos de Pejerón centellearon con un brillo maligno.

—Verás, el otro día, después del sermón en el teatro de Bujalance...

—... los Aguirre pagan, siempre lo hacen. Puedes estar tranquilo —le interrumpió el enano.

—He estado pensando que quizá, de aquí a unos meses, cuando acabemos la gira, pasadas las Navidades...

—Al grano.

—Necesito pedirte un favor —Anselmo fijó la vista en la boca de Pejerón, que mordisqueaba la punta del puro con dientecillos perversos.

—Pues claro, faltaría más. Los miembros de esta compañía hemos aprendido a ayudarnos los unos a los otros en mitad del pedregal. Tantos caminos, ay, tantas desventuras compartidas... Paquito, anda, trae el chinchón, que se conversa mejor con un trago en la mano.

Magán obedeció solícito. Arrimó la mesita de noche a los pies del enano, sacó del armario empotrado la botella y dos tazas de loza y, para agasajar a la visita, fregó con las manos de panadero el vaso de duralex que custodiaba dos cepillos de dientes desmochados en la repisa del lavamanos.

Anselmo miró las punteras remendadas del enano y comprendió al instante que el gorgojo se deleitaba en el juego de la dominación. Debía

proceder con rapidez. Bebió un sorbo aprensivo de licor y disparó a bocajarro.

—Pejerón, ¿tú me prestarías mil duros? —el aguardiente y la osadía le abrasaron la lengua.

El bufón descorchó una carcajada hueca y, mirando a Magán, dijo:

—¿Tú también me pides dinero?

—¿Qué quieres decir? —Anselmo trató de disimular su incomodidad.

—El argentino y el faquir vinieron a verme anteayer —Pejerón tragó un buche de licor y chasqueó la lengua—. Las ratas empiezan a abandonar el barco.

—¿Quién ha hablado de irse?

—No hace falta que me expliquéis nada, que tonto no soy. Por lo visto, os habéis creído que soy el Banco de España.

—Disculpa, si hubiera sabido que esos dos... —Anselmo hizo ademán de levantarse.

—Siéntate, Triana, no te vayas todavía —Pejerón abrió los brazos en cruz—. Te digo lo mismito que les dije a ellos: las puertas no las cierro jamás. En esta vida, todo es negociable... Mil duros nada menos. ¿Adónde quieres ir?, ¿a París?, ¿al Folies Bergère?

—Estoy lampando. Necesito el dinero.

—Si no es menester que me cuentes... Pero el utilero Atienza, con quien tan buenas migas haces, te habrá dicho que cobro un pequeño porcentaje por el servicio. Y tendrás que firmarme un pagaré.

—Tengo palabra —Anselmo apoyó las manos en el colchón y echó la espalda hacia atrás. Notó que le faltaba el aire.

—Mira, sólo puedo prestarte cuatro mil pesetas —el enano miró a su compinche Magán, que se había sentado en el suelo, la espalda contra la pared.

—Está bien.

—A cambio, deberías hacer algo por mí.

—Dime.

—Ahora que te has cansado de tu amiguita Morel, podrías convencerla para que fuera un poco más cariñosa conmigo. Soy hombre agradecido —Pejerón se limpió las comisuras de los labios con la mano.

—¿Qué tiene que ver ella con esto? Tú estás mochaes —Anselmo se levantó airado.

—A esa niña le gusta enseñar las tetas y mira a los machos con ojillos engolosinados, que yo la he oído —a Pejerón le temblaron las aletas de la nariz—. Estoy seguro de que es una muchacha inteligente.

—Olvídate del trato, de mí y de que estuve aquí —Anselmo agarró el pomo de la puerta.

—Piénsatelo —el enano bajó al suelo de un salto.

El portazo retumbó en el pasillo. Eran las seis de la tarde del cinco de noviembre de mil novecientos setenta y cinco. En un rato, la Compañía de Variedades Lucio Aguirre debutaba en el casino cultural de Cabeza del Buey, provincia de Badajoz, cuna de aguerridos conquistadores.

Le llevó cerca de un mes atreverse a hacerlo porque los objetos insistían en reclamar la presencia de Emilio —el bastón del que renegaba, el mando a distancia apañado con cinta aislante, la taza donde se migaba la leche—, pero cuando al fin reunió los arrestos suficientes, se propuso despachar el trámite en un solo día, que coincidió con el primer domingo de septiembre. Comenzó por el cajón de las pastillas, sin miramientos. Lo echó todo a puñados dentro de una bolsa de basura, de las negras y reforzadas, aunque luego, cuando ya la tenía atada con doble nudo, se arrepintió de no haber aprovechado el protector de estómago y los gelocatiles.

Le costó entrar en la habitación. «Para meterme en la guarida del lobo me tomé un culo de ginebra. En ayunas. Y los vi nada más prender la luz. El viejo sólo tenía dos pares de zapatos, y aquél era el que más usaba.» Estaban alineados debajo de la mesa de noche y aún tenían los contrafuertes del talón deformados a pesar de que Consuelo había tratado de enderezarlos metiéndoles papel de periódico. Como Emilio se rebelaba contra los pañales, un intenso tufo a orines lo abofeteó al inclinarse para introducirlos en la misma bolsa de los medicamentos, junto con la alfombrilla enrollada. Anselmo se deshizo de ellos con un pellizco de angustia en la boca del estómago. Le pareció que los zapatos vacíos son la misma representación de la muerte, aunque en verdad permanecen impregnados de la esencia del que se fue más que ninguna otra prenda. «Los de Margot se ataban al tobillo con un corchete disimulado detrás de un botón de nácar —recordó—. Dijeron que los encontraron en la marisma, medio escondidos entre las ramas de una jara,

la tarde del mismo día en que se fue».

El contenido de la cómoda —los calzoncillos con las gomas dadas de sí, las camisetas, los pañuelos de sonarse y el atadizo de calcetines— ocupó otras dos bolsas industriales, con las que completó el primer viaje al contenedor. El pijama que le había regalado en uno de los últimos cumpleaños, todavía sin estrenar, lo dejó sobre la acera, en la caja, bien a la vista para facilitar la faena a los mendigos del gancho. Podía haberse acercado hasta la puerta de la parroquia, pero le dio vergüenza de que lo sorprendieran en el abandono furtivo quienes salían de misa.

La llave del armario barrigudo, al que temía por sus proporciones, cedió con un lamento de goznes y, de inmediato, al abrir las dos puertas, le asaltó el olor de su padre reconcentrado, una mezcla de sebo y mejunje químico, como de loción insecticida. Un olor tan real que lo sobrecogió. Parecía que el viejo acabara de salir del cuarto y que hubiera esparcido su estela por el piso arrastrando los pies.

El destino de las camisas lo ventiló rápido por inservibles: casi todas tenían el cuello raído y el color ratonero que coge el blanco empercudido; algunas, las de manga larga, llevaban las iniciales E. R. bordadas en el bolsillo, de los tiempos en que Emilio todavía era el señor Rodiles. Otro tanto hizo con los pantalones de tergal gris, las dos americanas y las corbatas que colgaban de una cinta elástica clavada con dos chinchetas en el envés de la puerta. Todo fuera. El abrigo de paño le hizo dudar; se lo probó en la mañana de calor y se miró de perfil en la luna del armario. Tendría que llevarlo a la tintorería para que mataran la peste a naftalina.

En la primera repisa encontró una tartera —atesoraba calderilla de Franco junto con monedas de céntimo de euro repartidas en bolsitas de a cien— y un sobre grande con membrete. Las gentes suelen guardar las fotografías en álbumes ordenados o en viejas cajas de zapatos, pero a Emilio le bastaba con un sobre de la notaría para sus recuerdos familiares. Anselmo las volcó sobre la colcha y se sentó a mirarlas; habría una veintena, no más. Montado sobre cartón con paspartú, un

óvalo de color sepia desvaído mostraba a un caballero bigotudo de pie, con el brazo apoyado sobre un balaústre de escayola, junto a una señora menuda y nerviosa que posaba sentada en un diván con el espinazo muy tieso; aquellos dos seres de otro tiempo debían de ser sus abuelos paternos.

De los años en Marruecos, había fotos de una merienda en el patio con los vecinos del barrio, de una tarde en la playa junto a la caseta de aviación, de Margot en el colegio de las monjas, y una suya, en blanco y negro también, en la que aparecía acodado sobre un pupitre con tintero y al fondo el mapa de España y sus posesiones en África. En otra, Nené y Emilio, jovencísimos, paseaban cogidos del brazo por el tontódromo de Tetuán, ella radiante, la cabeza ligeramente echada hacia atrás; él, con la gabardina volandera colocada sobre los hombros con estudiado desaliño.

A la mujer de la fotografía coloreada no la conocía. Un retrato de estudio, sólo del busto con los hombros desnudos, de los que solían hacerse las enamoradas de los años sesenta. La joven, con pestañas postizas y un trazo perfecto de eyeliner sobre el contorno de los párpados, tenía un poso de languidez en la mirada, acaso porque el fotógrafo la habría obligado a desviar la vista del objetivo y suspenderla en el vacío. Una belleza morena, de rasgos elegantes, un poco triste. «Don Emilio también tenía el morro fino.»

Para alcanzar el asa de la maleta que reposaba en la última balda tuvo que ir por el taburete. Fue al soltarla sobre la cama cuando lo abrumó la certeza: aquella valija, estaba seguro, los acompañó a él y a Nené en el paquebote que los extirpó para siempre de Marruecos cincuenta años atrás. La vieja maleta de cuero, arañada por el uso, con remaches y refuerzos en los cuatro cantos. ¿Cómo diablos había llegado hasta la buhardilla de Tirso?

Abrió los dos cierres metálicos con premura. Lo primero que emergió fue una bolsa de algodón, colocada de través y que por el tacto contenía un objeto duro y alargado. El corazón se le encogió al extraer de la funda

el aparato ortopédico con que Nené se protegía la pierna carcomida por la polio. La férula de mamá. El sonido de sus pasos en las baldosas recalentadas del patio. No había vuelto a pensar en aquel instrumento de tortura, como si las tablillas de aluminio y las cinchas de cuero hubieran debido desintegrarse en átomos lo mismo que ella dentro del nicho. Apretó la prótesis contra su pecho y, al hundir la nariz en el correaje, pudo arrancarle un aroma antiguo de salitre y humedad, y aún más lejos, escondido entre la bruma de la memoria, de algo silvestre, tal vez de hierba recién segada o tortas de avena. No, no podía desprenderse de aquel despojo, aunque tuviera la misma pátina que la carne postiza del secadero.

Encontró también una pluma estilográfica con el cuerpo de ámbar, que no le avivó memoria alguna, y una caja metálica de pastillas para la tos, roída de óxido, que custodiaba, aplastada, una de las flores que adornaban el traje que la modista cosió a su hermana para la verbena de los huérfanos. Anselmo la tomó entre sus manos con el temor de que se le deshiciera en polvo como las alas de una mariposa. La tela amarilleaba. Tragó saliva. Su niña Margot, tan bella; la vio cogiéndose los bajos hilvanados del vestido para descender de la azotea a más correr.

Las cartas estaban sujetas con una goma. Cuatro sobres abiertos por el borde superior con pulcritud de abrecartas, dirigidos a Nené en Málaga, al piso de Moreno Monroy, con idéntica dirección en el remite: Juan Rodiles, plaza Castelar s/n, Elda (Alicante).

Cuatro cartas de tío Juan para mamá.

La luz limpia del mediodía y el viento que bajaba de las estribaciones de la sierra jugueteaban en las esquinas encaladas de Cabeza del Buey. Anselmo y el utilero, que regresaban de repostar gasóleo en el surtidor a las afueras del pueblo, aparcaron la furgoneta bajo el voladizo del hostal donde se alojaba la troupe, y aunque todavía era temprano, convinieron almorzar antes de que se les uniera la marabunta.

Les habían cogido la delantera. Detrás de la puerta de cristal, al fondo del restaurante, Pejerón y su pareja artística ya se nutrían con la pitanza diaria que sufragaba don Lucio. El gesto de Magán invitándolos a compartir mesa hizo que Anselmo apretara los puños dentro de los bolsillos de la gabardina.

—Qué tenemos hoy, ¿lentejas? —el legionario Atienza se frotó las manos.

—De segundo, tajadillas en adobo —Magán completó el menú.

Anselmo arrastró la silla. No tuvo más remedio que sentarse enfrente del enano.

—¿Se te ha pasado el cabreo? —Pejerón sonrió. Se había remetido un pico de la servilleta debajo del cuello cisne.

—Que te olvides de mí —sin mirarle, Anselmo volteó su vaso y el del utilero y escanció en ambos vino de la frasca. Se le había esfumado el apetito.

—No creía yo que tuvieras tan poca cuerda —dijo Pejerón cabeceando.

—La cosa es bien simple: o me prestas la pasta o no me la prestas. Tus marrullerías no me interesan.

—Cada uno tiene sus debilidades. Tú también las tendrás, ¿o no?



—¿En qué tejemanejes andáis? —Atienza, la camisa blanca remangada hasta los bíceps a pesar de que el fresco ya tenía intención, alargó el brazo y cogió una rebanada de pan.

—Tu amigo, que se lo toma todo muy a pecho —Pejerón se llevó una cucharada a la boca y apostilló—: En esta vida nada es de balde.

—¡Déjalo estar, joder! —gritó Anselmo descargando un puño sobre la mesa.

—Mira que eres chinchoso, Peje —trató de conciliar Magán—. Come, anda. Come y calla un rato.

—Te lo avisé, Triana —intervino el legionario—. Para entrar en negocios con el guiñapo este, hay que ser muy largo. Y tú no sabes gitanear.

Anselmo observó a través de los ventanales las hojas temblorosas de los plátanos y sintió de repente que el fracaso se había convertido en un mantel de hule y en una mano, la suya, que amasaba inapetente bolitas de pan, como hacía tía Vicenta en las sobremesas de los domingos. La desilusión asomaba al perchero de la pared, hecho con pezuñas de corzo. La ruina acechaba en la ardilla disecada y en el televisor que parloteaba sobre su cabeza, encima de un estante. Tenía que apearse del tren. Hablaría con Lucio y le pediría la cuenta en un par de semanas, tan pronto como la gira se acercase a la capital. La comedia bufa había terminado. El gran Ricardo Triana volvería a Madrid reptando, con los bolsillos vacíos, y si no hubiese trabajo para él entre las sobras frías del mundillo, se buscaría un empleo tranquilo. Friegaplatos, camarero, conserje, mandadero talludo en un despacho. Sin otra aspiración que el milagro de seguir vivo y el olor a hierba de los muchachos. Sí, él también tenía sus debilidades.

Las manos regordetas del enano lo estremecieron.

—¿Es cierto que las divinas ya han cobrado? —la voz de Magán arrancó a Anselmo del ensimismamiento.

—¿Mande? —Pejerón frunció la frente abombada.

—Las oí secretear ayer por la mañana, cuando ensayaban —aclaró el cómico aragonés acariciándose el nudo de la corbata—. Parecían muy contentas.

—Puede que haya algo... Lucio me comentó muy de pasada que empezaríamos a trincar después de los bolos en Cuenca —añadió Atienza—. Las niñas estarían hablando de eso, digo yo.

—La Delia no me ha dicho nada... —musitó Pejerón cabizbajo.

—Mira por dónde, no tendrás que prestarme ni un céntimo —Anselmo forzó la sonrisa; apenas había probado la comida.

La puerta del comedor se abrió y aparecieron, empujando molicie, las cinco vedettes de la compañía: Maruchi del Río, contoneándose, seguida por las Hermanas Luna, Coral, que arrastraba una cojera exagerada, y Evita Morel, que parecía arrecida de frío. Las estrellas de Lucio solían saltarse el desayuno.

—¡Ah, los frutos en sazón de nuestro huerto! —exclamó Pejerón.

—Hablando del rey de Roma... —agregó Atienza.

—Buenos días, chicos. ¿Cómo tenemos el patio? —saludó Maruchi del Río mientras el ramillete de mujeres se acomodaba en la mesa de al lado.

—Nos cogéis casi a los postres —Magán se recostó en el respaldo de la silla y miró de arriba abajo a la corista, recreándose en las caderas.

Miss Delia y Lucio no tardaron en sumarse al grupo. La conversación saltó de una mesa a otra. Vaguedades. El tobillo lastimado de Coral. La blandura del colchón. Las vinagreras. El faquir y Kowalski, que tardaban en bajar. El foco fundido. El próximo destino de la compañía. De pronto, el utilero interrumpió el mosconeo de las voces dando palmadas sobre la mesa:

—Chitón, el parte.

Arrastrando los pies, el dueño del restaurante se acercó hasta el rincón que ocupaban los cómicos, se subió a una silla y aumentó el volumen del televisor. La voz en off del locutor desgranaba las últimas incidencias en la salud del Generalísimo, al tiempo que las imágenes mostraban a una

riada de marroquíes que levantaban nubes de polvo en la grisura del desierto.

—¡Mentira, mentira! No cuentan más que mentiras —gritó el legionario Atienza—. Si Franco tuviera veinte años menos, acababa en un pispás con esta tomadura de pelo. Cojones son lo que falta aquí.

—Siéntate, hombre —le rogó Anselmo tirándole del jersey—. Nos van a llamar la atención.

—¿Tú has entendido algo de lo que han dicho?

—Tampoco estaba muy pendiente —respondió Anselmo azorado—. Haz el favor de sentarte.

—Que me dejes en paz —el utilero se dirigió a la barra y pidió al dueño una botella de Soberano.

Las chicas cuchicheaban sin atreverse a levantar la voz. Desde una mesa aparte, junto a Lucio, Miss Delia sorbía tragos de clarete con coquetería, como si degustara el más fino de los caldos. Anselmo reparó en ella: la atención de la capataza saltaba de la pantalla a la espalda del utilero, del plato de legumbres a las caras de los comensales extraños. Por la forma en que tensaba el espinazo debía de incomodarle la escena, y un manojo de arrugas finísimas le crispaba los labios. Tenía las piernas cruzadas y balanceaba un tacón en el aire. Prendió un mentolado. Anselmo cerró los ojos y trató de imaginarla cabalgando su pasión furtiva con el legionario.

—Había que matar moros para salvar España —Atienza volvió a la carga—. Eso nos dijeron.

—Vaya con lo que sale éste ahora —dijo Pejerón.

—¿Quién te ha dado vela, pendejo? Tú no sabes cuántos de los nuestros murieron en Ifni en el cincuenta y siete. ¿Sabes cuántos? ¡Yo sí lo sé porque estaba allí! —el utilero se palmeó en la caja del pecho.

—Yo me acuerdo de cómo Carmen Sevilla subió la moral a la tropa.

—Tú eres gilipollas.

—Siéntate, leche, y tómate el coñac tranquilo —insistió Anselmo.

El legionario se dejó caer sobre la silla y vertió más coñac en su copa y en la de Anselmo. Era cosa de hombres.

—Sitiados en la loma, para liberar el fuerte de Telata, los muchachos tuvieron que resistir seis días sin comida. Chupando plantas y bebiéndose los meados para sobrevivir.

—Qué barbaridad —musitó Amparín Taroncher, la mayor de las Luna.

—Y todo para qué. Para que ahora entreguemos el territorio como si no hubiera sucedido nada —el legionario apuró la copa hasta el fondo—. La gran potencia colonial...

—Y qué quieres, Atienza; este país es un paso de comedia —Anselmo bajó la voz y miró a su alrededor instintivamente, por si había orejas afiladas—. Mi tío Juan contaba que, cuando la guerra del Rif, los mandaban al frente en alpargatas de cáñamo. Y de rancho, judías agusanadas con mucho pimentón.

La sobremesa del seis de noviembre se alargó empapuzada en licor y una nostalgia roñosa. La función, como de costumbre, comenzaba a las ocho en la hermandad sindical de labradores y ganaderos.



Elda, 5 de octubre de 1957

Mi querida Elvira:

Aún no son las seis de la mañana y, aunque es domingo, me he escabullido a la tienda sólo para poder escribirte con tranquilidad. Será una estupidez, pero todavía, a estas alturas, cuando te escribo me parece que estoy contigo. Y prefiero esconderme. Ya te dije que abrimos una alpargatería en los bajos. Nada, para ir tirando. Vicenta y yo llevamos una vida pequeña.

Esta que tienes entre las manos será la última carta que te escriba, y si lo que digo suena a reproche, no hay otra razón que la torpeza de ser incapaz de expresarme con más tino. Soy lo que soy, el zapatero de la Suica.

Sucede que me duele tu silencio. Lo respeto, pero me duele muy adentro. He esperado durante más de dos años y, aunque te cueste creerlo, todos los viernes, uno detrás de otro, me alargaba como un colegial hasta la estafeta de correos con la ilusión de que al fin hubiera llegado tu respuesta. Se me hacía difícil entender que no quisieras dedicarme cuatro líneas, y en la desesperación me dije que no te entregaban mis cartas. Me parecía la única explicación posible. Incluso, me decidí a escribirle a tu madre, pero al final quemé el papel en la cocina. Para qué. No puedo culpar a doña Constancia de barrearme el paso porque quizá hayas sido tú quien ha decidido poner el punto y final. Quizá sea mejor así. Eres más

inteligente y más fuerte que yo. Las mujeres siempre sabéis lo que debe hacerse.

Si sé algo de ti es por tu hermana Mavi. Nos llamamos. Con Emilio, en cambio, habremos hablado por teléfono un par de veces en todo este tiempo, y he de decir que en las dos ocasiones fue él quien me buscó y puso la conferencia. Que estabas mejor, algo más animada, que comías. Y que Anselmo había empezado cuarto de bachillerato. Poco más. Ya sabes cómo nos manejamos mi hermano y yo. Me dio la impresión de que tampoco Emilio estaba muy al corriente de lo que hubiera en Málaga. Puede que le lastimara hablar... Cómo han pasado los años, de qué manera la vida nos ha separado a todos.

Te ruego, Elvira, me escuches por última vez. Parece que vaya a ponerme solemne y, sin embargo, no acierto con las palabras ni con lo que pretendo decirte. Debe de ser que, en realidad, me angustia cortar el hilo y dejarte volar de una vez. Puede que lo nuestro fuera una equivocación, pero las cosas son como son y no podemos enmendarlas. En cualquier caso, ten por seguro que lo que hubo entre nosotros no fue ni triste, ni sucio, ni ruin. Si me apuras, fue un pequeño milagro. Pocas gentes habrán sentido así. Hablo por mí.

A veces hago el esfuerzo de meterme dentro de tu cabeza y, en el fondo, creo entender las razones de tu silencio. Me apartas de ti porque mi nombre y mi recuerdo están unidos a la desgracia. También yo me torturé con el pensamiento de que la muerte de María había caído sobre nosotros como la espada del castigo (y perdóname por decirlo con tanta crudeza). Pero no, no puede ser verdad porque no lo merecíamos. De haber seguido creyendo en mi responsabilidad por lo que sucedió con la niña, habría tenido que colgarme con el cinto de una viga. Si te tuviera aquí, a mi lado, estoy seguro de que me replicarías que no puedo comprender el tamaño de tu dolor porque nunca tuve hijos, pero si en lo que hice, si en mi amor desesperado, hubo una astilla de culpa, te aseguro que lo he purgado con creces. Y lo más grande es que sigo creyendo en

Dios.

No voy a molestarte más. Tienes derecho a olvidar.

Sólo te pido una cosa, Elvira, y no me la niegues, por favor. Dame permiso para que te siga pensando y déjame morirme con el convencimiento de que tú también me quisiste. Necesito seguir creyéndolo. Sabes que te deseo lo mejor.

Tuyo,

Juan

Los dados del azar, su alucinada combinatoria, se conjuraron para precipitar los acontecimientos en la madrugada del veinte de noviembre, horas blancas y apresuradas en que cesó de latir el corazón de Francisco Franco Bahamonde, caudillo de España, generalísimo de los ejércitos y jefe del Estado. La histórica coyuntura sorprendió a las huestes de Lucio en la provincia de Cuenca, pernoctando en una posada de Motilla del Palancar en cuya habitación número tres el Profesor Nayakán, medio dormido con un transistor a pilas bajo la almohada, fue el primero en enterarse de la noticia. Anunció la nueva la voz del ministro León Herrera. Eran las seis y diez de la mañana.

Toc, toc, toc, toc, toc.

—Qué pasa —musitó Anselmo arrebujaado en las telarañas del sueño.

—¡Abre, Triana, abre!

Alguien estaba aporreando la puerta del cuarto. A oscuras, Anselmo tanteó con los pies el helor de las baldosas en busca de las zapatillas.

—Franco. ¡Ya se ha muerto! —dijo el tragasables, descalzo y sin más abrigo que el esquijama de franela. A su lado, Roberto Kowalski se anudaba el cinturón del batín azul, bajo cuyos faldones brotaban unas canillas lampiñas y blanquísimas.

—Joder, Saumell, qué susto me habéis dado. ¿Sabes qué hora es? Creí que se había prendido fuego o algo peor.

Bastó que el faquir arqueara la ceja izquierda para que Anselmo se rehiciera y atisbase la trascendencia del asunto. Asomó la cabeza al corredor, donde el desconcierto de los cómicos se desperezaba. El amanecer olía a zotal y sábanas remendadas.



—Seguro que suspenden el espectáculo, lo estoy viendo —Maruchi del Río acudía al intempestivo toque de diana en un vaporoso salto de cama y zapatillas a juego con pompón de plumas.

La valenciana Amparín Taroncher, la espalda apoyada contra la pared, asintió a la eventualidad de la cancelación con un cabeceo desgreñado. Josefina Blasco, su hermana pequeña y apócrifa, permanecía atrincherada en la turca supletoria, los ojos alertas y los tímpanos rendidos a los comentarios del pasillo.

—Lo que nos faltaba —Eva Morel, en negligé y alpargatas, se peinaba la melena con los dedos. Coral, su compañera de alcoba, petrificada en el vano de la puerta número dos, cruzó los brazos desnudos sobre el pecho. El mordisco de una vacuna le afeaba el mollete izquierdo.

Magán, que recorría el pasillo con la desgana de los altos, se había puesto la americana encima del pijama; calzaba chancas playeras con calcetines. Pejerón, el único entre la gavilla de artistas que ya se había vestido de calle, se aproximó al corro, decaído como un monaguillo de parroquia pobre, y anunció:

—Los Lucios no me abren la puerta.

—Déjalos dormir, ya los enteraremos luego —dijo Coral.

—Habrá que avisarlos. Tienen que hablar con el alcalde, a ver qué pasa con la función de esta noche —propuso la capitana de las cupletistas.

—Se me hace raro que no se hayan despertado con el revuelo. La Delia tiene el sueño finísimo... —los ojos del enano parpadearon nerviosos, sin hallar acomodo ni consuelo.

—Estarán chamullando intimidad —Kowalski sonrió con picardía—. El amor temprano suele ser muy agradable.

El dueño del hostel metió la llave maestra en el ojo de la cerradura y abrió la puerta del cuarto donde dormían los jefes. Anselmo se adentró

sigiloso, subió la persiana, y cuandola luz lechosa de la mañana inundó la estancia, el grupo comprobó que Lucio estaba tendido sobre el cobertor en posición decúbito lateral derecho. Sin compañía. Vestido y con los botines puestos. Un brazo le colgaba desmadejado del colchón.

Pejeron se arrimó a la cabecera.

—Lucio, Lucio... —le susurró al oído.

El amo no respondió.

—Despierta, Lucio, que ha muerto Franco —el enano posó su mano sobre el hombro y lo zarandéo.

Nada. El tenor navarro seguía rastreando las profundidades del letargo.

—¡Ay, Dios mío, él también la ha diñado! —gimió Coral llevándose las manos a la cabeza.

—Calla, boba. No digas sandeces —la reprendió el enano.

—Respirar, respira —Kowalski, junto a la almohada, se había reclinado para oír mejor el fuelle despacioso de los pulmones.

—Esto no pinta bien —Magán meneó la cabeza.

—Habrá que avisar al médico. Mande a alguien a buscarlo, haga usted el favor —dijo la Del Río dirigiéndose al dueño de la fonda. El hombre, cárdigan gris y zapatos de rejilla, observaba el folletín que la troupe escenificaba para él con una expresión entre el cansancio y el fastidio.

En los minutos que siguieron, los comediantes trastearon por el cuarto con la intención de recopilar indicios, aun cuando ninguno había podido espabilarse todavía las entendederas con un triste café. Las puertas del armario estaban de par en par. También permanecía abierto el cajón de la mesita de noche, y resultaba muy extraño. Sobre el tocador, una botella de whisky mediada, dos vasos lagrimosos y un cenicero con colillas de dos colores. Las chinelas de Miss Delia yacían desorientadas a los pies de la cama entre papeles apañuscados. El grupo sólo encontró una maleta, despanzurrada sobre la silla, con las ropas del amo revueltas. Un sutil aire de abandono empapaba las paredes, las cortinas, el escaso mobiliario, el único cuadro colgado, que representaba un tragal maduro

bajo el fulgor de un mediodía de verano.

—Y Atienza, ¿dónde anda?

La repentina intervención del faquir sacudió a Anselmo con un latigazo de electricidad desde la nuca hasta la rabadilla. Una neblina, que se le había ido espesando en la recámara de la conciencia desde el despertar, le impelió a volver corriendo a su habitación, donde confirmó la sospecha: el catre junto a la ventana estaba vacío e intacto. El utilero ni siquiera había vuelto el embozo.

El transcurso de las horas dejó tras de sí un reguero de punzantes certezas.

Que Lucio había sido tumbado por los efectos de alguna droga, quizá un somnífero, mezclada con alcohol, a juicio del facultativo del pueblo, doctor don Aquilino Bermejo.

—La muy zorrupia solía llevar una caja de Valium en el bolso. Tan seguro como que habrán de comerme los gusanos —aseguró Maruchi del Río.

Que, en efecto, el jefe del Estado había fallecido.

—... quisiera en mi último momento unir los nombres de Dios y de España y abrazaros a todos para gritar juntos por última vez, en los umbrales de mi muerte, ¡arriba España!, ¡viva España! —sollozó el presidente del Gobierno, Arias Navarro, en el televisor de la cafetería a las diez en punto de la mañana.

—No llores, reina mía.

—Tengo mucha pena. Por España. Por mí. Por la compañía. ¿Qué va a ser ahora de todos nosotros? Huérfanos, dejados de la mano de Dios —la palentina Coral se enjugó las lágrimas con un pañuelo que llevaba bordadas las iniciales P. M. en una esquina. Se lo había prestado Magán.

—Si se ha muerto en la cama, de viejo, hecho cachos —el Profesor

Nayakán acarició la mejilla de la vicetiple sin apartar la vista del receptor.

Que el comedor permanecería cerrado hasta la noche. El dueño del hostel y su señora esposa se veían obligados a abandonar el establecimiento durante unas horas con el fin de hacer acopio de víveres en previsión de los incidentes que pudiesen sobrevenir. Una muchacha de aspecto apocado, fruto tardío del matrimonio hostelero, quedaba a cargo del bar para lo que gustasen.

—Bocadillos, de lo que se les apetezca. También me quedan magdalenas y porras del desayuno.

Que el ayuntamiento de Motilla del Palancar, en connivencia con el párroco, había cancelado la actuación de la Compañía de Variedades Lucio Aguirre.

—Ni esta noche, ni mañana, ni pasado, que no hay títeres que valgan. Una semana de luto oficial. Ya han cosido un lazo negro a la bandera. La escuela y el estanco, cerrados —participó Anselmo, en quien los compañeros habían delegado la tarea de parlamentar con las fuerzas vivas de la localidad.

Y, finalmente, que Miss Delia, el legionario José Atienza, la furgoneta y los caudales de la compañía habían desaparecido. Probablemente juntos.

—¡No mientas, Lucio, no mientas! A mí no me engañas —la Del Río golpeó la mesa con ambos puños.

La blusa de color marfil iluminaba las facciones de la primera vedette, a quien favorecía el rubor del enojo. Por el escote, asomaba la blonda del sostén. Beige.

—Me cago en la pena negra, ¿cómo se te ocurre esa barbaridad?, ¿cómo puedes pensar que estoy conchabado con ellos? —Lucio, abatido, apoyó la frente sobre la palma de la mano—. El médico ha dicho que podría haberme ido al otro barrio...

—Ponte en nuestro lugar. El plan es perfecto: un poco de paripé, nos

dejas aquí plantados y en un par de días te encuentras donde sea con tu querindanga y el lejía... Por todos los santos, Amparín, deja de remover la tila. Me estás poniendo de los nervios —amonestó la abanderada de las coristas a la mayor de las Hermanas Luna, replegada sobre sí misma en una esquina de la mesa donde se desarrollaba la tertulia.

—¡Pero si me ha puesto los cuernos de un miura!

—Y tú, sin coscarte, claro. ¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta? —la Del Río se atusó los cabellos en un gesto de coquetería—. Yo no me trago que éstos improvisaran anoche la fuga. Algo verías...

—Discutíamos mucho, pero creía que Adelina me quería. A su manera, pero me quería —Lucio, acodado sobre la mesa, se acarició el nacimiento de la nariz—. Después de tantos años... Tengo la cabeza para reventar. No sé qué decirte.

—¡Nena, nena! —Anselmo llamó la atención de la hija camarera. Alzó el vaso, que contenía los restos de un whisky patrio, y señaló con el pulgar hacia Pejerón.

El enano iba por la tercera copa de chinchón. Sentado a la mesa del debate, entre Lucio, el ramillete de mujeres y la indolencia de piernas cruzadas de Anselmo, el cómico permanecía embebido en sus pensamientos. Cabizbajo, los zapatones colgantes, desamparado. Miss Delia había dejado a su edecán en la estacada.

La tarde se desgranaba contradictoria en el comedor del hostel, entre la crispación y una melancolía pastosa. En una mesa aparte, el ilusionista catalán, el presentador argentino y el cómico aragonés jugaban con garbanzos al tute subastado. Degustaban una discreta botella de vino espumoso.

—Y tú, qué —Eva Morel miró a Anselmo con ojos encendidos.

—Qué de qué.

—Dormís en la misma habitación, el cabrito se esfuma y tú ni te enteras.

—Vaya, hombre, ahora me toca a mí —dijo Anselmo sin poder

disimular cierta complicidad en el tono. Notó que la niña le lanzaba el envite para que pudiera disipar cualquier sombra de suspicacia.

—Sí, desde luego. Ésa es otra —la Del Río se llevó a los labios la taza del café con leche; dejó en el borde una huella de carmín.

—Me dijo que bajaba a la furgoneta a por no sé qué y que si quería que fuésemos luego a tomar algo. Le contesté que no, que estaba cansado, y me acosté. Hasta que vinieron aquéllos a despertarme.

—¿Y no subió luego a por sus cosas?

—No me enteré. Anoche estaba doblado.

—Se llevaría la llave del cuarto...

—Maruchi, yo qué sé —Anselmo mostró las palmas abiertas—. No me fijé si la maleta estaba en la habitación o si ya la había bajado... Seamos sensatos, si yo llego a olerme que iban a escaparse con el dinero, con un dinero que también era mío, ¿crees que me habría cruzado de brazos?

—Erais muy amiguitos. Tampoco tú sabías que él y la mala pécora...

—Yo sólo sé que a estas alturas no me fío ni de mi padre —Anselmo tragó saliva. El silencio se le confirmó como la más prudente de las virtudes.

—¿Cuánto había, Lucio? —preguntó Josefina, la menor de las Hermanas Luna.

—Había lo que había... —el amo bajó la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió suplicante la Morel, la más joven del elenco.

—Que Dios reparta suertes —la derrota sombreaba las facciones del amo.

—¿Y quién nos paga los atrasos? —preguntó Amparín Taroncher, la Luna en cuarto menguante.

Lucio arrancó a gimotear.

—Habrá que dar parte en el cuartelillo de la Guardia Civil —propuso la Del Río.

—No pienso denunciarles —sollozó el dueño de la compañía—.

Hacedlo vosotros si queréis. Quiero pasar página de todos estos años; cuanto antes, mejor. Mañana mismo me vuelvo a Madrid. Si quieres, cuento contigo, Maruchi —Lucio se recostó en el respaldo de la silla y cerró los párpados.

A eso de las diez de la noche, un rumor de cucharas desorientadas se adueñó del comedor cuando la Compañía de Variedades Lucio Aguirre comenzó a degustar el primer plato de la última cena, consistente en sopa de ajo. Mientras, en la cocina, batían tortillas al gusto sobre un fondo de música sacra.

Cuando hubo devorado hasta la última de las líneas escritas por tío Juan, Anselmo se sintió tan desconcertado, tan confuso, que habría cogido el primer tren a Málaga de haber tenido el arranque y veinte años menos. Se desvivía por saber, le urgía hablar con tía Mavi, necesitaba averiguar por qué aquellas dolorosas reliquias habían acabado en el armario de su padre. ¿Se las habría traído el viejo consigo después del entierro de Nené? ¿O acaso las habrían facturado tía Mavi y la abuela a Madrid con toda la inquina? La abuela Constanacia todavía estaba en este mundo y en sus cabales cuando mamá falleció. Cabía la posibilidad de que la generala no hubiera entregado jamás las cartas a su hija, que se las hubiese ocultado para no ahondar en la pena que la consumía, pero la creía incapaz de enviárselas a Emilio para humillarle con tal derroche de crueldad. La yaya, doña Constanacia, la coraza de granito. Se le vino a las mientes resuelta, como en la adolescencia, señalándose el pecho con la uña desafiante del índice, hablando de sí misma en tercera persona. La abuela lo hace por tu bien. No sabéis cuántos sacrificios ha padecido. Las vecindonas van aviadas si esperan que la viuda del teniente Marzal se achique.

Quizá Nené sí leyó y releyó las cartas de tío Juan y, consciente de que se acercaba el final —porque mamá se dejó morir—, pidió a tía Mavi que entregara a Emilio la maleta de cuero con lo que había dentro. Para que padre intentase comprenderla. Para que aprendiera a ser indulgente. Para que supiera que ella no había sido capaz de perdonarle. O tal vez sí.

El viejo se murió sabiéndolo, con el sabor en el paladar de su propia medicina. O puede que prefiriese que el recuerdo se le extraviara en los



cajones revueltos de la memoria. ¿Ya qué más daba? Nadie conoce a nadie, ni siquiera a las personas con las que convive bajo el mismo techo. Uno cree saber y al final no sabe nada. «A esta edad mía la sangre se espesa de tantos cadáveres como chapotean en la corriente. Por eso se vuelve uno hipertenso.»

Anselmo cerró el armario del cuarto de Emilio y pensó que debería tapar el espejo del lavabo con una sábana blanca, tal como hizo la sirvienta mora cuando velaron en la casa el cuerpo de Margot. A los muertos ya no les importa nada pero les asusta verse reflejados en los espejos. Eso dijo Zohor.

Sí, iría a Málaga por última vez para despedirse de tía Mavi. A Tetuán, en cambio, no regresaría porque jamás había salido de allí, porque continuaba jugando al escondite con María entre el taller y los soportales del patio.

Faltaban pocos minutos para las cuatro de la tarde y Anselmo no tenía ni pizca de apetito ni perspectivas consistentes en la nevera. Las bolsas de basura con los andrajos paternos se acumulaban en el recibidor, y la hora desierta del domingo se intuía idónea para el desalojo. Echó un vistazo al ropero del recibidor, de donde sacó la cazadora de entretiempo y el chaquetón de Emilio. También el viejo vestido rojo bordado con lentejuelas.

El día despuntó frío y transparente en Motilla del Palancar, encrucijada de caminos. A las ocho de la mañana, un puñado escaso de personas aguardaba en la estación de autobuses: una mujer madura, de luto, cargada con bolsas de hortalizas y embutidos caseros, dos hombres con ropas deslucidas que hojeaban el mismo periódico y un anciano, sentado en uno de los bancos bajo la marquesina, con un perro ciego en el regazo. Las pupilas del animal, veladas con cuajarones de escarcha, parecían haber embebido el desconcierto con que amaneció.

Coral tenía los párpados hinchados por el llanto. Para el viaje, la vedette palentina escogió un vestido camisero azul marino, con hechuras de viuda, y unas manolequinas que la desposeían de su alegre voluptuosidad. Casilda Peñuela había resuelto abandonar la vida errante y regresar al pueblo perdido entre encinas y trigales de donde había escapado a los veinte años con ansia de conocer mundo.

Anselmo, el dueño de la compañía y Eva Morel no esperaron siquiera a que el autocar de la Alsina arrancara. Atravesaron la cochera y se dirigieron en silencio hacia el aparcamiento. La niña iba llorando y se abrazaba a la herencia que su compañera acababa de entregarle envuelta en papel de seda: un corpiño bordado con pedrería y la peluca rubia de pelo natural con que Coral salía a escena. Anselmo no sabía qué decirle ni cómo confortarla. Rodeó los hombros de la vicetiple con el brazo y, al apretarla contra su cuerpo, le estremeció que no quedase rastro de carnalidad entre ambos. Todo eran pérdidas ensartadas en el aire afilado de la mañana.

Aquel veintiuno de noviembre, día de la desbandada, se evaporó en una

sucesión de prisas, frases enfáticas y dos idas y venidas en el coche del amo hasta la estación de la Renfe en Cuenca para facturar bultos. Las separaciones, sucesivas y leves, como los gajos de una naranja, sumieron a Anselmo en un estado de ánimo que, aunque pretendía ser tristeza, apenas enmascaraba autocompasión, flecos de nostalgia anticipada por el pedazo de sí mismo que dejaba sepultado bajo las ruinas de la Compañía de Variedades Lucio Aguirre. A Ricardo Triana lo iba a enterrar esa misma noche. Amortajado en whisky.

Paco Magán y Pejerón fueron los siguientes en desertar. Lo hicieron antes del mediodía. Magán, con un aturdimiento caído de hombros; el enano, repeinado al agua como un niño viejo, sin atreverse a soltar el asa de la maleta, roñosa de esparadrapo. La ceremonia de los adioses se escenificó en el vestíbulo del hostel, una estrechura despojada de adornos salvo una maceta con un vigoroso ficus, el tronco encañado y sujeto con jirones de sábanas viejas.

—Le he dejado a Lucio las señas de mi madre en Zaragoza —dijo Magán—. Nos quedaremos allí hasta que pase la granizada. Después, ya veremos.

—Tendréis suerte, ya lo verás —auguró el faquir Nayakán.

—A trampear nadie me enseña. De eso sabemos todos un rato largo —Magán se metió las manos en los bolsillos de la americana que le hacía de abrigo. Pejerón callaba a su lado; se le adivinaba conturbado, con ganas de abreviar. Los zapatos lustrados, la mirada de gelatina.

—La vida da muchas vueltas, hombre. Y más en este mundillo. Es fácil que coincidamos por ahí —Anselmo palmeó el costillar del cómico aragonés sorprendido por lo que acababa de decir. También Magán parecía intuirlo: jamás volverían a verse.

La Morel, Maruchi del Río, las Hermanas Luna y el tablero del parchís convinieron en marcharse a Madrid apretujadas en el Dauphine del amo, que se había arrogado la responsabilidad de buscar acomodo a sus chicas y batallar por colocarlas en un solo paquete artístico. Antes de la partida,

Lucio Aguirre, enfundado en el abrigo de los resfriados, quiso compartir con Anselmo un último café a pie de barra.

—Tengo contactos en la capital —susurró el jefe pensando en que su mujer, a fin de cuentas, había tenido la delicadeza de dejarle la libreta de hule con los teléfonos—. Muerto el tío Paco, la noche revivirá, no te quepa duda. Hay que tener confianza. Con miedo las cosas siempre salen peor.

—Puede que lleves razón —dijo Anselmo mirando al vacío—. Ya va siendo hora de que el sol nos caliente los huesos. A nosotros y al país entero.

La frase sonó demasiado pomposa para atropellarla con una vaguedad. Lucio se desabotonó el gabán e inclinó el cuerpo hacia adelante en ademán de confesión.

—Me quito de cantar. Anoche mismo lo decidí. Apoderaré a las niñas, y lo que vaya saliendo —el amo dio un sorbo al café—. Y tú, ¿qué?, ¿ya te has decidido?

—Habrá que espabilarse —Anselmo se encogió de hombros—. Supongo que lo más sensato sería volver a Madrid.

—Si puedo hacer algo por ti, ya sabes dónde encontrarme.

Anselmo hizo un gesto al camarero para pagar la cuenta. Se le antojó que Lucio lo miraba con una expresión paternal, de gratitud cansada, que traslucía cuánto necesitaba a las muchachas. Era el viejo tenor quien requería puntales para no venirse abajo.

—Esto es para ti —Lucio le tendió un sobre de papel manila, de los que usaba para pagar los salarios de la compañía.

Anselmo se lo metió raudo en el bolsillo, como si la envoltura contuviera el precio de una traición.

—Os he dado a todos lo mismo. Ojalá fuera más.

Anselmo posó una mano sobre el hombro izquierdo del jefe y esbozó una sonrisa irónica.

—Creí que te habían desplumado.

—La Delia es mucha Delia, pero yo tenía un rincón aparte —Lucio se acarició el cogote—. Poca cosa, para un imprevisto.

—Ya ves.

—Imposible que dieran con ello. ¿Sabes dónde lo guardaba? —los ojos del amo centellearon con un brillo pueril—. En un descosido del forro de la maleta.

Anselmo apuró la taza y cabeceó.

—¿Desconfiabas?

—Ya tengo una edad, Triana. Y no soy ningún idiota.

—Ha sido una faena.

—Magán y el retaco llevaron ayer los decorados a la trapería; les dije que se quedaran con lo que les dieran. El negocio renqueaba, todos lo sabíais.

Lucio apartó la vista. Fatigado y roto, era de los que se empeñan en seguir pedaleando cuesta arriba.

—Este mundo está finiquitado. Somos el esperpento.

—Me refería a lo otro. Atienza y la Delia... —Anselmo aguantó la mirada dura del amo.

Lucio respiró hondo. Pareció meditar la respuesta:

—Adelina volverá a mí. Lo sé.

Atardecía, con el cielo veteado de sanguaza, cuando el estilista de la copla Ricardo Triana, el Profesor Nayakán y el Gran Kowalski asumieron que se habían quedado solos en mitad de la nada, encallados en una ciénaga de abandono. Los últimos náufragos de la tournée, envueltos en una algodonosa despreocupación que les inducía a creerse en la flor de la edad, con la baraja intacta sobre el tapete, se apropiaron del comedor de la fonda para abrevarse. No se les ocurrió nada mejor que hacer en un día de luto como aquél. Pidieron whisky.

—Deje usted aquí a Juanito Caminante, que nos dé conversación.

Y una botella del mejor tinto para que Saumell, que no acostumbraba beber, se la tomara a sorbos remilgados. Y a sugerencia de Kowalski, encargaron al dueño del hostel que fuera preparándoles para la cena un banquete contundente y bien regado, de pascuas improvisadas. Fiambres, guiso de callos, cordero al horno. Los dientes les pedían carne.

En aquella hora desdibujada de la tarde, sólo había otra mesa ocupada en el restaurante, en la que un señor calvo y enjuto, con aspecto de viajante de comercio venido a menos, echaba cuentas y encadenaba un cigarrillo con otro. De vez en cuando, el hombre, que había colgado la corbata en el respaldo de la silla, levantaba la vista de los papeles y, por encima de las gafas, dirigía al trío una mirada cómplice que los hermanaba en el mismo desarraigo, convencido de que aquellos pintorescos especímenes también tenían la carretera por único domicilio.

El zumbido del televisor, que atronaba desde la mañana con la música religiosa que emitían los altavoces de la plaza de Oriente, amalgamaba una peculiar sensación de camaradería entre extraños: millares de personas, una antropología variada e imperfecta, desfilaban en blanco y negro ante el cadáver de Franco para rendirle el último homenaje o para asegurarse de que, en efecto, estaba muerto. En sus idas y venidas del comedor, el hostelero se detenía en mitad de la sala y miraba el receptor con los brazos en jarras.

Uno de los dolientes de la pantalla recitó ante el féretro:

—Adiós, mi general. Adiós, mi general, salvador de la patria. Aquí un soldado desde el primer momento, mutilado de guerra, a las órdenes de su excelencia.

—La concha de la lora... —Kowalski, que tenía los pies apoyados sobre una silla, se enderezó de golpe dando manotazos en el aire.

—Chisssss, ¿estás loco? —le recriminó el faquir en voz baja.

—Tú, majareta, que no sabemos quién nos está escuchando —Anselmo miró de reojo al viajante—. Podemos meternos en un lío.

—¡Ah, perdonen, queridos amigos! Ya lo dijo el sabio: hay pocas virtudes sin prudencia. Brindemos otra vez —propuso el presentador argentino.

—Al final conseguiréis aficionarme al vino.

—Pero los brindis al tuntún no valen —dijo Anselmo.

—Por nosotros. Por la nueva vida —el tragasables alzó la copa de tinto.

—Nos ha jodido la nueva vida... —Anselmo chasqueó la lengua y dirigió la vista al televisor, donde la multitud seguía hormigueando ante los despojos del Caudillo.

—Saumell y yo ya lo hablamos: vos te venís con nosotros a Barcelona.

—Los tres mosqueteros —Anselmo se vertió más whisky en el vaso—. Vaya vodevil infumable.

—Dicen que allá hay un aire más lindo y se respira mejor y, además, éste conoce a mucha gente —Kowalski se acodó sobre la mesa y miró al Profesor Nayakán con insistencia.

—¿Has oído hablar de Caballé? —el mago catalán se humedeció los labios y estiró el espinazo. Era su forma de demostrar que hablaba en serio.

—En la vida.

—Un empresario de la noche. Un tipo importante, pasta larga y contactos en las alturas. Puedo conseguir que os conceda una entrevista —el ilusionista acarició el gollete de la botella—. Querrá haceros una prueba.

—¿Y tú? —preguntó Anselmo.

—Cuando os tenga colocados, ya me daréis de comer —Saumell se retrepó en la silla—. Yo lo tengo crudo con mis viejos números de circo.

—No seás porfiado —Kowalski alzó la voz—. Ya te dije lo que debés hacer. Si contratás a una mina para que enseñe las gomas mientras vos te tragás todas esas porquerías, se te rifarán.

El showman argentino, que se había ausentado del comedor con la excusa de arreglarse para el ágape, reapareció con los labios brillantes de carmín.

—Buenas noches, señores —Kowalski se había disfrazado de mujer. De los pies a la cabeza.

Nadie se atrevió a devolverle la cortesía. Ni Anselmo, ni el faquir, a quien el alcohol había comenzado a encharcarle los reflejos. Tampoco el viajante, que ya degustaba la cena, ni el dueño de la fonda, incapaz de reaccionar ante la visión que se ofrecía ante sus ojos: el huésped de la habitación número tres se había improvisado una falda con los visillos del cuarto y atravesaba el restaurante contoneándose sobre unos tacones de doce centímetros.

Lo que siguió, reconstruido a fogonazos, fue una noche de excesos y duelo. El paladar, empastado de engrudo. Kowalski sentado a la mesa con la espalda muy recta y las rodillas juntas, como una rica heredera. Cristales rotos, el crujido de una botella hecha añicos bajo las suelas. La indisposición de Saumell, cafés con sal y grandes promesas. Carcajadas, canciones, gritos. La amenaza de avisar al cuartelillo de la Guardia Civil. Y las palomas del mago devueltas a la libertad en la negrura del cielo castellano. «¡Volad, volad, pequeñas! Más alto, más lejos.»

Los tres partieron al día siguiente rumbo a Barcelona con una resaca elephantina. Caía la tarde cuando Anselmo apoyó la cabeza en la ventanilla del tren, todavía con legañas de rímel en los lagrimales después de que Kowalski se hubiera empeñado la víspera en maquillarlo como a una corista del Paralelo. Una premonición de los días por venir. Se quedó dormido con el traqueteo y repitiendo:

—*Appelez-moi Margot.*



El disfraz de zorra, también a la basura. Al diablo.

Cuánto le gustaban a Margot, tan melancólica, tan golfa, el vestido rojo de lentejuelas, con el escote cuadrado para que se le aguantara el relleno de las tetas, y los tacones de lamé dorado, comprados en el baratillo de los Encantes.

Las últimas noches de Barcelona, todavía la ciudad más sinvergüenza del mundo, se deslizaron idénticas. Soledad pasaba a buscarlo a la misma hora, a eso de las nueve, y llamaba al portero automático de la pensión en Conde del Asalto con dos timbrazos enérgicos, de macho impaciente. La Sole, que había nacido Miguel, ya venía compuesta del balcón de la casa sin ascensor, compartida con otros artistas realquilados, porque decía que con luz natural y el espejito de mano se atinaba mejor a las pestañas. Toda ella pintada menos la boca.

—Ni me he operado ni me hormono. Yo soy de las antiguas —el vozarrón de la Sole, su acento desconcertado de eses y zetas.

Atravesaban las calles orinadas del barrio chino, Anselmo con las manos en los bolsillos de los vaqueros y el fular al cuello para protegerse la garganta, la Sole arrastrando un carrito donde llevaba la bata de cola, la peineta, las castañuelas, un neceser con más afeites y el tubo de pastillas Hibitane para chupar y aceitarse las cuerdas vocales. Dos cañas y sendos bocadillos de lomo con pimientos en el bar. Los saludos de siempre a las putas de todos los anocheceres.

A la luz cruda de una bombilla en el camerino, entre cajas con cascos de cerveza y refrescos, era la Sole quien maquillaba a Anselmo; él se dejaba hacer.

—Qué buena piel, hija, qué buen unto tienes.

Sí, los Rodiles nunca fueron cerrados de barba.

Los párpados oblicuos de purpurina, las cejas repeladas, los pómulos altos, el ansia roja en los labios. La mella.

—Nena...

—Dime.

—Invítame a fumeque.

La Sole, todavía sin encolar, chupaba el pitillo hasta el alma. Las carnes cubiertas con una camiseta de Naranjito, los muslos elásticos al aire, canturreaba mientras engomaba a Anselmo las uñas postizas con pegamento Imedio y se las limaba.

De cuando en cuando, el aullido de Alfredo, el cantante que abría el espectáculo imitando a Antonio Machín, desde el cuartucho contiguo:

—Sporting de Gijón, Osasuna.

—Equis.

Nadie como la Sole colocaba con tanta gracia los claveles en la melena de poliéster.

—¿Has rezado ya, Margot?

—A mí eso no se me da bien.

—¿Y tú a qué te agarras?

—Hazte dos tiritos, anda.

Antes de salir al escenario, cada santa noche, la Sole pedía bendiciones a la estampa de la Virgen del Carmen que tenía remetida en el marco del espejo de la pared.

Las mismas caras entre el público, vecinos de las esquinas estrechas, aficionados al trasnoche, risas ácidas y sin pudor, juventud altanera, bohemios de pacotilla, resacas encadenadas, tapetes rojos sobre las mesitas, los floreros de loza. Le pedían su canción, *Cinco farolas*, y Anselmo obedecía solícito, con el carmín sonriente.

—¡Mete la tripa, flamenca!

*Cinco luceros azules  
alumbran cinco farolas,  
desde su casa a mi casa,  
desde su boca a mi boca.*

Y un aleteo despechado de manos junto a las quijadas.

Pero Anselmo sólo sacaba lo mejor de sí mismo en sábados alternos, cuando trabajaba el pianista que sabía tocar las canciones en francés. *Comme ils disent*, sobre todo. Aznavour la había compuesto para la dulce Margot sin saberlo. «Soy un maricón, según ellos.»

*J'habite seul avec maman  
dans un très vieil appartement  
Rue Sarasate...*

«Vivo solo con mamá en un viejo apartamento, calle Sarasate.» El culo de whisky sobre la tapa del piano vertical, el barniz desteñido de rodales de otros vasos en un trasiego cansado de madrugadas. La sonrisa cómplice del pianista suplente al pasar la hoja de la partitura.

*Mais mon vrai métier c'est la nuit.  
Je l'exerce en travesti:  
Je suis artiste.*

«Pero mi plena vocación es travestirme en la función: soy un artista.» Una canción tardía, para borrachos de garrafón, a la hora en que ya nadie escucha. Otro trago, Margot, otro sorbo para aclarar el gaznate, mientras el maestro arpegia.

*Je pense à mes amours sans joie,  
si dérisoires,  
à ce garçon beau comme un dieu*

*qui sans rien faire a mis le feu  
à ma mémoire.*

«Pienso en mis amores sin alegría, tan ridículos, en ese chico guapo como un dios, que sin hacer nada ha prendido fuego a mi memoria.» Las erres, Margot, las erres arrastradas, como nos enseñó mamá. Qué bien lo haces, con qué arte se te corre el rímel. Y esta fauna enferma de noche cree que la llantina es teatro.

*Ma bouche n'osera jamais  
lui avouer mon doux secret,  
mon tendre drame.  
Car l'objet de tous mes tourments  
passe le plus clair de son temps  
au lit des femmes.*

«Mi boca nunca le hablará de este secreto y callará mi tierno drama. Pues ese por quien sufro yo sólo mujeres conoció sobre su cama.» Las últimas noches en Barcelona, antes de llamar, derrotado, a la buhardilla de Tirso de Molina.

Cuando el vagón emergió del túnel, Anselmo se convenció de que estaba haciendo lo que debía, e incluso se alabó el coraje, la docilidad de haberse dejado espolear por el afán de saber más. Necesitaba comprender, remendar algún desgarrón, arrancarle aunque fuera una sola palabra luminosa a tía Mavi. Descansó la vista durante kilómetros en la campiña fugitiva y se arropó en la sensación placentera de que su espíritu se dulcificaba, al igual que el paisaje, a medida que el tren avanzaba hacia el sur dejando atrás la planicie ocre. A través de la ventanilla, los olivares se espaciaban y el horizonte doblegaba el lomo en suaves ondulaciones. Más lejos, más tarde, cuando el acero penetró en la provincia de Málaga, aparecieron viñedos chatos, que parecían presentir el aliento del mar, y cantiles que se afanaban por despeñarse sobre el terreno bermejo. La tierra se volvía roja como la sangre. La vida entera buscando respuestas sin encontrarlas.

Aunque la edad había consumido a la tía soltera y le había roído la magra carnadura de los huesos, Anselmo reconoció en seguida su antiguo olor, el dejo irónico en el timbre de la voz. Lo sorprendieron el tacto leñoso al abarcarla entre los brazos y quizá algo más: aquellos ojos pequeños, brillantes, que cuestionaban el mundo, ahora lagrimeaban despestañados, como los de la abuela Constancia. La única hermana de mamá había adquirido, además, una renquera leve, de cadera, casi graciosa, que acaso pretendía imitar a la de Nené. También a ella se le

habían pegado ademanes de cadáver.

Aún ardía un rescoldo impreciso y torpe en la bolsa que preparó tía Mavi para la visita al cementerio: el limpiacristales, una bayeta, la brocha para sacar el polvo de los rincones, trapos viejos y el bote de Netol para abrillantar las letras de bronce: Elvira Marzal Agüero, 1920-1975. Cumpliendo con lo que se espera de un hombre, Anselmo empujó la escalera metálica, provista de ruedas, hasta la ringlera de nichos, se encaramó hasta el penúltimo peldaño y limpió la lápida siguiendo las instrucciones precisas de tía Mavi, que permanecía sentada en uno de los bancos de piedra, los dedos agarrotados, nudosos de años y mazurcas de Chopin, sobre la empuñadura del bastón. Un trabajo inútil porque el viento no tardaría en esparcir puñados de tierra sobre las tumbas. Una tarea sin esperanza y a la vez obstinada, de puro amor a Nené, en la mañana azulísima. Anselmo dejó media docena de claveles, blancos y frescos, en el jarro funerario; las economías del sobrino y la tía soltera no daban para excesos.

Fue esa misma tarde, al regreso del camposanto, cuando hablaron sin apenas quererlo. La luz amarilla del otoño atravesaba en sesgo la tribuna de cristal en el momento en que ambos se sentaron junto al velador, uno al lado del otro, mirando a la calle, tía Mavi con una copita de jerez dulce en la mano; Anselmo prefirió apurar el vino que había sobrado del almuerzo. Todo en calma y en silencio, como nunca lo había estado. Sin saber por qué, se sintió extrañamente en paz, atrincherado en sí mismo, mecido en una nana de recuerdos inmóviles, como si los muertos que compartían hubiesen acudido de visita al caserón de Moreno Monroy. Todos eran bienvenidos: mamá y la abuela Constancia, los tíos Juan y Vicenta, la niña María con su vestido blanco de organza comprada en Tánger. También Emilio; en realidad, el viejo todavía respiraba pegado a su espalda. Todos en la galería hablando de los viejos tiempos, sin hacerse reproches. Los muertos sólo ríen.

—He leído las cartas de tío Juan. Estaban escondidas entre las cosas de

mi padre.

Tía Mavi se llevó la copa a los labios y, sin mirarle, sorbió un buche de licor. A sus ochenta y seis años, la inteligencia todavía se le delataba en los gestos.

—¿Qué hacían en Madrid?

—Juan quería a tu madre con desesperación, como nadie la amó. Pero Nené fue incapaz de darle más.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Yo intuyo, yo percibo, yo huelo. Pocas cosas se me escapaban entonces, Anselmo. Lo entendí cuando enterramos a tu hermana.

De nuevo, el silencio. Un silencio de juncos, tules apolillados y aguas revueltas.

—Nené se derrumbó. Después de la muerte de María, no podía ofrecerle nada; ni siquiera te lo dio a ti, que eras su hijo.

Tía Mavi se sacó un pañuelo de papel de la bocamanga y se enjugó los lagrimales, que lloraban solos, de vejez. Su pena ya había cristalizado.

—Juan insistió y vino a verla después de la última carta —por una vez, desde que habían comenzado a charlar, la tía clavó sus ojos pitañosos en los de Anselmo—. La abuela y yo los dejamos solos en el cuarto. Por entonces, tu madre ya apenas se levantaba de la cama. Tomaba un poco de caldo y se volvía a acostar.

La luz menguaba detrás de los cristales y envolvía la conversación en paños azules, casi fríos.

—Creo que Juan vino a despedirse. Es un decir, porque murió al poco, a los dos años —tía Mavi se acarició las rodillas acorchadas—. Cuánto llegó Nené a llorarle, ella que decía que estaba seca.

—¿Y quién le mandó las cartas al viejo? —la pregunta quemaba como un tizón en la lengua de Anselmo.

—Emilio vino a enterrar a tu madre, y fui yo quien le entregó los aparatos ortopédicos de Nené y el mazo de cartas cuando se volvió a Madrid.

—¿Por qué?

—No lo sé —tía Mavi suspiró—. Creo que hice lo que debía.

Ambos callaron.

—¿Me lo estás reprochando?

—Ya está muerto, tita —musitó Anselmo encogiéndose de hombros—.

Necesito dejarlo ir, hacer arqueología de caja. Tú, en cambio, no le has perdonado.

—¿Te pidió él perdón a ti?

—Nunca. Pero ya qué importa; el perdón no cambia el pasado.

Tía Mavi apuró la copa y se levantó con ayuda del bastón. Cuando abandonaba la tribuna acristalada, dijo:

—Yo no perdono ni quiero olvidar.



## Agradecimientos

La Medina, Asociación de Antiguos Residentes en Marruecos, publica un boletín trimestral en cuyas páginas atisbé lo que debió de ser la vida cotidiana en el Protectorado. Algunos de sus socios han escrito libros de memorias; otros tuvieron la generosidad de compartir conmigo ciertas sensaciones durante un viaje a Tetuán en la primavera de 2009. A través de la asociación, tuve el placer de conocer a la escritora María Dueñas.

Dos personas suplieron mi absoluto desconocimiento de la lengua árabe: la profesora Anna Gil Bardají y Abdeslam Kharraz, poeta, traductor y ex profesor en el Instituto Severo Ochoa de Tánger.

El listado de gastos que teclea Emilio —capítulo cinco de la primera parte— lo saqué del proyecto artístico de Isabel Banal y Jordi Canudas titulado *Hospital 106, 4º 1ª*. El lugar y el tiempo. La hoja con el recuento de comestibles se encontró en esa misma dirección, poco antes de que el edificio fuera derruido por la reforma urbanística del Barrio Chino barcelonés.

El arcipreste ortodoxo Martí Puche fue pródigo con sus conocimientos de la Biblia. Él me ayudó a comprender el sentido de Ezequiel, 18 —capítulo dieciséis de la segunda parte—, unos versículos que había descubierto en los *Diarios* de John Cheever.

Por alguna extraña coincidencia, la gestación de esta novela se solapó con el tiempo de los hospitales. La muerte de seres muy queridos, la irrupción de una enfermedad rara, la devastadora experiencia del dolor físico en la propia carne... Estaré siempre en deuda con el neurólogo Rafael Blesa y el cardiólogo e internista Jaime Pujadas, con el psiquiatra José Manuel Menchón Magriñá y la psicóloga Magda Farré, con la

enfermera Mònica Figuerola y el médico intensivista Oriol Roca. La doctora Begoña López soportó que la acribillara a preguntas aun cuando por entonces estaba preparándose los exámenes del MIR. Si aparece algún desacierto en lo escrito, la responsabilidad es sólo mía. A todos ellos, gracias.

También a Carina Pons y Gloria Gutiérrez por la infinita paciencia.

## Sobre la autora

Olga Merino nació en Barcelona en 1965. Estudió Ciencias de la Información y un máster de especialización en Historia y Literatura Latinoamericanas en el Reino Unido. Ha residido en Londres y Moscú, donde fue corresponsal durante cinco años para *El Periódico de Catalunya*, y vivió la transición del régimen soviético a la economía de mercado. En 1999 publicó su primera novela, *Cenizas Rojas*, con gran éxito de crítica, y en 2004 *Espuelas de papel*. En 2006 obtuvo el Premio Vargas Llosa NH por el cuento *Las normas son las normas*. Sus novelas han sido traducidas al italiano, neerlandés e inglés.

© 2012, Olga Merino

© De esta edición:

2012, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

[www.alfaguara.com](http://www.alfaguara.com)

ISBN ebook: 978-84-204-1239-9

© Imagen de cubierta: Mark Owen/Arkangel Images

Diseño de interiores realizado por Santillana Ediciones Generales, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño S. L.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

# **Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana**

[www.alfaguara.com](http://www.alfaguara.com)

## **Argentina**

[www.alfaguara.com/ar](http://www.alfaguara.com/ar)

Av. Leandro N. Alem, 720

C 1001 AAP Buenos Aires

Tel. (54 11) 41 19 50 00

Fax (54 11) 41 19 50 21

## **Bolivia**

[www.alfaguara.com/bo](http://www.alfaguara.com/bo)

Calacoto, calle 13, n° 8078

La Paz

Tel. (591 2) 279 22 78

Fax (591 2) 277 10 56

## **Chile**

[www.alfaguara.com/cl](http://www.alfaguara.com/cl)

Dr. Aníbal Ariztía, 1444

Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60

## **Colombia**

[www.alfaguara.com/co](http://www.alfaguara.com/co)

Carrera 11A, n° 98-50, oficina 501

Bogotá DC

Tel. (571) 705 77 77

## **Costa Rica**

[www.alfaguara.com/cas](http://www.alfaguara.com/cas)

La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica

Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

## **Ecuador**

[www.alfaguara.com/ec](http://www.alfaguara.com/ec)

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

## **El Salvador**

[www.alfaguara.com/can](http://www.alfaguara.com/can)

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

## **España**

[www.alfaguara.com/es](http://www.alfaguara.com/es)

Torrelaguna, 60

28043 Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

## **Estados Unidos**

[www.alfaguara.com/us](http://www.alfaguara.com/us)

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

## **Guatemala**

[www.alfaguara.com/can](http://www.alfaguara.com/can)

26 avenida 2-20

Zona n° 14

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

## **Honduras**

[www.alfaguara.com/can](http://www.alfaguara.com/can)

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán

Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626

Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

## **México**

[www.alfaguara.com/mx](http://www.alfaguara.com/mx)

Avenida Río Mixcoac, 274

Colonia Acacias

03240 Benito Juárez

México D. F.

Tel. (52 5) 554 20 75 30

Fax (52 5) 556 01 10 67

## **Panamá**

[www.alfaguara.com/cas](http://www.alfaguara.com/cas)

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,  
Calle segunda, local 9  
Ciudad de Panamá  
Tel. (507) 261 29 95

## **Paraguay**

[www.alfaguara.com/py](http://www.alfaguara.com/py)

Avda. Venezuela, 276,  
entre Mariscal López y España  
Asunción  
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

## **Perú**

[www.alfaguara.com/pe](http://www.alfaguara.com/pe)

Avda. Primavera 2160  
Santiago de Surco  
Lima 33  
Tel. (51 1) 313 40 00  
Fax (51 1) 313 40 01

## **Puerto Rico**

[www.alfaguara.com/mx](http://www.alfaguara.com/mx)

Avda. Roosevelt, 1506  
Guaynabo 00968  
Tel. (1 787) 781 98 00  
Fax (1 787) 783 12 62

## **República Dominicana**

[www.alfaguara.com/do](http://www.alfaguara.com/do)



Juan Sánchez Ramírez, 9  
Gazcue  
Santo Domingo R.D.  
Tel. (1809) 682 13 82  
Fax (1809) 689 10 22

## **Uruguay**

[www.alfaguara.com/uy](http://www.alfaguara.com/uy)  
Juan Manuel Blanes 1132  
11200 Montevideo  
Tel. (598 2) 410 73 42  
Fax (598 2) 410 86 83

## **Venezuela**

[www.alfaguara.com/ve](http://www.alfaguara.com/ve)  
Avda. Rómulo Gallegos  
Edificio Zulia, 1º  
Boleita Norte  
Caracas  
Tel. (58 212) 235 30 33  
Fax (58 212) 239 10 51